This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

3 2044 010 598 621

SAC
442122
-15(2)

HARVARD COLLEGE LIBRARY
FROM THE INCOME OF
A FUND LEFT BY
LESTER B. STRUTHERS/1910

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

BUENOS-AIRES.
[illegible]
1865.

SUEÑOS Y REALIDADES.

OBRAS COMPLETAS

DE LA

SEÑORA DOÑA JUANA MANUELA GORRITI

publicadas bajo la direccion

DE

VICENTE G. QUESADA.

Ruego á usted que la edicion con que va honrarme tenga por título "Sueños y Realidades." (Carta de la autora al Dr. Quesada.)

TOMO SEGUNDO.

BUENOS-AIRES.

Imprenta de Mayo de C. Casavalle (Editor)—Moreno 241.

1865.

SAL 4421.2.15 (2)

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
NOV 29 1967

Stuttgart

EL ANGEL CAIDO.

I

CIENTO CONTRA UNO.

El radiante diciembre de 1824 tocaba á su fin. Lima coronada de gloria saboreaba con delicia la luna de miel de la libertad.

Era la última noche de Navidad, noche de paseo en el mundo encantado de los *nacimientos* y de dulce *far niente* bajo el rayo de la luna, al murmullo del rio y al halago de la brisa, en los óvalos del Puente.

En aquel tiempo, para esos nocturnos paseos las poéticas hijas del Rimac vestian blancas ropas y soltaban á la espalda sus negros cabellos sembrándolos de aroma y jazmines que dejaban en pos suya raudales de perfumes.

Ah! ¿por que han cambiado los blancos cendales de la

fada por el negro manto de la dueña? ¿Por qué oculta los lustrosos rizos de su cabellera bajo de las alas de la espantosa gorra?

Por qué? ¡Ah! . . . . porque ahora tienen esposos británicos que condenan su donaire con una áspera interjecion *(¡shamél)* y que apellidan *lewdness* la gracia encantadora que recibieron de Dios.

Ahora, al mirarlas pasar sobre el asfalto de nuestras calles, llevando, tiesas y erguidas, el rígido paso del *englishman*, quien no viera radiar sus ojos, no sabria distinguirlas de las *nevadas* hijas de albion.

Han perdido su poesia?

Nó: envuélvelas la prosaica atmósfera de sus maridos.

Paciencia! y volvamos á la noche de Navidad.

Aquella noche la afluencia de paseantes se dirigia á la calle del Ancla, agrupándose allí entre empellones y codazos, por el solo placer de ver á las hermosas mujeres que bajaban sucesivamente de una larga hilera de carruajes estacionados delante de una casa.

Aquella casa, sobre cuyo sitio se eleva hoy el palacio de un magnate, reunia cada semana los mas escogidos de la brillante sociedad de aquella época, en una fiesta bautizada con el enfónico nombre de *Filarmónica*.

Al leer esta palabra, muchas limeñas que, bellas aun hacen el encanto de nuestros salones, verán cruzar por su mente los mágicos recuerdos de esas noches de espléndidos triunfos para su belleza, que libre entonces de los ridí-

culos caprichos con que la moda actual la desfigura, ostentaba altamente cada una de sus perfecciones á los ojos de sus admiradores.

Los cabellos que, alzándose cual cuernos de carnero sobre la frente de nuestras bellas, dan á su lindo rostro un aire grotescamente asustado, convertidos entonces en millares de trasparentes rizos, y fijados con alfileres de brillantes á la altura de los ojos, dejaban ver en todo su esplendor la hermosura de la frente, y descendian flexibles y móviles sobre el cuello admirable que Dios puso con amor sobre sus blancos hombros; y que sin presentir aun la maldita prision que ha por nombre *camisolin*, adornaba su voluptuosa desnudez con dobles hileras de perlas. Y los piés, en fin, esos piés de finura y pequeñez proverbiales que hoy cubre despiadada la hueca y acerada armazon de nuestras largas faldas, libres de todo envidioso velo podian abandonarse con toda su ligereza á los graciosas giros de la danza, sin temer ningun enfadoso accidente.

Aquella noche las limeñas tenian un motivo mas para mostrarse doblemente seductoras.

Era preciso fascinar á un admirador de nueva especie. Tratábase de un sectario de Mahoma, uno de esos jueces clásicos de la belleza que emplean su vida en analizarla con todos los caprichosos refinamientos de una imajinacion desocupada.

Mahomet-Alí era un hermoso mancebo hijo del rey de Tunez. Viajando de incógnito en un buque de su propiedad, quizá con miras un tanto corsarias, sufrió un

naufragio y fué conducido á nuestras playas por una fragata inglesa que lo ausilió tomándolo á su bordo con su tripulacion y sus tesoros.

Antes de proseguir su viaje, el africano esperaba con ansia la ocasion de aquella fiesta para contemplar de cerca á las hijas del Rimac, cuya belleza había oido celebrar en las fantásticas consejas de los cautivos, allá bajo las palmeras de su lejana patria.

La ardiente curiosidad del tunecino puso en alarma la coqueteria limeña; y si este mal instinto de la mujer, tan combatido y tan adorado, puede tener escusa alguna vez, era sin duda en una ocasion como aquella, en que el honor nacional estaba en cierto modo comprometido. Era necesario probar que Lima era en efecto el pais de las mujeres hermosas.

Por eso aquella noche, al separarse de su espejo, cada una ensayó su mas fascinadora mirada, su mas dulce sonrisa, su mas picante actitud; y todas radiantes de esperanza, aguzaban aisladamente sus tremendas armas para lanzarlas á la vez sobre el príncipe africano, que exento de todo temor y enteramente confiado en el poder de su alfange, no sospechaba siquiera el de las negras miradas que iban á asaltarlo, y fumaba indolentemente su pipa recostado en mullidos cojines bajo un emparrado de la posada Denuelles, mientras llegaba la hora en que el capitan de la fragata que lo había traido lo presentara en los salones de la Filarmónica.

En tanto, al ruido de la fiesta, los grupos se aumen-

taban de minuto en minuto; y muy luego la calle del Ancla se llenó de una inmensa muchedumbre compuesta de todas las clases sociales, desde los elevados círculos de la aristocrácia hasta la hez de las masas populares.

Nada hay mas triste que el aspecto de la multitud; porque en ninguna parte se lee con caractéres mas profundos esa dolencia perpétua de la humanidad que deplora el Sagrado Libro. Cada rostro es una letra, parte integrante de esa palabra fatal — ¡Dolor!

Pero era noche, y su sombra cubría igualmente la sonrisa de hiel con que la noble dama criticaba á sus rivales; las amargas lágrimas de la pobre costurera viendo á una linda señora dar el brazo al bello caballero que en casa de sus patronas la habia sonreido furtivamente la víspera; la rabia impotente del amante no convidado que divisaba á su amada entrando con otro en el santuario de la fiesta, y el lastimero gesto del mendigo, escluido de todo goce, aún del goce amargo de los celos.

— Que hermosa mujer!

— Soberbia!

— Admirable!

— ¿Quién es esta maravillosa belleza?

— ¡Qué! no conoces á Cármen Montelar?

— Aquí está la linda sobrina, la rica heredera de la condesa de Peña-blanca.

—Ahí va la idea fija de Monteagudo.

— He ahí el lirio de la calle de san José.

Esta salva de aclamaciones resonó por todas partes

al paso de una jóven que vestida magníficamente de gasa argentada y ceñida la frente de una guirnalda de perlas, bajó de su calesa seguida de una esclava negra; tomando el brazo de un apuesto mancebo que parecía esperarla, entró en la casa del baile.

Aquella jóven era en efecto maravillosamente bella, y asemejábase al lirio en su talle esbelto y en la mate blancura de su frente griega, sembrada de rizos negros de limeña. El fulgor de las estrellas resplandecía en sus ojos. Pero aquel fulgor tornándose á veces sombrío, presagiaba al corazon de la jóven terribles tempestades que parecía desafiar la coqueta sonrisa de su voluptuoso labio.

Á su entrada en el salon, la jóven esclava quitó de los desnudos hombros de su señora una mantilla de punto bordada de arabescos de oro; dióla el ramillete de violetas que traia guardado en una cazoleta, y volviendo afuera buscó en las grandes rejas que se abrían sobre el jardin un sitio para ver la fiesta.

Hallábanse allí reunidas las esclavas que, como ella habían acompañado á sus amas al baile; y agrupadas en actitudes diversas, reian y charlaban con la picante audacia de las mujeres de su raza.

— Mira, niña — decía una — ahí viene Rita la hermana de Andrés el *engreido* cimarron de la condesa de Peña-blanca.

— Viene? Sí! como no! Espérala sentada. Ella tambien está engreida.

— ¿Porqué? ¡gua! ¡la hermana de un asesino que

por huir de la justicia se ha hecho ladron de caminos!

—¡Qué importa eso para ella, cuando el señor Monteagudo la detiene en la calle para hablarla por lo bajo!

—No de ella sino de la *blanca*.

—Mi señorita decía el otro dia que los desdenes de la niña Carmencita harían pagar á Monteagudo las hechas y por hacer.

—¡Bah! las blancas son muy hipócritas; su boca dice—no quiero—y sus ojos dicen—¡Ven!

—Ave Maria! ¡que mala eres! Si esta mañana no mas cuando iba á la Inquisicion á comprar flores para la niña Irene que está encerrada hace un mes por el capitan, encontré á *ño* Tomas el cocinero de la condesa, y me contó como la niña Cármen se burla de Monteagudo, de su amor y de sus cartas que dice estarán tan corregidas como sus documentos ministeriales.

—¿Qué documentos? Si él no es ya nada en el Gobierno.

—¡Qué cándida! Así, así lo dirije todo. Si es el ojo derecho del Libertador.

—¡Ay! hija, pues entonces cuidado con el sillon (1).

—Pero acaso es eso cierto?

—¡Vaya que no! Pues si apenas hace un mes que la pobre niña Rosita, que fué á pedir por su padre, volvió á casa como una loca, llorando á mas no poder; y el

(1) Los émulos de aquel hombre ilustre forjaron contra él horribles calumnias—(Nota de la autora).

mismo dia que ponian al señor en libertad, ella corria desalada á encerrarse en el convento.

—Hum! Mi mama cuenta tambien que cuando vino San Martin, Monteagudo....

—Lo nombraste, y ahí está.

En ese momento dos nuevos personajes entraron en el salon.

Era el uno un militar jóven, alto, delgado y rubio. Su rostro era bello y espresivo, y la mirada de sus ojos pardos, suave y apasionada.

El otro era un hombre en la madurez de su edad. Su estatura mediana se elevaba por la esbeltez de sus formas hasta la bizarría. Su actitud era resuelta, su porte distinguido y arrogante. El ámplio desarrollo de su frente contrastaba de una manera singular con la finura de la parte inferior de su moreno rostro. Sus rasgados ojos negros, de vivaz y profunda mirada, espresaban una seguridad que rayaba en audácia, y el aticismo chispeaba en sus arqueados lábios, marcados con ese pliegue sardónico que imprime la amarga ciencia del mundo.

El traje de gala que llevaba, y el calzon cerrado con hebillas de oro en lo alto de la rodilla, realzaban las ventajas de su apostura.

La negra *mosquetería* de las ventanas se apoderó al momento de aquel nuevo pasto para su charla.

—Ines, Ines, ahí vá el capitan Salgar.

—Es un rubio muy buen mozo.

—Por eso la niña Irene....

—¿Qué es—*por eso?* Pobre niña!

—Por eso está encerrada hace un mes. ¿No lo decias ahora mismo?

—Cierto. No sé que diablos dijeron á la señora: nadie pudo averiguarlo; pero la verdad es que un dia se desmayó, lloró mucho, despidió al mayordomo, cerró la puerta al capitan, y lo peor es sin decirles el por qué; encerró á la señorita, y ella, que le daba tanta libertad, no la deja ahora salir ni á misa.

—Y á fé que tiene razon. Yo siempre la ví parlando con el capitan en las naves de la Merced.

—A quien se lo estás diciendo? Si yo soy su confidente.

—Oh! la buena confidenta que viene á decirlo todo.

—¿Qué hará una? Con algo ha de entretenerse.

—Y á tí ¿qué te hace la señora?

—¡Uf! cuando voy á los mandados me registra hasta los zapatos. Pero bah! yo no me dejo pescar! Cuando salgo en comision, esponjo un poco mi pelo y pongo dentro las cartas. ¡Pobre señora! Gallega es pero muy buena, y me pesa el engañarla; pero, ¡vaya! qué he de hacer? La niña Irene me llora; y luego ese capitan la quiere tanto, y es tan rico y generoso!

—Rico! ¡un pobre capitan! Para rico y generoso no hay otro que Monteagudo.... Y buen mozo.... Mira á las blancas: se *desmorecen* por él.

—Y él,-*ojo* á la Montelar.

—A todo esto, ¿qué es de Rita?

—Ahí está en esa ventana, hablando tras de las parras con un hombre disfrazado.

—¡Ay! hija ¿nó es ese Andrés?

—¡El mismo! Jesús que atrevimiento! Pero ese muchacho no piensa en el peligro que corre entrándose así de rondon por estas puertas?

—Por fortuna no está aquí la Peña-blanca; retiénela su parálisis que si no, su calesero, celoso del pobre Andrés.....

—Pero está ahí la niña Cármen. ¿Quién la ha traido? ¿No fué Lucas? Pues tanto dá: si vé á Andres irá á decirlo á la blanca.

—Y ella que aborrece á Andrés, aunque se crió con él á los pechos de la pobre Nicolasa, que dia y noche está llorando....

—Blanca desagradecida!

—Guá! que quieres hija? Andrés mató á su enamorado.

—La Montelar nunca amó al *niño* Pedro Gonzalez.

—Porque quiere á Monteagudo.

—Porque está amando á Salgar.

—Fué Andrés quien mató á Gonzalez?

—De donde sales tú? Si en Lima no se sabe otra cosa. Andrés escapó de la *justicia*, ganó el monte, y anduvo capitaneando una cuadrilla por el lado de Lurin. ¿No oiste nombrar el *Rey chico*?

—¿Ese salteador famoso que debe ya tantas muertes; que roba y quema las casas?

—Ese es Andrés.

—Pobre Rita! ¡Por eso estaba tan triste!

II.

EL REY CHICO.

La jóven negra á quien sus compañeras de esclavitud llamaban Rita, habia ido á sentarse á lo lejos en una ventana oculta entre el ramaje, y miraba distraida con la mejilla apoyada en la mano, el animado y bullicioso cuadro que presentaba el salon. Parecia, en efecto, triste; y de vez en cuando pasaba por sus ojos la orla de su manta, quizá para enjugar una lágrima.

—Rita!—murmuró una voz en la sombra.

—Andrés!—esclamó ella, corriendo al encuentro de un hombre que recatándose bajo las anchas álas de un sombrero de paja apareció tras los troncos de los plátanos.

Era un negro de diez y ocho á veinte años, de atrevido continente y modales caballerescos desmentidos con frecuencia por groseros arranques, que revelaban la lucha de los salvajes instintos de su raza con los blandos hábitos de una educacion distinguida.

La avilantéz de su porte, la insolente altanería de sus miradas, la inflexion sardónica de su voz, todo hacia adivinar en él uno de esos seres fatalmente privilegiados, que la imprevisora bondad de nuestras damas arrancaba del humilde seno de sus esclavas para mecerlos sobre sus rodillas mezclados con sus hijas en la perfumada atmósfera de los salones; y que despues, arrojados de aquella dorada region por la inflexible ley de las preocupaciones sociales, volvian henchidos de ódio y de rábia al círculo estrecho de su mísera esfera, para llevar allí una existencia desesperada.

—Andrés, pobre hermano, ¿qué vienes á hacer aquí? La señorita está en el baile: si alguno de los que han venido con ella te ha visto, si alguien que te conozca te encuentra aquí, eres perdido!

—Qué importa!—respondió el negro, rechazando con despego, el abrazo de su hermana—Ese dia, que llegará temprano ó tarde, no será peor que los que llevo desde que comencé á sentir en mi pecho un corazon y en mi mente un pensamiento.

—¡Ah! si así hablas de la vida tú para quien fué tan risueña, ¿qué diré yo? ¿qué dirá nuestra pobre madre, qué....

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! quiere compararme con ellas!

—¿Qué habeis sufrido vosotras? Salisteis nunca de la condicion de esclavas? habeis nunca descendido? Al contrario, tu madre....

—Nuestra madre.

—Y bien, ¿no fué arrancada á los horrores de la *pampa* para cambiarlos con la blanda vida de nodriza?

—¿Y tú, desgraciado?

—¡Yo! Miráme!

—Sí, el *Rey chico*, capitan de salteadores; pero por culpa de quién? ¿Quién puso el puñal en tu mano? ¿No mataste por la gana de matar?

—¿Qué sabes tú?

—¡Ay! hermano, me pesa aumentar tus penas con tardías reconvenciones; pero tu proceder fué infame. ¡Qué mal has pagado al ama el regalo en que te has criado!

—Sí, mientras pude ser su juguete, su monito.

—¡Qué ingratitud! Siempre te amó con ternura, y nunca hizo distincion entre las niñas y tú!

—Y despues....

—Ya sé de qué vas á hablar. Si cuando ya fuiste un hombre te alejó de la mesa y del salon, tú sabes bien el motivo: la niña Manuelita, que dió en aborrecerte, no queria comer contigo, y se hizo servír en su cuarto; y las visitas que venian á la tertulia la aplaudian y te miraban de mal ojo.

—Pobre niña Manuelita! murió, y de qué muerte! Perdónala, Andrés, perdónala!

—Oh! tranquilízate, largo tiempo hace que no la debo perdon.

Y los ojos del negro centellaron en la sombra, y una sonrisa siniestra contrajo su labio.

—De todo eso y mucho mas, tú solo tienes la culpa. ¿A qué ese porfiado empeño de alternar con los señores, de acercarte á las niñas? qué podias esperar de ellas? Claro está; odio y desprecio.

—Odio que yo les he pagado bien, y que les tiene que pesar eternamente.

—¡Ay! Andrés, esa es la historia del cántaro contra la piedra. No te habria valido mas resignarte con tu suerte, volver á tu condicion, buscar una mujer que te amara, una mujer de tu raza. . . .

—Una negra! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! cuando desde que tengo memoria me encontré en los brazos de una blanca! Las caricias de una negra, cuando labios de coral me besaron desde niño! He vivido entre los ángeles, y volveria entre los zimios! Quita allá, mísera esclava! tú no puedes comprender lo que se encierra en esta alma, lo que cobija esta mente. Crees tú que me hice salteador solo por huir del castigo y por el ansia de robar oro? Nó, no es su oro lo que yo quiero de los blancos, nó. Á ellos quiero robarles su dicha, y despues beber su sangre; á ellas robarles su orgullo y despues beber sus lágrimas.

—¡Calla, Andrés, que me horrorizas!

—He ahí lo que son los negros! Raza vil que no conoce el rencor, esa llama sagrada que debe arder eternamente en el alma del esclavo. Nunca por eso quiero ese color en mi banda.

Surcados á latigazos vienen á mí. Quien los oye entonces creería que van á comerse á toda la raza blanca y á prender fuego á este mundo.

Confiado en su rabia, doiles una espedicion.

Embóscanse muy resueltos en el cartizal del Callao ó tras las tapias de Chorrillos. Divisan á lo lejos un coche ó una cabalgata. Son jentes de tono que traen consigo oro, y además hermosas niñas.

En una pestañada los negros están listos y saltan al medio del camino.

—Alto ahí.

Los otros se detienen trémulos.

Pero ¡bah! era su amo; y en este momento el negro lo olvida todo. Se descubre, se inclina profundamente.

—Pase su merced, mi amo, que su negro aunque salteador, ha de ser siempre su esclavo.

Y deja pasar sano y salvo al amo que hizo despedazar sus carnes en una panadería. ¡Menguados!

—Al menos, aunque malos, se acuerdan de que son cristianos y perdonan las injurias. Tal harías tu tambien si una mala educacion no hubiera torcido tu buen natural.

—¿Yo? ¡Ah! los que me ultrajaron nunca quedaron impunes. Mucho he hecho ya; pero eso ha sido la

parte amarga de la venganza de Andrés, réstale la dulce, réstale la deliciosa.

Ves ese enjambre de bellezas? Una á una, todas serán mis esclavas: y cuando haya humillado su soberbia y saboreado su afrenta, las devolveré á sus novios puras, muy puras.... ¡Ah! ¡ah!

—¡Jesus! Al demonio no le vendría tan horrible pensamiento!

—No, por cierto; y yo voy á darle una leccion. Allá, entre las minas del antiguo Pachacamac, bajo el tupido follage de un grupo de matorrales que crecen sobre una *huaca*, he descubierto la entrada de un palacio subterráneo, templo del Sol y alcazar de las vírjenes á su culto consagradas.

Yo seré el ídolo de ese santuario, y mis sacerdotisas las blancas mas orgullosas de Lima. La *temporada* se acerca. Ellas irán á Chorrillos; pero antes, todas pasarán tres noches en Pachacamac. Todo lo tengo previsto para arrebatarlas de los brazos de los suyos. Una tan solo, la mas soberbia, quiero que me siga de buena gana.

—Ay! Andrés, quieres perderte sin remedio? Vuelve en tí, aun es tiempo, mira que....

—Basta! que he venido á otra cosa que oir sermones.... Ven aquí. ¿No me has dicho que tu niña no ama á Monteagudo?

—Y lo repito: no lo ama.

—Y dí, infame embustera, ¿qué es aquello?

—Le sonrie para encelar á Salgar.

—El capitan no la ama; si la amara ¡ay de él!

—Sí, pero él se lo hace creer, y mi pobre ama está perdida de amor.

—¿Por qué no me has obedecido? Te ordené que le avisaras.....

—¡Eso!.... solo que estuviera cansada de vivir ó antojada de alojarme en una panadería.

—Pues escucha. Un dia ú otro tu desobediencia ha de costarte la vida.

—Ya sé que nada sería para tí asesinar á tu hermana. ¡Ah! cuanta razon tenía el amo, que decía sin cesar á la señora —La fatal educacion que das á este muchacho será causa de su pérdida. Vas á hacer de él un bandido que acabará con nosotros.

—La boca que eso decía está ahora llena de tierra y no puede repetirlo.

Y en los lábios del negro brilló una diabólica sonrisa.

III.

LA VOZ DEL CORAZON.

Mientras tanto, el baile habia comenzado, y cien parejas arrebatadas en el ardiente torbellino de un vals, agitaban ondas de gasa y raudales de perfumes en torno del salon.

Cármen, la hermosa que tantos elogios recogió á su entrada, danzaba con el jóven que la habia acompañado.

Al ver el confiado abandono con que bailando hablaban, habríase creido que eran amantes, si en la semejanza de sus facciones no fuera fácil conocer que eran hermanos.

Por mas que digas, Gabriel,—decia ella—estás pen-

sativo y triste. Falta alguien á tu alegria? Sí. . . .Lo diré? Irene!

—Y bien . . . . . .

—Oh! no lo niegues, la amas.

—¿Por qué lo negaria? No es ella digna de amor?

—Por qué? Porque conoces que yo la aborrezco.

—¡Qué injusticia! Bella, pura y buena ¿quién no amaria á Irene?

—Yo la aborrezco. Es un odio que nunca pude vencer y que me atrajo humillantes penitencias cuando estudiábamos juntas en el colegio de Madama Montes. Cosa estraña! la ví y la aborrecí. Nunca pude mirarla sino con airados ojos. Destrozaba mis vestidos cuando los suyos eran de la misma tela, y cuidaba con afan mis uñas solo por el placer de arañarla . . . . Qué cara pones, Gabriel! Diria que vas á llorar. Irene me tenia miedo y me llamaba la Leona. En el colegio achacaban mi odio á envidia; pero bah! yo siempre fui mas linda que ella.

—Irene es bella, graciosa, espiritual, y en dulzura nadie en el mundo la iguala . . . .

—¡Ay! . . . . Por hacer su apología me has dado un atróz pisotón! Y bien, no está aquí: vete á lamentar su ausencia, y déjame bailar con otro.

—¡Oh!—dijo el jóven con melancólico acento—tranquilízate: aun cuando aquí se encontrase, no seria yo á quien miraria, ni mis homenajes los que ella preferiria. Ignora mi amor: ama á otro, otro la ama y ese está aquí. . . .

—¡Ama á otro!—Y Cármen palideció, y cesando

bruscamente de bailar, quedó inmóvil como un escollo entre el veloz remolino que se agitaba en torno suyo—¡ama á otro! otro la ama! ¿Quién es, Gabriel, quién es?

—El capitan Salgar.

—¡¡¡Felipe!!! Felipe Salgar....

—El mismo que doblando la rodilla ante la reina del baile pide la dicha de relevar á su caballero —dijo inclinándose graciosamente el bello y blondo capitan, tomando la mano de la jóven.

Cármen la retiró y miró de frente á Salgar. La cólera, el dolor, el odio y el orgullo se pintaron y estallaron á la vez en ese ademan y en aquella mirada que desconcertó al capitan, quien sin embarazo insistió.

—Cármen, ¿he tenido la desgracia de desagradarla?

—Nó, señor mio. Al contrario pretendo probar á Vd. que soy superior á todos los *desagrados*.

—Entonces pruébelo Vd. concediéndome este vals.

—¿Qué trama aquí contra mí la bella Cármen? dijo de pronto, acercándose al grupo, el apuesto caballero que llegó con el capitan.

Cármen cambió súbitamente la espresion de su semblante; y volviéndose á él con coqueta sonrisa:

—Tramo una conjuracion, —repuso, abandonándole su mano—digo á Salgar que este vals se llama *el vals de Monteagudo*, y que quiero bailarlo con él.

—¡Oh! esclamó Monteagudo, arrebatándola en sus brazos y mezclándose al danzante círculo—¡bendito

sea el gracioso compositor que me dedicó este vals. De hoy mas, debe llamarlo *La dicha de Monteagudo.*

—Yo creía—dijo Cármen riendo—yo creía tan sublime la dicha de Monteagudo, que como la ambrosía de los dioses, ningun mortal podria probarla sin morir. Mas he aquí mas de ciento que la parten con él y están vivos, y saltan á mas no poder.

—¡Ah!—replicó él, fijando en los ojos de Cármen sus bellos y atrevidos ojos negros—bailará Vd. con los ciento; pero, ¿dará á ninguno el fuego que en este momento envían á mi corazon esas luminosas pupilas? Amor, cólera, ódio, cualquiera que sea la pasion que las enciende, nunca alumbraron á nadie con tan ardiente fulgor.

—Si hasta ese punto es Vd. contentadizo, nada tengo que decir, sino que apruebo el nombre nuevo que quiere dar á su vals.

Monteagudo se mordió el lábio, pero replicó al momento, tendiendo en torno una soberbia mirada:

—No es cierto que está bien en el que lleva una vida azarosa el pedir poco al amor? En cuanto á mí, yo nunca lo importuné—Llegó la vez á Cármen de morderse el lábio—Solo que, continuó él—como es un espíritu de contradiccion, fué siempre para conmigo en estremo generoso.

Los ojos de muchas hermosas fijos en él con el celoso afan, atestiguaban la verdad de esa asercion, y Cármen misma, contemplando entonces por vez primera á aquel

hombre dotado de tan prestigiosa belleza, y ceñido con la doble aureola del génio y del poder, sintióse poseida de admiracion. Si no hubiera estado celosa de Salgar, desde esa hora habria amado á Monteagudo.

¡Ay! cuantas veces así, pasamos al lado de un astro, siguiendo la pálida luz de una luciérnaga!

Así tambien en ese momento mas que nunca, poseia Felipe el alma de Cármen, porque la ligaban á él los celos, ese lazo *duro como el infierno*, castigo y estímulo de los soberbios; y si antes amó á Salgar con todo el ardor de su corazon, ahora lo amaba con toda la rábia de su orgullo humillado.

Y queriendo devolver el tormento que sufría, se reclinaba en el brazo de Monteagudo, y le sonreía dulcemente, y finjia hablarle en voz baja.

Olvidaba, como olvidan las coquetas, que solo quien ama siente celos; y que no hay indiferencia tan profunda como la indiferencia que sigue al amor.

Por eso tembló de cólera, cuando buscando á Salgar su furtiva mirada, lo encontró, y en vez de enojado por la ofensiva preferencia que habia dado á otro, reir indolente y festivo entre un alegre círculo del chasco solemne que la falanje femenina habia llevado aquella noche.

Era el caso que el príncipe tunecino tan ardientemente esperado habia llegado al fin, conducido por el capitan inglés; y atravesando el salon en medio de lisonjeros murmullos, fué presentado á la señora de la casa, que lo re-

cibió con la dulce acogida que nuestras damas acuerdan á los estranjeros. Tomó su mano con fraternal ademan, y mezclándose á los grupos, le presentó las jóvenes mas hermosas de Lima, quienes á su vez le prodigaron sus mas suaves miradas, sus mas luminosas sonrisas.

—Tú, que eres del pais de los amores ardientes—le habia dicho la graciosa patrona de la fiesta, devolviendo con donaire el oriental tuteo del príncipe—tú, cuyos abuelos enseñaron á los maestros el culto de la belleza, ¿qué dices de la que resplandece en las hijas de este suelo?

—Su rostro es dulce como el rayo de la luna, respondió el africano—y sus ojos tienen á la vez la luz que brilla en las divinas pupilas de Uriel y la misteriosa sombra que cobija el ála de Azrael; pero su cuerpo es frágil; y la palmera de delgado tronco se quiebra al primer soplo del *Simoun*..... Mas....oh! mira! he allí la verdadera belleza, la que Alah formó para hacer las delicias del *harem*. Dichoso el dueño de esta hermosa esclava. Yo daría por ella diez mil cequies.

Y fué á prosternarse ante una gruesa gauchona de desarrollado seno y abultadas facciones, pero fresca y provocativa para los mahometanos, que invernan á sus *Zairas* como nosotros á los cerdos;... y aun ¿quién sabe?... quizá tambien para muchos cristianos que sintiéndose cerca del hueso, aman con furor la carne.

Así, la hermosa esclava era señora absoluta y despótica de todo un señor ministro.

Por lo que hace á nuestras bellas tomaron el partido de reir; y en ocho dias no se habló de otra cosa que de los suculentos gustos de Su Alteza tunecina.

Cármen tambien rió y estuvo mas graciosa y coqueta que nunca; pero llevaba en el corazon el dardo de los celos que las palabras de Gabriel acababan de despertar.

Ella que creía que su belleza era omnipotente, que sus ojos poseian el secreto de encadenar la inconstancia, y que aquel, sobre quien se habian dignado descender quedaría para siempre á sus piés, vió de repente, al través de las tinieblas de la duda, resplandecer la luz de una dolorosa verdad.

Buscó á Gabriel; pero esta vez el jóven, que habia adivinado el secreto de su hermana, fué impenetrable, y eludió toda esplicacion.

—Yo lo sabré!—se dijo ella—y entonces, Irene, ay de tí! y ay de tí tambien Felipe! Como al otro traidor, mejor te sería no haber vivido!

Y poniendo como se dice vulgar, pero espresivamente, *una piedra sobre el corazon*, irguió la frente con altivez, sacudió sus negros rizos, arrojóse en el alegre torbellino de la fiesta, rió, cantó, bailó, y aceptó con tan esplícita complacencia las galanterías de su caballero, que al dejar los salones de la Filarmónica, nadie dudaba de que Monteagudo habia conquistado el amor de la bella Cármen Montelar.

IV.

BORRASCAS DEL ALMA.

Muchos dias habian pasado desde las escenas ocurridas en la Filarmónica. Mediaba una noche de Enero, y Lima envuelta en el estraño silencio que sucede á su bullicioso tumulto, dormia al claro rayo de la luna llena. El reloj de San Pedro acababa de dar la última de sus doce campanadas, y el sereno, bostezando y restregando sus ojos, alzóse de un umbral de aquella calle donde dormia á pierna suelta, y de pié, aunque todavia soñoliento comenzó á cantar.

—Ave Mariaaa.... Ahí esta ya el embozado! ¿qué diablos querrá ese hombre en aquella casa? Si fuera un ladron se habria ya cansado de rondar la calle en vez

de pasear los techos. Si fuera un enamorado, siquiera una vez se acercara á la reja para ver á esa linda niña que asecha en la celosía. Pero no, señor, nada!....y solo se contenta con pasar y repasar, y últimamente esconderse en el hueco de esa puerta, como ahora acaba de hacerlo, hasta que la última gente ha salido, y que el último criado ha entrado, y que han cerrado las puertas....queeé? Este si que es un enamorado! Pero á este no lo ví nunca. Es un militar: dícenlo los bordados de su cuello. En esto vienen á parar los ladrones con que tanto nos atormentan á los pobres dependientes de policía: mas ó menos, todos son enamorados.

—Huyamos, huyamos pronto porque....

Y el sereno se alejó cantando la hora.

En efecto, apenas el fantástico embozado se habia ocultado en la puerta cuya situacion describió el sereno, un jóven, envuelto en una capa militar se detuvo ante la reja.

Un momento despues, las largas cortinas de muselina que guarnecian aquella ventana se abrieron misteriosamente; y un rostro hechicero, á la vez gozoso y asustado sonrió al militar.

—Felipe!—murmuró—qué dicha!.... que imprudencia! quise decir. Mi madre vela todavia. Si viene, si llegara siquiera á sospechar que te veo, que te hablo!.... Oh! aléjate, en nombre del cielo!

—No, amada mia: perdona si te desobedezco, pero tenia tanta necesidad de verte, de oir tu voz, de contem-

plar tu rostro, de llamarte mia, y oirtelo repetir cien veces! .... Porque, Irene, alma mia, hoy mas que nunca temo perderte. Tu madre se prepara secretamente á dejar á Lima para volver á su patria. Si un dia te ordena seguirla, tú no tendrás bastante resolucion para resistir á su voluntad; el mar está cerca, y antes que hayas podido dirijirme siquiera un adios, habrá puesto entre nosotros su inmenso espacio.

—Calla, Felipe, que destrozas mi corazon! .... Dios tendrá piedad de nosotros, y alejará ese momento fatal!

—¿Pero si llega? Irene, si llega?

—¡Ah! si llega, si me encuentro al fin en la horrible alternativa de elejir entre mi madre y tú....no vacilaré, Felipe, no vacilaré.... ¡Pobre madre mia! Y la jóven inclinó la cabeza sobre sus rodillas, dando un jemido.

—Lloras! te arrepientes de tu promesa, y prefieres someterte á los mandatos tiránicos de tu madre!

—No la culpes, Felipe; ella me ama y desea mi dicha.

—Si te ama ¿por qué despedaza tu corazon? Por qué quiere separarnos?

—Porque pesa sobre nosotros una herencia de ódio, porque média entre nuestro amor una ola de sangre! Escucha, Felipe; y lejos de condenar la conducta de mi madre, llorarás sobre ella y sobre nosotros.

El dia que te cerró su casa, mi madre me llamó á solas.

Estaba pálida, y su semblante grave y triste. Hízome sentar á su lado y me habló así:

Esme forzoso, hija mia, contristar tu corazon, refiriéndote una historia que te hé ocultado hasta ahora, porque, en mi anhelo maternal, yo he guardado siempre para mí las espinas de la vida, á fin de que tú hallaras solo sus flores.

Pero te debo una esplicacion de mi conducta de hoy; y héla aquí:

En tiempo de la guerra de independencia en Colombia, servian en los dos bandos enemigos dos oficiales, el uno americano y el otro español, amigos en otro tiempo, pero desunidos despues por el espíritu de partido.

Un dia se encontraron frente á frente, mandando cada uno de ellos una guerrilla.

La fuerza realista, despues de un terrible combate, fué destrozada, y el oficial español cayó en manos de sus enemigos.

Era jóven, era amado, tenia una esposa bella, una hija en la cuna. La vida le sonreia, y pidió gracia.

Pero el oficial patriota cumpliendo la inexorable ley de la guerra á muerte, fusiló á su prisionero.

El desgraciado español se llamaba Fernando de Guzman.

¡ Mi padre !—grité yo.

—El jefe patriota que lo mandó ejecutar—prosiguió mi madre—era Diego Salgar.

¡Mi padre!—esclamó Felipe, que á su vez inclinó la cabeza sobre su pecho, pálido y anonadado.

—Mi madre, que por evitarme penosas emociones, me calló siempre las circunstancias trájicas que acompañaron la muerte de mi padre, ignoraba el nombre de su matador: una casualidad se lo reveló. Oyó un dia á Fermin nuestro mayordomo, antiguo soldado de Colombia, refiriendo á las criadas su vida militar, hablar como testigo y actor, del fatal encuentro en que la enemistad de nuestros padres tuvo tan terrible desenlace.

¡Ah! ¿Qué podia hacer la viuda de Guzman? ¿Erále lícito acoger todavia al hijo de Salgar?

—Y tú, Irene mia, ¿qué sentiste al saber esa funesta historia que ha caido sobre mi corazon como un lúgubre sudario?

—Sentí que te amaba siempre, Felipe, y tuve horror de mí misma. Habría querido olvidarte, arrojarte del corazon; pero mi amor es profundo, imborrable, se ha vuelto la mitad de mi alma, y no puedo arrojarlo de ella sin morir.

—¡Anjel de belleza y de bondad!—esclamó el jóven, contemplando á su amada con adoracion—¡qué he hecho yo para merecer tanta dicha! Llegué triste, agitado: héme aquí tranquilo y feliz.

—Pero entre tanto, Felipe, las horas pasan, y es preciso separarnos.

—¿Ya? Tan pronto! despues de tantos dias de ausencia, despues de tantas zozobras!

—No estás tranquilo y feliz?

—¡Oh! sí! Mas para irme contento, necesito una prenda. Las cortinas se apartaron enteramente, y una jóven vestida de blanco se mostró en la ventana.

Era bella, bella con esa beldad rara, doble herencia de los árabes y de los godos: grandes y rasgados ojos negros bajo largos y sedosos cabellos blondos.

—¿Una prenda?—dijo, sonriendo amorosamente, una prenda! ¿Cuál?

—El permiso de besar tus cabellos.

Irene cogió una de sus largas trenzas rubias, y rodeó con ella el cuello de Felipe, apoyando en sus lábios el rizo que la terminaba.

A esa doble caricia, el incógnito, que acechaba escondido en el hueco de la vecina puerta, hirió su frente con el puño cerrado, y huyó de allí, como perseguido por una horrible vision.

Al mismo tiempo, una carcajada sorda é irónica resonó en su oido, y una sombra, destacándose de los cañones de otra puerta, lo siguió á lo lejos.

El desconocido atravesó con paso rápido y desigual las calles de Beitia, las Aldabas y Aparicio; entró en la calle de San Francisco, y deteniéndose delante de una puertecita estrecha y baja, dió dos golpes con la estremidad de los dedos. La puerta se abrió al momento, y una negra anciana, de semblante dulce y triste, apareció entre la puerta y una inmensa cortina de enredaderas que la ocultaban interiormente.

El embozado apartó con ademan brusco á la negra, y atravesando la tupida enredadera, se internó en las sombrías avenidas de un hermoso jardin.

La negra dió un suspiro, y moviendo tristemente la cabeza iba á cerrar la puerta, cuando vió deslizarse entre ella y el postigo un bulto negro, que pasando como una sombra bajo su brazo iba á introducirse en el jardin.

La negra, asiéndolo resueltamente, quiso rechazarlo hácia afuera; pero el fantasma, apartando el embozo que lo cubría y poniendo á la vez su dedo en la boca y la hoja de un puñal sobre el seno de la negra:

—¡Silencio! esclamó—porque te juro, madre, que si te mueves, ó dás siquiera una voz, caerás muerta á mis piés.

Y cerrando la puerta, guardose la llave y desapareció entre el sombrío ramaje, dejando á la negra helada de sorpresa y espanto.

—¡Andrés! Andrés!—murmuró la pobre vieja.

¿Qué viene á hacer aquí este desventurado? Huyó del castigo á que le condenaba su atroz delito; y ahora el imprudente, vuelve á poner el cuello bajo la mano del ama, que no le perdonará, aunque le ha criado en sus brazos. ¡Oh! ama, ama! que daño nos hiciste, á mí y á mi pobre hijo, arrancándolo á mi amor, desviando de mí su corazon; á él elevándolo á la esfera de los blancos, donde si es tolerado el negrito, no es ya tolerado el negro. He ahí lo que has hecho de él: un asesino, un ladron!

Y la anciana negra, con la cabeza entre las manos, se perdió gimiendo en las oscuras galerías que rodeaban el jardin.

Entre tanto el rondador de la calle de San Pedro habia llegado al otro estremo del jardin. Torció el dorado boton de una puerta que se abrió, y apartando una cortina de terciopelo, entró en un retrete resplandeciente de oro, seda y pedrería. Las paredes estaban cubiertas con terciopelo color de púrpura bordado de oro. Espejos de dimensiones fabulosas duplicaban el brillo de los diamantes que en forma de brazaletes, pendientes, anillos, collares y diademas se ostentaban por todas partes, dentro los vasos de oro, adornados de rubíes y esmeraldas que cubrian los muebles de aquella suntuosa morada. El aire que allí se respiraba era tibio y embalzamado con el perfume que se exhalaba de la filigrana de los pebeteros que ardian sobre los platillos de oro, llenos de azahar, aromas, y flores de chirimoyo; cuyo humo formaba una aureola luminosa en torno de las trasparentes bujías que alumbraban un tocador donde estaban reunidos todos los tesoros de la coquetería y de la elegancia. Dos anchas ventanas abiertas sobre el jardin, y medio cubiertas con dobles cortinas de terciopelo y enredaderas de ñorbos, hacian llegar á este santuario el suave murmullo del viento entre las hojas de los plátanos.

Estando en el cuarto, el embozado arrojó la capa y sombrero que lo cubría.

Los largos rizos de una hermosa cabellera que el

sombrero aprisionaba se esparcieron profusamente sobre los hombros desnudos de una jóven, ocultando á medias su frente y sus grandes ojos negros.

Era Cármen Montelar, Cármen, no alegre y coqueta como en el baile, sino pálida y sombría.

Largo tiempo permaneció inmóvil, muda, y la mirada fija en el vacío. La vida se habia reconcentrado toda en su pecho que se alzaba tumultuosamente, como un mar borrascoso.

—¡Cármen!—esclamó al fin mirando su imájen reflejada en uno de aquellos grandes espejos—Cármen, ¿qué te queda por saber! falta algo á la desesperacion de tu alma? Orgullosa belleza, ¿qué ha hecho ese hombre del corazon que le habias dado? No contento con destrozarlo, lo ha arrojado al lodo. Hermosa, rica y adorada de cuantos hombres se te acercaban, tú desdeñabas sus adoraciones para consagrarte solo á él. Tu mirada, que los mas altos personajes habrian dado un mundo por interceptar, tu mirada lo buscaba á él solo en todas partes; y cuando lo habias visto, orgullo, opinion, deber, todo lo olvidabas, porque él era todo para tí.

Y mientras tú le consagrabas así tu vida y tu alma, él te engañaba miserablemente, y reia de tu loca pasion. Cada uno de sus juramentos era una mentira, cada una de sus palabras de amor era un insulto: cuando te embriagaba con ellas, llevaba en el corazon la imájen de otra mujer.... ¡¡Ah!!

Y recorriendo el cuarto con pasos precipitados, la orgullosa jóven elevaba sus ojos para hacer retroceder las lágrimas de rábia y dolor que se agolpaban en ellos, é inundaban su rostro á pesar suyo. Ella las enjugaba furtivamente con sus cabellos, murmurando con su risa siniestra.

—¡Llorar! nó: la desesperacion no tiene lágrimas: ellas sientan bien al rostro de una mujer adornada y triunfante, á cuyos pies han arrojado como un sangriento trofeo, el corazon de otra mujer....

Interrúmpiose bruscamente; sus negras pupilas brillaron con un resplandor sombrío, sus manos se crisparon convulsivamente, y mordiendo el lábio con furor:

—¡Irene!—esclamó—Irene!.... He ahí el secreto de ese ódio instintivo que desde la infancia me inspiró esa mujer. Niña todavía, yo leia constantemente en los ojos de esa niña como yo, una terrible amenaza para el porvenir; y en los dorados sueños de mi juventud, cuando el corazon comenzó á abrirse al amor, su imájen venia siempre á turbarlos, mezclando en ellos un terror sin nombre.

Irene! tu qué me llamabas la leona, ya sentirás como justifico yo este nombre? ¡Desdichada de tí, que has herido á la leona y la has dejado viva!

Sí!—continuó, dando un fuerte golpe en su lindo y delicado pecho—quiero arrancar de aquí todo lo que pudiese enternecer mi alma y hacerla buena; quiero consagrarme toda al mal; volver perfidia por perfidia y tor-

mento por tormento. Mientras mas bárbara sea la venganza, tanto mejor. Destierro, deshonra, muerte, ¿qué son ante el dolor que destroza mi alma?

En ese momento, la misma risa sorda y diabólica que la habia perseguido en la calle, resonó detrás de ella.

A este eco que venia á mezclarse á la tempestad que rujía en su corazon, Cármen se estremeció, y volviéndose sobresaltada, vió centellar en la sombra dos ojos ardientes como los del chacal.

Un instante despues abrióse la puerta, y un hombre apareció en el umbral.

Era el negro que habló con Rita en el jardin de la Filarmónica.

V.

EL PACTO.

Al verlo, Cármen dió un paso atrás.

—Infame asesino—esclamó—¿qué buscas aquí?

—Ah! ah! ah! ¡y dice la pobre niña que quiere vengarse! ¡Vengarse, y le arredra el crímen!

—Miserable! llevarías tu insolencia hasta osar mezclarte en los secretos de mi corazon?

—Ya sé—replicó el negro con irónica sonrisa—ya sé que no es á mí á quien la niña concede esa dicha; pero ¡bah! yo estoy fuera de la ley, y no cuento entre los vivos. Vago pues como una sombra, y cual sombra sin ser visto me encuentro por todas partes. Así, todo lo veo, lo sé todo; y ¡cuánto río del soberano ridículo esparcido en este mundo! ¡Qué de engaños! cuantos chascos!

Por ejemplo, sigo el drama de un amor. Es una jóven noble, rica, hermosa, ¡oh! tan hermosa, que por ella daría uno gustoso el cielo; pero tan soberbia, que al sol mismo lo crería indigno de mirarla.

Mas de repente ama. Ama á un jóven capitan, le dá su alma, por él olvida su orgullo, su honor, su deber, todo....

—¡Lo sabe! ¡Desdichada!

—Pero he aquí que el capitan no la ama, nunca la amó, y el sentimiento que lo llevó á ella era el que inspira una cortesana.

—¡Silencio! insolente!

—Oh! por mas que diga la niña, quiere oir mi drama y prosigo.

Mas el capitan ama á otra, á una jóven bella, dulce, pura. La ama con amor inmenso, respetuoso, tierno; y de rodillas ante ella le confiesa con rubor el sentimiento vergonzoso que lo unió á la noble dama.

—Afrenta! rábia! Ah!—gritó Cármen cayendo en tierra y ocultando el rostro entre las manos.

El negro la contempló con cruel complacencia.

—Así, así esclamaba tambien aquella orgullosa mujer, cuando se vió burlada, pospuesta, despreciada; y se torcía en los paroximos de una cólera impotente; porque, débil mujer, carecia del valor que vá á pedir á los sombríos abismos de la venganza las delicias que contienen.

Un hombre, un hombre que nada teme, y que ha

hecho del mal la esencia de su alma, viene á ella y le dice:

Si yo te vengo del hombre que te ha ofendido, arrebatándole la mujer que ama, y robándole para siempre por la muerte ó la deshonra su cuerpo ó su alma ¿qué me darás?

—Todo!—esclamó Cármen, alzándose impetuosa y estrechando con fuerza el brazo del negro—todo! ¿lo oyes? Mi oro, mis joyas, mi poder.

—Eh!—dijo el negro con desdeñoso gesto—¿para qué quiero yo tus riquezas? pueden darme ellas una gota de felicidad?

—Qué deseas, pues? Habla!

—Te amo—esclamó el negro.

—¡Tú, vil esclavo!

—Sí, te amo; y en cambio de tu venganza, quiero que aceptes mi amor.

¿Quién podría esplicar lo que pasó en ese momento entre la borrasca que devastaba hacia algunas horas el alma de Cármen? El orgullo y los celos debieron tener un terrible combate, en que los celos triunfaron al fin, pues la altiva jóven depuso el ceño.

—Y bien— dijo—dame la venganza; y cuando la haya saboreado juzgaré si vale mi amor.

—¡Anjel de luz, esclamó el negro con impetuoso ademan, acabas de hacer alianza con el espíritu de las tinieblas; y este, para hacer irrevocables sus pactos, los marca con un sello de fuego.

Y antes que Cármen hubiera podido impedirlo, oprimió sus lábios con un ardiente beso.

—Miserable!—esclamó la orgullosa aristócrata, me pagarás con la vida esta afrenta!

—Eres mia—replicó el negro—nos ha unido un beso de amor, y me perteneces para siempre. Yo te doy la venganza, y tú me darás la dicha. ¡Qué digo! Acabo de saborearla en tus lábios! ¡Dicha suprema que defenderé con celoso afan! El hombre que osare acercarse á tí, morirá. Maté á Gonzalez porque te amaba, y mataré á Monteagudo porque te ama. Lo he resuelto: así será.

Y dejando á Cármen anonadada de vergüenza y terror, el negro desapareció.

VI.

LA CITA.

A las once de la siguiente mañana, un yerbatero, en compañia de sus verdes cargas, estacionaba frente á la casa de la condesa de Peña-blanca.

De pié y recostado en la olorosa alfalfa, ocultaba el rostro bajo el ala del sombrero, sin duda para guarecerse de los ardientes rayos del sol, y dormitaba una deliciosa siesta: tal era la negligencia de su actitud.

Sin embargo, al cabo de algun tiempo se incorporó lentamente; y llevando la mano al bolsillo de su chaqueta, tomó un objeto que miró por la abertura de su raido poncho.

Quien hubiera seguido la direccion de su mirada, hubiera visto un magnífico reloj cercado de brillantes.

—Media hora de espera!—murmuró—y esa maldita negra no parece....

—*El cazo le dijo á la olla*—cantó una voz detrás del yerbatero.

—Rita! Acabaras de llegar!

—Guá! sabia yo acaso que estabas aquí, disfrazado? Imprudente! no parece sino que está buscando su destino.

—Ya empezamos? Sígueme á la plaza que tengo que hablar contigo.

—Es mi camino; mas no puedo detenerme: me manda la señorita:

—¿Donde vas?

—Voy á llevar esta carta y volver en el momento.

—Una carta! Dámela.

—La carta que me dá la señorita para el señor Monteagudo!

—Para él! Oh! dame esa carta te digo porque sino.... dijo el yerbatero á media voz, pero con terrible acento, arreando sus cargas en pos de Rita, que al llegar á la plaza se detuvo intimidada.

—Pero, Andrés, qué diré á la señorita?

—Dame la carta y descuida.

—Héla aquí. ¡Dios mio! ¿por qué me diste por hermano á este diablo del infierno?

El negro cogió la carta y examinó el sello. Luego sacó del bolsillo un corta-plumas y un lente. Espuso la fina hoja de acero al rayo solar filtrado por el cristal, y

cuando se hubo caldeado lo bastante, aplicóla al sobre de la carta, levantó diestramente el sello, y la leyó.

—Llevas tambien una llave.

—Sí.

—Y bien, he aquí la carta cerrada y sellada como la recibiste. Entrégala, y trae la respuesta. Te espero aquí.

Un cuarto de hora despues, Rita entregaba á su hermano un billete sencillamente plegado, pero que parecia guardar aun la huella de la aristocrática mano que lo habia escrito.

El negro lo abrió del mismo modo que el otro y se puso á leerlo con avidez. El billete decia así:

«Cualquiera que sea el peligro que amenaza mi vida, bien venido sea, pues impide á la bella Cármen el recibirme en su casa donde la hallaría rodeada de importunos, y la aconseja llamarme á un paraje solitario, donde mientras ella me hable de ese riesgo que bendigo, me embriagaré yo en la mirada de sus ojos, y en la melodía de su voz. Y aun está el sol en lo alto del cielo! y aun no es mas que medio dia! ¡Oh Dios! nunca llegará la noche.»

El negro plegó de nuevo y selló el billete, sonriendo con una risa siniestra.

—Lleva este billete á tu señora, Rita, que debe esperarlo impaciente.

—Dices eso, Andrés, de un modo que me haces estremecer. ¿Qué intentas contra la niña?

—¿Quién te ha dado la osadía de averiguar mis intentos? Obediencia y silencio: he allí lo que te conviene si quieres vivir largo tiempo. Vete.

VII.

LA FUGA.

Al anochecer de ese dia, un coche cuidadosamente cerrado partió de la calle de San Pedro. Atravesó las de Plateros y San Agustin, torció á la izquierda, y se dirijió á la portada del Callao.

En aquel coche iban dos personas—una mujer de edad madura y una jóven.

La primera, grave y meditabunda, parecia haber tomado una penosa pero firme resolucion. La última lloraba en silencio con el rostro oculto entre las manos.

Cuando el ruido de las ruedas y de los cascos de los caballos se hubo apagado en la arena del camino, la jóven levantó la cabeza, y pasó en torno una dolorosa mirada.

La noche comenzaba á tender su velo sobre el pai-

saje. Las copas de los sáuces se dibujaban sombrías sobre el azul estrellado del cielo; el grillo cantaba entre la maleza, y la brisa empapada en los aromas del azahar, mecía con triste rumor las ramas de los árboles.

La jóven asomó la cabeza por el claro de la portezuela y miró hácia atrás.

La última vislumbre de occidente se reflejaba con tintes rojizos en los blancos capiteles de la portada; y en el fondo oscuro de su arco, empezaban á brillar las luces de la ciudad.

¡Lima! murmuró la jóven. Y el acento con que pronunció esta palabra encerraba un mundo de dolor.

Lima!—repuso su compañera—Lima que ya no nos es dado habitar, hija mia, por mas doloroso qne sea abandonar ese hospitalario asilo de nuestra horfandad, donde hemos pasado dias felices, apesar de la suerte enemiga que siempre obstinada en perseguirnos, me ha puesto en la necesidad de despedazar tu corazon.

—Ah! mamá! existia acaso esa necesidad? ¿No te he jurado no ver mas á Felipe, con tal que me dejaras vivir cerca de él, respirar siquiera el aire que él respira?

—El honor y el deber me ordenan alejarte de él, Irene; el honor y el deber te ordenan á tí desterrar del corazon ese amor sacrílego. El honor y el deber, hija mia, tienen leyes severas, que no transijen con ninguna debilidad.

—Tienes razon, mamá, tienes razon. Há habido momentos en que he querido rebelarme contra tus deci-

siones; pero mi fé en tí está demasiado arraigada en el corazon. He aquí, pues tu hija, haz de su destino lo que mejor te plazca. Pide á Dios solamente que me dé fuerza para resignarme con su voluntad, y no sucumbir en esta horrible prueba.

—Confía en su bondad, hija mia, repuso la madre, procurando afirmar su voz conmovida. Él, que tiene magníficas recompensas para aquellos que cumplen su deber en la tierra, te enviará, no lo dudes, la paz y la dicha. Ahora llorás, pero despues te regocijarás.

—¡Despues!—murmuró Irene—¡despues! que siglos de dolor encierra esta palabra!

É inclinando la cabeza pareció hundirse en dolorosa meditacion.

Entretanto, el coche habia dejado atrás los últimos árboles de la alameda, y rodaba sobre un camino polvoroso bordado de altas malezas donde cantaban millares de insectos. Acercábanse á la *Legua*, y ya á la luz de la luna se distinguian los pardos techos del *tambo*.

De repente, un jinete, que embozado hasta los ojos, caminaba hacia rato á vista de los viajeros, pero guardando entre ellos una distancia calculada, puso á galope su caballo.

El cochero, que sentado en el pescante cantaba descuidado, interrumpió su cancion para mirar hácia atras.

En ese momento, el jinete que habia empárejado el coche dió un silbido.

Cuatro hombres surjieron de bajo de un matorral;

dos de ellos detuvieron los caballos, y los otros se apoderaron de las viajeras. El uno ligó á la espalda las manos á la señora, y el otro puso á la niña desmayada en los brazos del embozado, quien acercándose al cochero, mostróle en silencio, pero con ademan imperioso el camino del Callao, tomando él el de Lima, á toda la carrera de su caballo.

Todo esto pasó en el corto espacio de un minuto.

La madre dió gritos espantosos; y ligada como se hallaba quiso arrojarse á tierra.

Pero de repente se detuvo pálida y anhelante. Un pensamiento horrible hirió su mente, secando sus lágrimas y cambiando su dolor en indignacion.

—¡Infame hipócrita! —esclamó—fingia resignacion y se preparaba á huir con su amante! Que la sangre de tu madre sea sobre tu cabeza, hija desnaturalizada! yo te maldigo!

Y la desdichada mujer cayó desfallecida en el fondo del carruaje que por órden del raptor corria en direccion del Callao.

A la misma hora que los viajeros dejaban Lima, Salgar entraba en su casa despues de la lista de cinco.

Una mujer lo esperaba sentada en el umbral de la puerta.

—Inés! . . . . Una carta suya, no es verdad? . . . . Pero tu lloras! . . . . Dios mio! qué ha sucedido?

—¡Ay! Señor, ya su mercé no verá mas á la pobre niña!

—Qué dices?

—Acaba de partir para el Callao, y esta noche se dá á la vela para España.

—¡Pérfida! me ha engañado. Anoche mismo me juraba seguirme y ser mia.

—No la culpe su mercé. ¿Qué podia hacer la pobre niña? Su madre la domina; y cuando habló la señora, ella dijo siempre amen.

Pero en lo que pasó esta mañana á cualquiera se la doy..

Figúrese su mercé que de repente entraron á casa dos caballeros: y que la señora, que parecia esperarlos, hizo pasear á uno de ellos de la cocina al desvan inventariándolo todo. Hecho esto, volvieron al salon en donde uno de aquellos hombres, sumando el inventario, dejó un saco de oro y partió.

—He aquí, capitan Vazquez, dijo la señora al otro, que se habia quedado en casa—he aquí la única fortuna de la pobre viuda que lleva V. á bordo. ¡Ah! cuan feliz salí de España y cuan desdichada vuelvo! .... Partimos hoy en fin?

—Esta noche, entre dos y tres sin falta. Desde esta mañana sopla una brisa magnífica.

—Loado sea Dios!

—Me llevo, pues vuestro oro. He aquí mi recibo. Hasta la noche.

—Inés! en nombre del cielo, acaba! ¿no ves que muero de angustia?

—A ello voy. Yo estaba escuchando, y cuando oí

hablar de viaje, quise venir á avisar á su mercé; pero la señora había cerrado la puerta y guardádose la llave.

A las cinco me llamó. No sé lo que habia pasado. La niña lloraba amargamente sentada en un rincon; la señora estaba triste, y por momentos sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Inés—me dijo—¿quieres seguirnos á España?

¡Ay! señor, aunque yo la quiero tanto á la niña sobre todo esto de irme fuera de Lima se me hizo muy cuesta arriba. ¿Dónde hallaría yo en esos mundos de Dios nuestro regalo, el sahumerio, la mistura, los limpiones, Amancaes, el Puente, ¡bah! imposible, imposible!

—Inés! me estás dando ochenta muertes! Qué te dijo para mí?

—La señora?

—Irene!

—Cuando la señora me dijo que era libre y que me quedara, y me dió toda esta plata.... la niña me hizo seña de que me acercase con pretesto de acorchetarle el vestido; y me encargó de decir á su mercé que le habia sido imposible desobedecer á su madre; que iba á morir, eso sí, pero que su mercé la olvidara.

—¡Ah! creiste eso posible, Irene? Yo te haré ver que te engañas! yo te haré ver como sabe amar el corazon que te ama!

—Donde va su mercé, por Dios?

—A correr en pos suya, á arrojarme á los piés de su

madre, á pedirle.... á pedirle que me dé la muerte! dijo Felipe montando á caballo y partiendo á toda brida.

Las calles, la portada, la alameda: todo lo dejó atrás en breves instantes; y cortando con impaciencia las revueltas del camino, corrió en línea recta, saltando tapias y matorrales, sombrío, silencioso, con la mirada fija en el horizonte, pareciéndole á cada momento ver perderse en la azul lontananza, las blancas velas de la nave que le arrebataban á su amada.

De pronto, Salgar divisó un jinete que corriendo en direccion opuesta venía á encontrarse con él. Llevaba estendido entre sus brazos el cuerpo de una mujer cuya cabeza iba echada hácia atras, y á la luz de la luna, veíase ondear al viento su larga cabellera.

A diez pasos de distancia aquel hombre que habia reparado en Felipe, torció hácia la derecha y dando espuela á su caballo, cojió un sendero que cruzaba los campos. En ese momento, la mujer que llevaba consigo, y parecía muerta ó desmayada se enderezó de repente, y tendiendo los brazos á Salgar, gritó con angustia:

—¡Socorro!!

Al eco de aquella voz, Felipe se estremeció, y echando mano á la espada, se arrojó sobre el raptor.

Este, viendo que le era imposible defenderse soltó su presa y desapareció.

—¡Irene! esclamó Felipe, cayendo á los piés de su amada.

Irene vaciló un momento, miró hácia atras, divisó

á lo lejos el coche en que se alejaba su madre; luego miró á Felipe, que la imploraba con ademan suplicante.

—¡Oh! madre mia! perdon!—esclamó—Yo habia consentido en morir por obedecerte; pero no tengo fuerzas para volver á comenzar mi suplicio!

Y se arrojó llorando en los brazos de Salgar.

VIII.

EL ASESINATO.

Un hombre, entrando á brida suelta por la portada de Guadalupe, se detuvo delante de un callejon en la calle del Sáuce.

—Candelario—dijo á media voz.

—Capitan—respondió un negro que parecia esperarlo hacia rato en la puerta del callejon.

—Hiciste mi encargo?—continuó el primero echando pié á tierra.

—Sí, capitan.

—Afilado y empitado?

—Empitado fuertemente, y afilado por el mejor amolador. Héle aquí.

—Bien. Donde está Francisco?

—En la calle de Escribanos, acechando á nuestro hombre, que no ha mucho tomaba un baño y ahora se estará vistiendo.

—Las ocho! Ya es hora de apostarnos.

Dió un golpe en la grupa á su caballo, que á esta seña, entrando en el callejon, se perdió entre sus oscuras encrucijadas.

Los dos hombres subieron calle arriba, y luego se dirijieron hácia la plazuela de San Juan de Dios.

Llegados allí, el uno se quedó en la boca-calle que hoy cruzan los rieles del ferro carril, y el otro fué á apostarse en la mitad de la plazuela bajo las ventanas de la Micheo.

No de allí á mucho, oyóse á lo lejos un prolongado silbido que repitió luego el negro apostado en la esquina.

Poco despues apareció un hombre apuesto y elegante; cruzó la calle y siguió el costado derecho de la plazuela, alumbrada entonces por los rayos de la luna.

En el mismo instante, aquel que parecia esperar apoyado en la puerta cerrada de una tienda, incorporándose de repente, vino derecho y con paso mesurado al encuentro del que iba, quien, preocupado sin duda de algun pensamiento, no hizo en ello atencion ninguna.

Al cruzarse aquellos hombres, brilló un relámpago, oyóse un grito ahogado, y uno de ellos rodó en tierra.

El asesino se inclinó sobre él, registró sus bolsillos, apoderóse de una llave, y yendo hácia el hombre que

había dejado en acecho, y que se habia ya reunido con aquel que vino siguiendo al desconocido.

—Candelario—le dijo—recoge mi puñal; pero guárdate de tocar un pelo siquiera de ese cadáver: en ello te vá la vida. Por lo demás, ya sabes: en caso de aprehension, tú lo mataste, tù; y nadie te saque de ahí, que aquí estoy yo para librarte, cualquiera que sea el peligro en que te halles.

En cuanto á tí, Francisco, achácalo todo á tu amo. Por bueno que sea contigo, recuerda que es blanco, y basta. Cuidado, pues!

Y volviendo sobre la derecha, tomó la sombra y atravesó la plazuela.

—Amen!—dijo Candelario—menos en lo de recoger el puñal. ¿Cómo acércarse al muerto sin que tienten á un cristiano esos dos gruesos diamantes que desde aquí veo brillar en su pecho y en su dedo?

Huyamos, huyamos presto, Francisco, que las manos me hormiguean.

Y ambos echaron á correr.

Entretanto, el asesino atrevesó á paso largo la calle de Belen, y deteniéndose delante de una puerta, despues que hubo consultado su número, abrióla con la llave que habia quitado al cadáver, y se introdujo en un vasto jardin plantado de árboles y cubierto de emparrados.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, saliendo de entre el follaje de una glorieta, Cármen Montelar se adelantó al encuentro del que llegaba.

Pero al verlo, detúvose de repente y exclamó con espanto:

—No es él!

—No, por cierto—repuso el otro en tono de fisga, no, no soy el que esperabas pero en cambio soy aquél que sabé cumplir sus propósitos.

—Andres! . . . . ¡Oh! lo ha asesinado!—esclamó ella y cayó al suelo sin sentido.

El negro se puso á contemplarla con insolente complacencia!

Qué hermosa es!— decia—¡ Y pensar que este bello cuerpo estendido á mis piés, pudo ser mio ahora mismo, y embriagarme con todos los tesoros de hechizo y de voluptuosidad que encierra! . . . . Capitan Salgar! caro me pagarás el encuentro de esta noche!

Tengo sed de esta mujer: la amo con un amor rabiosos; y tener aun que esperar! ¡Oh!

Alejose algunos pásos, y yendo á una acequia que atravesaba el jardin, cogió agua en la palma de la mano y roció el rostro á la jóven, que abrió los ojos y se levantó asustada.

—No temas—la dijo el negro—Una larga hora has estado á discrecion mia, tú, que habias venido aquí para hacerme traicion; mas yo no he querido vengarme de tu deslealtad: te he respetado, y mi mano no se ha estendido ni aun á la orla de tu velo. Pero acuérdate, Cármen Montelar, que el dia que te entregue la honra ó la vida de tu rival, serás mia; y que no podrás eludir el cumplimiento

de tus promesas, aunque te ocultes en las entrañas de la tierra. Adios.

. . . . . .

Aquella misma noche, Candelario y Francisco fueron aprehendidos y el primero declarado asesino del ilustre Monteagudo.

IX.

EL VOLUNTARIO.

La mañana siguiente, cuando Cármen delante de su espejo contemplaba la palidez que los sucesos de la noche habian dejado en su mejilla, vió entrar á su hermano vestido de militar.

—Qué es esto, Gabriel? Con un uniforme á cuestas!

—Ya lo ves, querida mia: he endosado la casaca y soy una plaza mas en el batallon Arauro, que hasta hoy guarneció Lima.

—En el Arauro!

—Sí, y en la compañia del capitan Salgar.... Pero nada mas ves en mi?

—Calzas espuelas. Te marchas?

—Marchamos al campamento, que está entre Baquí-

jano y Bellavista; y dos horas despues nos embarcamos para Arica.

—Se vá Corazon! cuanto lo amas todavia!

—En la madrugada el cuerpo ha recibido órden de partir y el *Leonidas* nos espera en Bocanegra, donde nos embarcaremos para evitar los fuegos del castillo.

Sabe Dios que yo no amo la vida de soldado; pero me arrojan en ella ¿sabes quó?

—Penas de amor!

—Sí! ayer perdí la esperanza ya: Irene partió con su madre á España.

—Partió!— murmuró Cármen—Maldicion! y mi venganza? Oh! al menos, quiero verlo á él; gozarme en su dolor!

Y volviéndose á su hermano:

—Gabriel—le dijo—no nos separemos tan presto: quiero acompañarte hasta la playa. Voy á prevenir á mi tia, pido el coche y parto.

—Mucho lo agradeceré, hermanita; pero apresuráte. El batallon está formado y vá á ponerse en marcha.

X.

LA LEONA.

Poco despues en la playa de Bocanegra, y entre el tumulto del embarque, una mujer, lanzándose de un carruaje, se mezcló al jentío. Era Cármen Montelar.

Un hombre se le acercó y le habló al oido.

Cármen se puso pálida; pero en sus ojos brilló una feroz alegria.

—Te sigo—le dijo—y desapareció con aquel hombre.

El *Araure* se habia embarcado, y el *Leonidas* solo esperaba para darse á la vela la llegada de un oficial, cuyo retardo se achacaba á una órden superior.

—Diablo de Salgar!—decia el coronel, dirijiendo su anteojo á tierra—que puede detenerlo todavia? Fué á

traer los estados del cuerpo que olvidé en la mesa del General Salon y que le encargué ir á buscar, porque él era el único que estaba á caballo. No queria ir y ahora no quiere volver.

—Allí viene un bote. Trae quiza á Salgar?

—Nó: en él viene un paisano.

En efecto, un hombre envuelto en una ancha capa y el sombrero caido hasta los ojos, saltó en un bote, puso una onza en la mano al barquero, y le dijo con voz breve:

—Al *Leonidas*.

—Señor—repuso vacilante el barquero—estoy esperando al capitan Salgar.

—Pierdes tu tiempo, no vendrá. Vamos.

Y muy luego el desconocido abordó al bergantin, subió ligeramente su escalera de cables, atravesó los grupos de soldados, y descendió furtivamente á la bodega.

Llegado alli, pasó una ávida mirada sobre la multitud de equipajes amontonados en aquel sitio, é inclinándose sobre las placas en que estaban inscritos los nombres de sus dueños leyó:

—Mayor Alvarez: Teniente Coloma, Comandante Gomez, Capitan Salgar.....

—Héla aqui.

Acercó los lábios á un pequeño agujero abierto con disimulo sobre la cubierta de un baul, y dijo con voz baja:

—Irene?

—Felipe! Al fin!—respondió una voz sorda desde el interior del baul.

—¡Ah! estabas aquí y lo esperabas! Pues sabe que no vendrá.

—La *Leona*..... Dios mio! soy perdida!

—Sí, la leona á quien heriste en el corazon, la leona que te tiene ahora bajo su garra, y que no te soltará.

—Felipe! Dios mio! Felipe!

—En vano lo llamas. Acusado de conspiracion, Felipe acaba de ser aprehendido y se halla en el campamento con centinelas de vista.

—Cielo! qué va á ser de él!

—Piensa en tí, en prepararte á morir. En cuanto á él yo soy noble, rica, y hermosa y lo amo: es decir, lo puedo todo, y lo salvaré. Asi, mientras tú mueres aquí desesperada, yo libre de tu fatal influencia, reconquistaré su amor.

—Me ahogo! Piedad! .... Socorro.

—Nadie te oirá; y antes que aquí baje alma viviente habré yo llegado á Lima.

—Lima!— esclamó la desventurada, y exhaló un hondo gemido—Lima!

Y el recuerdo de la mágica ciudad, de sus frescos jardines, de sus bosques de naranjos y sus embalsamadas auras, todo lo espresó el acento con que esta palabra se exhaló de su pecho falto de aire.

—Sí—replicó la otra—Lima, que tú no verás yá, y donde á mí me esperan largos dias de dicha y de amor con Salgar.

—Pues bien—esclamó la desdichada Irene—si tienes la certidumbre de recobrar su amor ¿por qué quieres

mi muerte? ¿qué puede inspirarte el bárbaro placer de verme morir en las convulsiones de esta atroz agonía? Ah! sin él yo no quiero la vida, y la abandonaré á tu venganza; pero ¡en nombre del cielo, ten piedad de mí! sácame de este sepulcro, vuélveme á la luz, al aire! deja que respire todavía el perfume de las flores, el ambiente cálido del dia, la brisa embalsamada de la noche, y despues, te lo juro, moriré!

Así hablaba la pobre niña con voz suplicante que habria ablandado el alma de un tigre; pero la herida que sangraba en el corazon de Cármen habia estinguido en ella toda piedad.

—¡Ah!—dijo—tú gimes ahora y me demandas piedad! ¿Quién la tuvo de mí en el largo martirio de mi amor ultrajado, en las eternas horas que pasé acechando las caricias que te prodigaba mi infiel amante, ahogando gritos de rabia, y destrozando con las uñas mi pecho, para que el dolor material embotara el dolor del alma? ¿quién tuvo piedad de mí en los solitarios insomnios de mis noches, en que cada momento era un siglo, y cada latido del corazon una tortura? Oh! tú triunfabas entónces y reias de mi humillacion. Mi vez ha llegado y yo rio ahora de tus cobardes gemidos—Muere!

Y dejó la bodega, sin escuchar los sordos gritos con que la desdichada Irene le pedia la vida.

XI.

EL RECLAMO.

El bote, que atracado al bergantin, esperaba á su pasajero, fué invadido por cuatro oficiales de la division sitiadora que se volvian á tierra.

—¿Qué esperas?—preguntaron al barquero.

—Espero al señor que me ha pagado el bote. . . . Pero héle aquí que baja.

Los oficiales hicieron lugar al recien llegado, y el barquero remó hácia tierra.

Un hombre esperaba en la playa. Inmóvil, y sugetando un caballo por la brida, tenia la vista fija en el bote que se acercaba.

Cuando los pasajeros saltaron en tierra, se acercó al embozado y le dijo por lo bajo:

—He cumplido mi promesa. Cármen Montelar, cuando cumples la tuya?

—Caballeros—dijo ella, volviéndose á los oficiales—veis ese hombre? Es Andres, el *Rey Chico*, capitan de los salteadores que asolan el camino de Chorrillos y la Tablada de Lurin. En nombre de la seguridad pública, echadle mano.

Pero antes que ella acabara de hablar, el negro, saltando con ligereza sobre el lomo de su caballo, hízola una seña de amenaza, y huyó, enviando por adios á los oficiales que se preparaban á aprehenderlo, una irónica carcajada.

Cuando Cármen, dejando su disfraz y recobrando sus vestidos que habia dejado en una choza de pescadores, pidió su coche, supo que habia sido tomado para conducir á un oficial que acusado de conspiracion, y aprehendido en el momento de embarcarse, despues de una tenaz resistencia, en la que mató á algunos soldados, reducido á prision, se habia vuelto loco, y cargado de cadenas habia sido conducido á Lima y encerrado en San Andrés.

Al escuchar esta noticia, Cármen palideció y el nombre de Felipe se mezcló en sus lábios con un gemido.

Pero luego, otro sentimiento clamó mas alto en su alma que el dolor. Y llevando la mano al corazon,

—¡Silencio!—esclamó—¡silencio, rebelde! Te has vengado y gimes todavia? No puedes vivir de amor. Y bien! yo te haré vivir de orgullo.

XII.

ESCENAS DE A BORDO.

El primer dia de navegacion se pasó alegremente á bordo del *Leonidas*. Los oficiales del Arauro rieron, cantaron, refirieron aventuras, y bebieron sendas copas á salud del desconsuelo en que habian dejado á sus queridas.

Al dia siguiente, el fastidio comenzó á darles caza, y largos bostezos corrieron de babor á estribor. Hastiados de la gravedad de hombres en aquella estrecha cubierta, volviéronse todos niños; y mientras el coronel empeñaba largas partidas de ajedrez con el capitan, los oficiales apuraron el *trecillo*, los *escondidos*, el *toro*, la *rayuela*, &.

—Á la *vara de Moises*—gritó el piloto.

—Qué juego es ese?

—Es un juego de mi pais, y muy bonito, como ustedes van á verlo.

Se le vendan á uno los ojos, y poniendo en su mano una varilla se le deja en libertad. El vendado vaga procurando guiar sus pasos hácia algun objeto que le interese; y cuando lo juzga al alcance de su vara la deja caer sobre él. Entonces el objeto es puesto á su disposicion; y siempre bajo la venda, si es un pastel lo parte; si un canasto lo destapa; y si es un hombre le da un bofeton.

—Magnífico! Yo quiero ser el vendado!

—Yo.

—Yo.

—Pues señores, echar suertes.

La suerte cayó sobre Gabriel.

—Alferez—dijo el piloto, vendándole y dándole la varilla—recomiendo á V. una gran caja de confites á la rosa que el capitan guarda en su cámara, al lado de la mesa de ajedrez. La gracia del juego esta ahí: obligarlo á dar la llave.

—Oh! piloto un abrazo por la idea! y.... campo!

Apartáronse todos y Gabriel comenzó con denuedo su marcha; solo que, en vez de guiar sus pasos á la cámara del capitan, los estravió hácia la bodega.

Llegado á la escalera, descendióla con rapidez, creyendo firmemente que bajaba á la cámara del capitan; y despues de vagar un momento entre la multitud de objetos amontonados allí, dejó caer su varilla.

—Un baul de Salgar!—murmuraron, riendo mali-

ciosamente por lo bajo—Diablo! vá á encontrarse con las cartas de su hermana!

—Qué chiste!

—Piloto, déle V. esta llave. Es de un baul chico, como ese, y debe irle bien.

Dióle la llave el piloto, y Gabriel abrió el baul....

Un grito de horror resonó en la bodega.

El joven arrancó la venda que cubria sus ojos.

Qué espectáculo! El cadáver de Irene yacia á sus piés.

En el yerto semblante de la desventurada jóven habia quedado grabada la huella de una horrible agonia.

Desde entonces, Gabriel no pronunció ni una sola palabra. Apoyado en un mástil, inmóvil y la mirada fija en el horizonte, mostrábase enteramente ageno á la impaciencia con que sus compañeros deseaban la tierra.

Dos semanas despues, el mismo dia que desembarcaron en Arica, el jóven alferez desapareció.

XIII.

EL RAPTO.

Una bella noche de marzo, clara, ardiente y estrellada, verdadera noche de Lima, Cármen Montelar, hermosa como ella, y como ella vestida de negros cendales y coronada de brillantes, paseaba los *monumentos* de Jueves Santo.

Las borrascas del alma no habian dejado ni la mas lijera huella en su pura frente y sus límpidos ojos; y nadie habria sospechado la presencia del crímen bajo las suaves ondulaciones de su albo seno. Al contrario, habríase dicho que se habia vuelto mas bella. En efecto, mezclábase ahora á su mirada y á su sonrisa una espresion misteriosa que la hacia mas seductora; y su voz habia adquiri-

do una melodía estraña que conmovia profundamente las mas íntimas fibras del alma.

Por eso, nunca vió tantos adoradores suspirando en torno suyo; y por eso aquella noche en las calles y en el templo, seguíanla solícitos, prodigándola lisonjas.

Fastidiada de tantas adulaciones, Cármen procuró ocultarse entre las sombras de una nave, y saliendo por una puerta lateral, tomó una calle escusada.

En la esquina de aquella calle estaba al parecer en acecho un hombre envuelto en un poncho y apoyado en su caballo.

Cuando Cármen se hubo alejado una cuadra, aquel hombre saltó sobre su montura, y partiendo á toda brida, alcanzó á la jóven, levantóla en sus brazos, envolvió su cabeza entre los pliegues del poncho, sofocó sus gritos, y desapareció con ella entre los escombros de una callejuela.....

Tres dias despues, á las diez de la noche, una mujer pálida y desgreñada, llamó á la puerta de un monasterio, pidiendo hablar con la abadesa.

La santa prelada dejó su humilde lecho y acudió luego á aquel llamamiento.

—Qué buscais aquí, hija mia?—dijo la abadesa.

—El velo de religiosa—respondió la forastera.

La abadesa la atrajo á sí, y la puerta se cerró tras de ellas.

XIV.

REVELACIONES.

Poco despues, el famoso *Rey Chico*, azote de los caminos y terror de las poblaciones, sorprendido solo en una de sus guaridas, despues de una resistencia desesperada, fué aprehendido y encerrado en Carcoletas.

Tantos, tan enormes eran sus delitos, que no medió mucho tiempo entre su aprehension y su sentencia de muerte.

El negro la escuchó con aparente serenidad; y cuando puesto en capilla, le enviaron un sacerdote, burlóse de él y le volvió las espaldas. Su madre, la pobre Nicolasa, vieja y casi ciega, se arrastró llorando hasta la puerta de la cárcel, y pidió que le permitieran ver á su hijo para exhortarlo al arrepentimiento y darle su bendicion.

Concediéronle esta gracia; pero él rió de su dolor, y mandó decirle que se volviera á la cocina.

La desventurada madre fué á echarse á los piés de su ama y la reveló aquello que hasta entonces habian ocultado á la anciana condesa, abrumada de años y de pesares, medio paralítica, y mas triste y abatida despues de la desaparicion de su sobrina: refirióle la prision de Andrés, su condenacion y su impía renitencia.

La condesa gimió amargamente al escuchar la relacion de Nicolasa; y cuando supo que Andrés rehusaba disponerse para morir como cristiano, pidió su coche, y haciéndose conducir á Carceletas solicitó ver al reo.

Concedida la licencia, lleváronla en brazos á la capilla, pues su debilidad le impedia marchar sola.

Al ver á Andrés en aquel terrible sitio cargado de cadenas; la condesa se echó á su cuello llorando.

—Oh! Andrés....Andrés!—exclamó—quien me hubiera dicho que un dia habia de verte así!

—Ah! ah! ah! ama, mucho tiempo ha que debiste suponerlo. O de no, dí: ¿no es verdad que me criaste para hacer de mí un malhechor?

—Qué estás diciendo, ingrato! ¿No te he criado en mis brazos, á la par con mi hija y mis sobrinos con el mismo mimo y la misma educacion.

—Hiciste eso siempre ama?

—Ah! hijo, despues, cuando ya fuistes un hombre me ví en la necesidad de separarte de mí, porque la sociedad desprecia á la gente de tu raza; pero sabes bien

que fué muy apesar mio, y solo en tu interés, por evitarte desaires.

—Y ¿por qué hiciste un dia lo que no habias de hacer siempre? Tú eras mi ama, yo tu esclavo, es cierto! pero ¿quien te dió facultad para hacer de mí lo que no era, lo que no podias hacer que sea? Esa estúpida Nicolasa tiene razon: tú debiste dejarme con ella en la *pampa*.

—Cual habrias sido entonces sí....

—Estás tan estúpida como Nicolasa. ¿A qué arrancarme á mi infeliz condicion, á qué elevarme hasta tí, para despues proscribirme? Hallarías tú agradable el lodazal despues de habar respirado en las regiones del éter?

—Pobre Andrés! Si solo hubiera sido por mí, yo me habria alejado de las gentes de mi rango para guardarte á mi lado....

Pero alejemos estos recuerdos inoportunos en esta terrible hora. Andrés, hijo mio, he venido á pedirte que aceptes los auxilios de la santa religion que te he enseñado. Ay! muy luego te seguiré al sepulcro; pero deja que parta con la esperanza de encontrarte en el cielo.

—Qué ganga! Y qué es necesario hacer para eso, ama?

—Arrepentirte de tus crímenes Andrés, pedir perdon á Dios, implorar misericordia.

—Y ¿en qué forma?

—Confesando tus pecados y recibiendo la absolucion de un sacerdote.

—Bien mirado, quien debe oir mi confesion eres tú, ama; porque mis mas grandes pecados han sido contra tí. Vamos, escucha mi confesion; y si juzgas que no tuve razon en lo que hice, me arrepentiré deveras á los piés de un confesor.

La buena señora, ofuscada por su pena, lo creyó al pié de la letra, y armándose de valor, púsose á escuchar los delitos de aquel que habia criado con los desvelos que se prodigan á un hijo.

El negro se sentó á su lado, y tosió con aire de burla.

—Atencion! ama, porque comienzo.

—Tú fuiste mi primera pasion.

—¡Andrés!

—No dicen los clérigos que es pecado amar? Pues bien yo te amé. Tu misma diste para ello ocasion. Dejábasme ver tu belleza como si yo fuera uno de los pilares de tu cama. Creías ama que porque yo era negro no era hombre? Así, te amé, y aborrecia á cuantos á tí se acercaban. Al amo no hay para que decir que lo detestaba: era tu marido.

El me pagaba en la misma moneda ¿te acuerdas? Ya se vé! quién no adivina á un rival.

Un dia crecieron tanto mis celos que fuí á buscar al criado de un boticario, y con el oro que tu me dabas le compré un alfiler templado en ácido prúsico.

A la mañana siguiente encontraste al amo muerto en la cama....

—¡¡Ah!!!

—Qué es eso ama?

La pobre anciana habia caido sin sentido.

El negro fué á tomar un vaso de agua, y roció con ella las sienes á la condesa, que abrió los ojos dando un gemido.

—Ama, muy pronto comienza á flaquear tu valor. Todavía hay mucho que decir.

—Mónstruo! Y pensar que lo tuve al lado mio!

—Y lo que es mas, enamorado de tí.

Pero despues comenzaste á envejecer. Se cayeron tus cabellos, tus ojos perdieron su brillo, diste en arrastrar los piés....

Mas en cambio, las niñas se volvian cada dia mas lindas. Qué espléndidas cabelleras! qué ojos! qué donaire!....

Amé á las dos: á Manuelita la rúbia y á Cármen, la bellísima morena.

Cármen de lo alto de su soberbia no habia siquiera sospechado mi amor. Manuelita, mas perspicaz que tú, lo adivinó; y redobló el ódio que me tenía, y se complacía en exasperarme hablando de su novio, de su amor, y de su pròximo enlace.

El negro se interrumpió; y mirando á la condesa como el asesino mira el sitio en que ha de hundir el puñal,

[illegible] mucri-

[illegible] de nuevo,

[illegible]

—[illegible] señora,

[illegible] desmayado al

[illegible]

[illegible]

—[illegible] historia de su

[illegible]

—[illegible] la plaza

[illegible] im-

[illegible] de Dios!

XV.

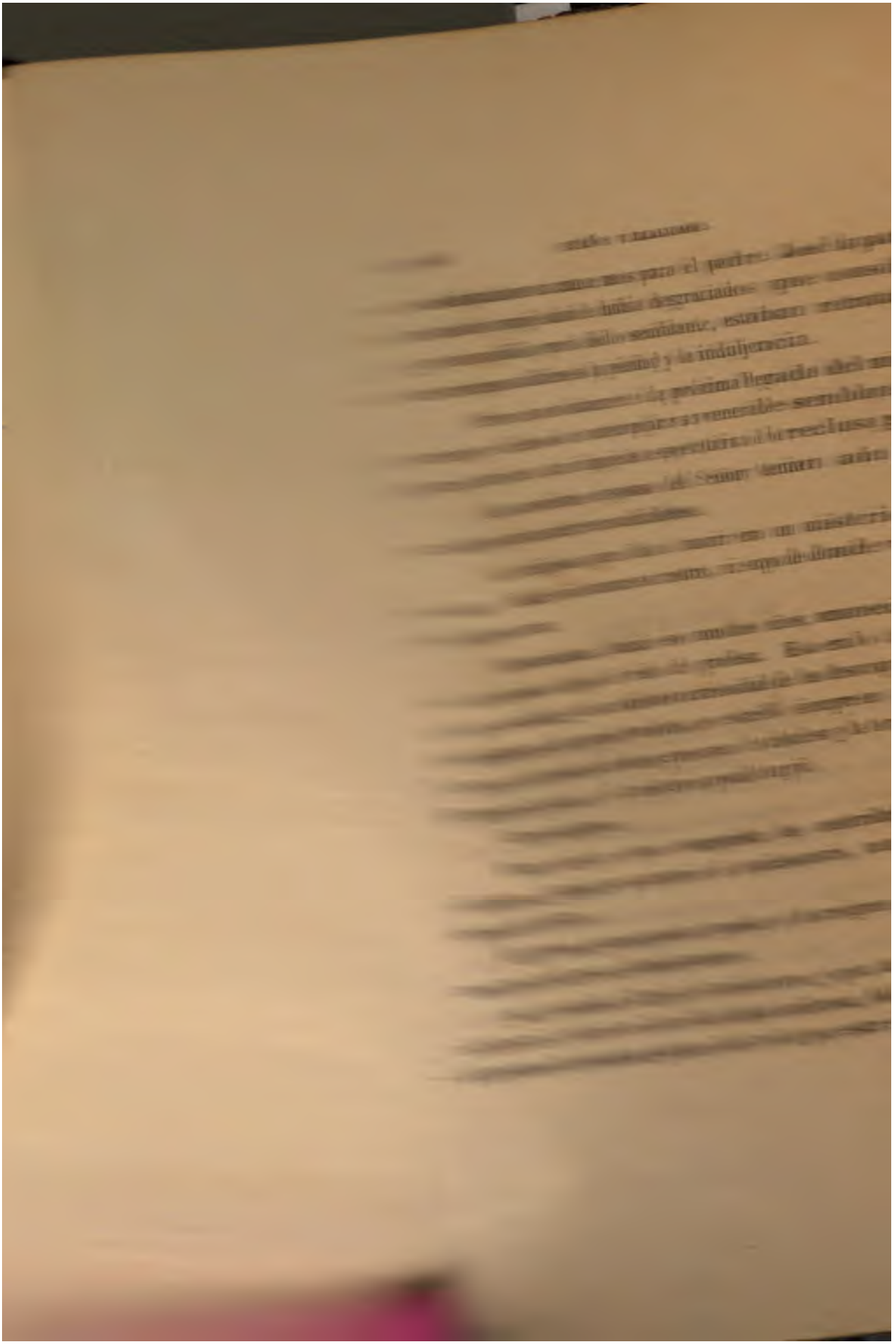
EL ENCUENTRO.

Un dia, no ha mucho tiempo, el cláustro de uno de nuestros monasterios presentaba un espectáculo singular.

Innumerables corrillos de monjas y seglares discutian á media voz, comentando hasta lo infinito un incidente de picante actualidad.

Era el caso que una monja moribunda pedia para hacer su confesion á un santo misionero recien llegado de Palestina y precedido por la fama de eminentes virtudes. El Santo Padre le habia hecho altas concesiones que él aplicaba á las dolencias de las almas con todo el celo de una ardiente caridad.

Lima lo veneraba; y la Italia, la España y la Francia



El hombre de Dios se acercó á la moribunda y quedó solo con ella.

—Padre mio—dijo la religiosa alzando el velo que hasta entonces ocultaba su rostro –ved aquí una mujer cargada de crímenes. . . .

—Hija mia—la interrumpió el misionero, mostrándole un crucifijo—he aquí un Dios todo clemencia y misericordia. Ten confianza en su bondad infinita. El, que perdonó á Magdalena, guarda tambien para tí los mismos tesoros de indulgencia.

—Oh! padre mio, ella amó y yo no he amado nunca, porque he vivido poseida por el orgullo, ese implacable demonio, que tomando la forma de los mas nobles sentimientos, los emponzoñó en mi corazon, convirtiéndolos primero en egoismo y despues en crímen!

Y la moribunda reveló al misionero los profundos arcanos de su alma.

El santo religioso, con los brazos cruzados sobre el pecho y el pálido rostro oculto bajo los pliegues de su capulla, escuchó inmóvil y mudo aquella confidencia.

—He aquí, padre mio, la historia de mi vida—dijo la monja al finalizar su larga confesion. ¿Creeis que esta horrible cadena de crímenes puede alcanzar perdon?

—La misericordia de Dios es inmensa, hija mia: dudar de ella es dudar de su grandeza.

—Padre!—repuso la moribunda con voz apagada—un pensamiento terreno pesa todavia sobre mi corazon, y turba mis últimos momentos. ¡Mi hermano! Erá-

mos huérfanos; crecimos como dos avecillas en un nido solitario. Debíamos amarnos, y él me amaba; pero yo despedacé su corazon, agotándolo para su dicha en la primavera de su vida, Qué fué de él? Lo ignoro. Vaga quizá en este mundo, solitario y desdichado.

—¡Dios ha tenido piedad de él y le ha abierto sus brazos! Cármen!—añadió el misionero, echando hácia atrás la capulla que cubría su rostro—muere en paz, hermana mia: tu hermano tambien te perdona!

—¡Gabriel! articuló la voz estinguida de la moribunda. El misionero levantó los ojos al cielo, y pronunció las palábras de la absolucion.

Luego, y despues de haber contemplado algunos instantes el rostro inmóvil de la monja, tendió la mano sobre sus apagados ojos y los cerró para siempre; colocó sobre su pecho el crucifijo, enjugó una lágrima, última gota de las tempestades del mundo, y recitó las solemnes palabras del *De profundis*.

Lima 1862.

EL TESORO DE LOS INCAS

LEYENDA HISTÓRICA.

I.

El tesoro de los Incas! Estas palabras llevan desde luego la mente á la sagrada metrópoli de los hijos del Sol, al emporio de su pasada grandeza—al Cuzco!

El Cuzco es la ciudad de las leyendas fantásticas, de las maravillosas tradiciones. El piso de sus calles es sonoro cual si cobijára inmensos subterráneos; bajo el pavimento de sus templos murmuran las ondas de ignotos raudales; las piedras de sus cimientos están asentadas sobre las minas de oro; y en las oscuras noches de conjuncion se elevan de su vasto recinto esos pálidos meteoros que el vulgo mira con tanta codicia como terror.

Mezclando á la belleza de la balada la gracia del idilio, derrámanse como un puñado de joyas en las verdes sinuosidades de una quebrada; y envuelta en su florido manto orlado de eternas nieves, la mágica ciudad finje dormir indolente y olvidada de su grandioso pasado. Sus

guerreros se han convertido en pastores; sus vírjenes, apagado el fuego sagrado, han abandonado el templo; y sus ancianos acurrucados cual mendigos al borde de los caminos y las canas cubiertas de polvo, tienden al viajero una mano desecada por el hambre.

Pero aproximaos y mirad de cerca á esos ancianos, á esas vírjenes, á esos pastores, y vereis brillar furtiva en sus ojos abatidos la sombría luz de un misterio. Aprended su hermosa lengua, y escuchad las pláticas de sus largas veladas en torno al hogar de las cabañas, y creereis oir las simbólicas endechas de los desterrados de Sion bajo los sáuces de Babilonia

¿Qué pensamiento arde bajo la paciente resignacion con que sobrellevan su infortunio? Ese vestido de gala conservado siempre al lado de su eterno luto, ¿qué esperanza revela? y ¿cuál es ese secreto trasmitido de generacion en generacion y guardado tan religiosamente entre los harapos de su miseria?

Todo esto lo encierra para ellos una palabra—

—*Hallpa-mama.*

Hallpa-mama! esclaman despues del nombre de Dios en sus plegarias—Hallpa-mama—repiten vertiendo en tierra la primera copa de sus festines—Hallpa-mama murmuran en las horas de quebranto, cuando el yugo de su perdurable servidumbre pesa demasiado; y esta mística palabra difunde el valor y la serenidad en sus almas, y parece contener en sí el arcano de su destino.

II.

Un dia, por una hermosa alborada de estío, mientras la ciudad dormia, y que la azulada niebla del álba se elevaba al cielo con los primeros cantos de las aves, como un himno al Creador, un hombre envuelto en una capilla parda, torvo el ceño, los cabellos en desórden y el chapèo de larga pluma puesto de lado sobre el entrecejo, salió de una casa, cuyo postigo abierto durante la noche, habia dado sucesivamente entrada á numerosos visitadores.

Saludó con una maldicion la luz del nuevo dia, y despues de vacilar un momento sobre la direccion que habia de tomar, deslizóse apegado al muro y costeó la pendiente de las calles que por aquel punto se eleva hasta los primeros matorrales de la campiña.

Su andar, ora lento, ora rápido; la sombría expresion de su semblante y el brusco ademan con que de vez en cuando se arrebujaba en su embozo, todo acusaba en

aquel hombre una de esas tempestades del alma que en los buenos hacen nacer el heroismo—en los malos el crímen.

Dejó atrás sin detenerse las últimas casas de la ciudad, y siguió la senda flanqueada de malezas que conduce al *Rodadero*.

Al llegar á las primeras rocas de aquella empinada cuesta, torció maquinalmente hácia á la derecha y entró en un sendero hondo y tortuoso que iba á perderse á la vuelta de una peña entre un grupo de saucos, cuyas ramas de un verde amarillento cargadas de penachos blancos, ocultaban á medias el techo de una cabaña.

Al descubrirla entre los troncos de los árboles, el de la capilla parda se detuvo de repente, cual si saliera de una profunda abstraccion.

—Dónde iba yo?—esclamó con una áspera interjeccion, Cargue el diablo á la cacica! ¡Estoy ahora para quejas y requiebros! La diese á ella con toda su raza encima por solos veinte doblones que me procuraran un desquite. ¡Adios, sueños de ambicion! ¡Maldito cuatro de espadas!

Y volviendo sobre sus pasos, escaló la montaña por el flanco del Rodadero, y se dió á vagar entre las breñas de su agreste cima.

Los cabreros que al anochecer recojian sus rebaños lo vieron descender por un sendero sinuoso, y á poco volvieron á divisarlo de pié á la puerta de la cabaña, el oido aplicado á la cerradura, en la actitud del que acecha.

¿Qué venia á buscar en aquella pobre cabaña ese hombre de calzas de grana y espuela dorada? ¿qué veía? ¿qué escuchaba?

En torno al hogar donde ardian las ramas muertas de los saucos estaban sentadas tres personas—un anciano, un mancebo y una jóven. La piel cobriza del viejo contrastaba con la blancura de los cabellos canos que descendian en largas guedejas sobre sus hombros. Su semblante inspiraba mansedumbre; y la dulce mirada de sus arrugados ojos se paseaba con amor del mancebo á la jóven.

El anciano era Yupanqui, cacique desposeido de *Horcos*; el mancebo y la jóven eran sus hijos.

Despojado de sus bienes en favor de un favorito del Intendente del Cuzco, el cacique habia sufrido su desgracia con la resignacion del indio, paciente y silencioso. Quedábale un tesoro que no podia quitarle la injusticia de los hombres—el amor al trabajo. Quedábale otro que lo consolaba de todas sus pérdidas—una hija bella como un lirio y buena como un ángel.

Cual la mística paloma de las *sinuosidades de la peña*, Rosalía se habia creado á la sombra de un cláustro. Educada por la piadosa abadesa de las Nazarenas, su existencia se deslizó dichosa entre el humo del incienso y las alabanzas del Señor, hasta que la mirada de un hombre vino á interponerse entre ella y Dios.

Un dia los atrevidos ojos de Diego de Maldonado se fijaron en los suyos al través de las rejas del coro; y desde ese momento la paz huyó de Rosalía, que se volvió

triste, meditabunda y distraida. No mas plácidas veladas en torno á la lámpara en la celda abacial, contando historias, y adornando azucaradas pastillas; no mas alegres triscas en las horas de recreo bajo los arrayanes del vergel. Pasaba los dias en el templo, el corazon sacudido de estraños estremecimientos, arrodillada sobre las frias baldosas, orando con los labios, pero vueltos los ojos y el pensamiento al sitio que todos los dias durante la misa venia á ocupar un hombre. Y al caer la noche, mientras sus compañeras jugaban saltando bajo las arcadas de los cláustros, ella, de pié en lo alto de las torres del convento, contemplaba con una mirada codiciosa la vasta estension de la ciudad, el pecho anhelante, el oido atento cuál, si quisiese reconocer entre sus variados rumores el éco de una voz querida.

Poco despues, la abadesa llamó un dia á Yupanqui y mostrándole á su hija, pálida y enflaquecida, le aconsejó llevarla por algun tiempo á respirar los aires de los campos.

Si el viejo cacique hubiera estudiado el semblante de su hija con otra mirada que la mirada paternal, habria visto desarrollarse en él todas las peripecias de un drama: impaciencia, alegría, duda, terror, cólera. Pero el buen Yupanqui solo vió una enfermedad producida por la falta de aire y de espacio; y paseó á su hija en las vecinas quebradas cubiertas de vergeles y de palacios; hízole respirar el tónico viento de las alturas; díóle á beber la dulce leche de las cabras; la llevó á su cabaña abri-

gada como el nido de una alondra bajo el tupido follaje de los saucos, y puso su lecho en una amaca colgada de las ramas de los árboles entre una atmósfera perfumada con el aliento de las vacas.

La frescura de la juventud volvió luego al rostro de Rosalía: pero no vino ni con las flores de las quebradas, ni con el aire vivificante de las alturas, ni con el néctar de las cabras, ni con el balsámico aliento de las vacas: vino con el amor de Maldonado.

Quien sabe que acaso los unió! Lo cierto es que el cacique volvió á ver á su hija rozagante y bella, y fué feliz, y no se cansaba de contemplarla, y se preguntaba por qué habia tardado tanto en traer á su lado aquella inagotable fuente de ventura. Pero ¡guay! del que confia en la dicha! En el momento en que el anciano elevaba sus ojos radiantes de gozo para dar gracias á Dios, oyó la voz de Andrés que murmuraba á su oido:

—Padre, Kosacha llora!

Y vió una lágrima que deslizándose furtiva de los ojos de Rosalía, cayó sobre las yerbas que limpiaba para sazonar la comida de la mañana.

Ella enjugó con una de sus negras trenzas la huella de aquella lágrima en su mejilla, y volviéndose al cacique:

—Padre—le dijo—¿puede hacerse sufrir á quien se ama?

—¡Qué dices, hija mia!— esclamó Yupanqui, atrayendo sobre su pecho la cabeza de la jóven—¿no sabes

que yo daría mi vida por evitarte un pesar? Habla! qué deseas?.... Ah!.... lo veo: no puedes habituarte á la desnudez de nuestra pobre cabaña, echas de menos la dulce morada del convento y quieres dejarme!

—No, padre! jamás! nunca me apartaré de tu lado! Ay! ¿dónde hallaría mas amor? Estas paredes ahumadas están pobladas de recuerdos. Aquí vivió y murió mi madre; su alma vela en nuestro hogar, y yo la veo con frecuencia en sueños inclinada sobre mí, sonriéndome con su dulce y melancólica sonrisa. Todos los objetos que me rodean han sido tocados por sus manos. Hé aquí el banco en que solia sentarse al lado del fuego; hé allí su rueca y su telar. En el convento me parecia mas muerta: aquí, ocupándome de lo que ella se ocupaba, consagrándome como ella á servirte y cuidar de mi hermano me parece que continúo su vida..... Y luego, en el umbral de nuestra puerta está la libertad: puedo ir tan lejos como alcanza mi vista. Es tan bueno arrojar á los vientos los afanes del vivir!..... Ya lo ves, padre: qué puedo echar de menos á tu lado?

—Ahora mismo llorabas.

—Me viste llorar? mírame reir.

Y besando las canas del viejo le sonreia con hechicera sonrisa.

—Ah! tu llorabas sin embargo. Las lágrimas de vuestros ojos son gritos del alma. Quizá la hija de los reyes se siente humillada, arrastrando la librea de la miseria entre las grandezas del mundo?

—Y ¿qué son para mí esas grandezas despues que ha sido dado á mis ojos el contemplar las nuestras? Pueden reunidas todas las ciudades que se alzan en la estension de la tierra, contener las riquezas que encierra nuestra ciudad subterránea? ¿No eres tú dueño de una de sus cien puertas? No he entrado yo por ella, hollando con mis piés de princesa las baldosas de oro que tapizaron el palacio del Inca? Me he familiarizado con la contemplacion de esos tesoros que nadie podia soñar, ni aun la codicia europea; y llevo con orgullo la miseria que los encubre.

Una estraña sensacion de inquietud llevó al cacique hácia la puerta. Detúvose allí y escuchó. Pero todo estaba silencioso en torno, y solo se sentia el susurro del viento en las hojas de los sáucos.

Si la mirada del viejo hubiera podido penetrar al través de la puerta, habria encontrado un hombre inclinado sobre el agujero de la cerradura con el alma en los oidos, pálido, tembloroso, terrible, y si Rosalía lo hubiese visto habria huido hasta el fondo del convento, hasta el fondo de la tumba.

El anciano, aquietados sus recelos con la profunda calma que reinaba por de fuera, volvió al lado de su hija, la besó, la bendijo, y se retiró, llamando á Andrés para entregarse al descanso necesario á las rudas fatigas de la labranza.

Andrés finjió no oirlo y se quedó sentado frente á su hermana, mirándola fijamente.

—Hermano—le dijo ella—nuestro padre te espera

para entregarse al sueño. Tú duermes á su lado: véte.

—Nuestro padre se ha ido tranquilo; pero yo no lo estoy. Él es viejo, y ha olvidado ya lo que pasa en los corazones jóvenes; yo he leido en el tuyo, y sé que sufres, y que lloras, y que eres desventurada. Yo soy un niño: apenas cuento diez y seis años, y no puedo darte consejos; pero el dia en que necesites un corazon adicto y un brazo fuerte acuérdate de mí.

Rosalía no respondió: reclinóse en el pecho de su hermano y lloró en silencio.

Andrés enjugó sus lágrimas, la abrazó, y fué á acostarse al lado de su padre.

Rosalía se quedó sola al lado del fuego con la mano en la mejilla, mirando distraida la moribunda llama del hogar. Sus dedos se movian maquinalmente, y sus lábios murmuraban:

—Diez..... doce..... catorce....., hoy Viernes, quince dias! quince dias que Diego me olvida!.... Hoy es Viernes!..... el gallo canta: media noche! Consultemos la suerte de la *Guarmi del Peñascal*. ¡Ay! la abadesa me prohibe esas creencias!..... Pero ¿qué sabe la abadesa, qué saben todos los que como ella viven tranquilos y felices, qué saben de los misterios de Dios?

Se levantó y fué á tomar de un saquito de tela negra colgado en la pared las hojas verdes y tiesas de una yerba.

Las apiló cuidadosa una á una en la palma de la mano y sopló sobre ellas. Las hojas revolotearon en el

aire y vinieron á caer sobre sus rodillas. La jóven india las contempló con ansiosa atencion, y decia á medida que examinaba su caprichosa posicion sobre la oscura falda.

—Viene!....se vuelve....sube saltando peñas... baja por una hondonada....se acerca....llega....se detiene. ¡Ay! qué sombra tan negra se esparce en torno!....

En ese momento, la puerta de la cabaña, abierta por una mano cautelosa, dió paso á un hombre.

Al verlo, la hija del cacique exhaló un grito sordo y se arrojó en sus brazos.

II.

Aquel hombre era el rabioso paseante de la madrugada, el siniestro acechador de esa noche Pero ahora la espresion de su semblante era triste y sombría. La india lo notó y retrocediendo espantada:

—Diego, esclamó—qué fatal nueva vienes á anunciarme? Habla! he sufrido tanto que poco te costará matarme.

—No pronuncies mas el nombre de tu amante, Rosalía: ese nombre es una sentencia de muerte; y muy pronto lo oirás reclamar por la voz del pregonero para entregarlo al verdugo.

—A tí, Diego mio! mi noble y hermoso caballero!....

—Sí: mi cabeza está proscrita: cada instante que paso aquí lo juego con la muerte.....

—¡hO Dios! ¿qué es lo que ha sucedido?

—Soy recaudador de tributos y acababa de recibir fuertes sumas. El demonio de la codicia me tentó y cedí á sus seducciones; perdí mi dinero y acabé por arrojar el oro de las arcas reales en el fatal tapete verde, que no tardó en devorarlo.

Mañana parte el *situado*: hoy debí entregar esas sumas: las he perdido: soy reo de lesa majestad; y para evitar la afrentosa muerte que me depara la justicia del rey, es necesario que huya fuera de su inmenso imperio: es decir: que ponga entre tú y yo toda la estension de la tierra.

Rosalía cayó de rodillas á los piés de su amante.

—Nó! Diego mio—esclamó—no me abandonarás al mortal dolor de tu ausencia. Yo trabajaré; labraré la tierra con mis manos y reuniré real á real la suma que has perdido; iré á pedirla á mis hermanos, los indios errantes de las montañas, que no me la negarán.

—Pobre amada mia—dijo Diego con triste sonrisa, el dolor te estravía, y olvidas que el tiempo es la mayor de mis pérdidas. Dos dias serian el último plazo que podria alcanzar: si el tercero tuviera á mi disposicion los caudales del mundo, inútiles me serian, porque no podrian salvarme el honor.

Una idea terrible cruzó como un relámpago la mente de Rosalía, que murmuró sobrecogida:

—Hallpa-mama! aleja de mí ese mal pensamiento!

—Adios, Rosalía—dijo Diego, separando de su cuello

los brazos de la jóven—Abreviemos este triste momento: el cáliz amargo debe ser apurado de un trago.

La india se asió á sus rodillas.

—Nó! no me dejes!—esclamó pálida como la muerte.

Diego!....yo prefiero perder mi alma á perderte!

Mañana....á las doce de la noche, espérame en la esquina de *San Blás*, y yo te llevaré el oro que necesites.

Los ojos de Diego brillaron con una luz siniestra.

—Rosalía, respondió estrechando en sus brazos á la jóven—mucho te amo, pero no podria recibir de tí ese oro sin saber de donde procede.

—Ah! no me lo preguntes, Maldonado: es un secreto que ni la muerte me haria revelar.

—Ah!—replicó él con simulada cólera—he aquí á lo que me conduce mi falta: la mujer que amo para salvar mi vida, medita ir á arrojarse en los brazos de alguno de esos hombres ricos que la codician, para que en cambio de sus caricias la arroje á ella á la cara el oro necesario para salvarme. Nó, Rosalía! moriré en el destierro ó sobre el cadalso: todo ese es mejor que la vida que me ofreces. Adios.

—Sombras augustas de la ciudad tenebrosa!—esclamó la india—voy á quebrantar nuestro terrible juramento; pero jamás ojos profanos conocerán vuestro sagrado recinto ni los misteriosos senderos que á él conducen. Diego, continuó —Has oido hablar del tesoro de los Incas? Nosotros lo poseemos: mi padre, cacique legítimo

de Horcos y descendiente de Huascar, tiene una de sus llaves. Líganos un juramento á guardar el secreto de su existencia y abstenernos de tocar de él un solo grano. Dios sabe que ni los mayores suplicios me hubieran hecho quebrantarlo, pero tú necesitas oro, y cuando te lo ofrezco dudas de mí. Perdóneme mi padre y las almas de los Incas.

—Dudo aun, Rosalía, ¡qué quieres! estoy celoso, y los celos son ruines. Hazme avergonzar de mi debilidad, muéstrame cuan fea es mi desconfianza, llévame contigo.

—Llevarte conmigo! Las bóvedas del imperial palacio se desplomarian: la tradicion dice que la vista de un europeo desvaneceria el tesoro.

—No lo veré: llévame vendado.

—Vendado?

—Sí, venda mis ojos y guia mis pasos. Perdóname; pero solo así creeré tus palabras.

—Sea! Y ahora, Diego, dime que me amas, para que tus palabras ahoguen en mi corazon la voz del remordimiento.

Maldonado se abandonó á transportes de ternura que habrian alarmado á la jóven india, si su alma no hubiera estado ofuscada por el amor de aquel hombre. Pero una vez que hubo quedado sola y entregada á sus pensamientos, la jóven india se postró en tierra y oró llena de terror.

[illegible] encontró a Rosalía en la misma [illegible]

—[illegible] cacique, cuando cargado [illegible] labor se acercó para abrazarla, [illegible] —hoy estás pálida como en los [illegible] tanto al trabajo: deja la [illegible] de la mañana, Hoy hace [illegible] pasearte entre las sementeras; [illegible] trigos. Qué lindas están las [illegible] perfumadas las blancas flores [illegible]

—[illegible] Andrés al oido de su her- [illegible] se terciaba el surron y empuñaba el [illegible] los nidos de las torcaces ni las [illegible] Por eso, ¿sabes lo qué en vez del [illegible] llevo ahora en mi morral de pastor? [illegible]

[illegible] a su hermana la hoja flameante de un [illegible]

—[illegible] —continuó—alguien derrama el dolor en [illegible] Rosacha, si anoche te dije—*Cuando* [illegible] *de un corazon adicto y de un brazo fuerte,* [illegible] ahora te digo—En el momento que los [illegible] estaré yo!

La [illegible] los miró alejarse, el uno con el paso rápido y el ademan impetuoso de la juventud; el otro encorvado bajo el doble peso de los años y de los trabajos. Contemplolos largo rato, inmóvil, y cuando los vió desa-

parecer en los recodos del camino, su corazon se comprimió y una lágrima ardiente surcó su pálida mejilla. Pero la imájen de Maldonado, el recuerdo de sus caricias y el terror de perderlo, ahogaron en su alma los gemidos del remordimiento.

¿Quién era el hombre por el que la hija del cacique violaba su juramento y traicionaba á su padre y á su patria?

IV.

Hácia los últimos años del reinado de Don Cárlos III, vivia en una villa de Aragon el hidalgo Alonso de Maldonado. Era este uno de esos nobles de rica alcurnia y escuálida hacienda; condecorados con reales órdenes, pero de escarcela tan limpia como los blasones de su escudo; caballeros de Calatraba ó de Alcántara cuyo agujereado manto venian á remendar sus hijos con el oro de la América, y muchas veces á costa de infamias y de crímenes. La casa solariega de Maldonado, negra y derruida como la fortuna de su dueño, tenia por vecino el opulento palacio de Valdeneira perteneciente al marques de este nombre; viejo palaciego á quien cada año traia el estío á morar algunos dias en sus tierras. Con él vino una vez la hermosa Eleonora de Aranda, su pupila radiante, aparicion que derramó luz y alegría en la triste villa y á la que no pu-

dieron ver sin amarla los dos hijos de Maldonado, Diego y Sancho.

Y he ahí que la discordia dividió aquellos hermanos, que desde ese momento se acecharon, aborreciéndose con un odio mortal.

Pero aunque nobles, ninguno de ellos podia aspirar á la mano de la bella pupila del marques de Valdeneira; porque Eleonora, descendiente de una de las mas ilustres casas de España, carecia de bienes; y por tanto debia hacer un matrimonio rico, que le diera los medios de ocupar en la córte el puesto á que la llamaba su nacimiento.

Un dia Diego oyó á su hermano decir á Alonso de Maldonado:

—Padre: necesito riquezas, y para adquirirlas voy á la córte á solicitar un empleo en Méjico.

Aquellas palabras fueron para el rival de Sancho un rayo de luz. En efecto, ¿por qué no habia tenido tambien él la misma idea? ¿por qué no habia pensado en esa *domus áurea* que se llamaba América, de donde podia sacar á plenas manos oro para comprar el amor de Eleonora? Sí! iría allá, y con mas probabilidades de buen éxito que su hermano, por qué no se detendría en los medios. Solo que, como sabia que Alonso no le permitiria dejar el reino, pues como segundon de una casa noble se debia al ejército, partiria en secreto. Aquello sería una desercion; pero Diego deseaba mucho á Eleonora para andarse con escrúpulos. Sancho habia pedido á su padre un plazo de dos años para enrique-

cerse: él necesitaba darse prisa para ganarle la mano.

Y Diego huyó de España y se vino á América.

Al llegar al nuevo continente encontró todas las decepciones que prueban aquellos que se dan á buscar maravillas. Habíase imaginado que las minas del Perú eran gruesas venas de plata y oro abiertas al cincel de quien quisiera cortarlas; y halló el largo y prolijo trabajo que arranca á la tierra sus rocallosas entrañas para pulverizarlas y extraer grano á grano el precioso metal que él creyó encontrar amontonado en su rica superficie.

Vió, es verdad, muchos hombres enriquecidos en aquellas labores; pero en ellas habian empleado muchos años; y él no tenia tiempo que perder: era necesario adelantarse á su rival y volver antes que él á España.

Diego cambió de camino, y se entregó á la investigacion de los tesoros ocultos. Aprendió la *quichua*, el *aimará* y la estraña lengua de los *chirihuanos*, y visitó las ciudades y parajes de nombradía histórica en el alto y bajo Perú. Trabajo inútil: lo único que recojió fué cuentos fantásticos, deslumbrantes tradiciones que avivaban hasta la rabia su sed de Tántalo en la tierra de los ricos veneros.

A mediados del segundo año del plazo fatal, Diego falto ya de recursos, llegó por fin al Cuzco.

Aquel suelo misterioso encerraba su última esperanza. Traia en la memoria un precioso itinerario adquirido de una estraña manera, gracias á su conocimiento de

las lenguas americanas, que debia conducirlo á la posesion de una inmensa riqueza.

Una noche Diego se habia estraviado en el intrincado laberinto de una cordillera, buscando un cerro donde segun la tradicion se ocultaban once *llamas* cargadas de oro que los indios llevaban para contribuir al rescate de su rey, y que enterraron vivas en el mismo paraje donde los encontró la noticia de la muerte de Atahualpa.

Nevaba, y los gruesos cópos acumulados sobre la tierra habian cegado los caminos.

Vagando de quebrada en quebrada, Diego vió brillar á lo lejos una luz, y á ella dirijió sus pasos.

Era el fuego que ardia en el hogar de una choza. Diego encontrò en ella, sola y moribunda á una anciana ciega, que al sentir sus pasos volvió hácia él sus ojos sin mirada, y esclamó con voz apagada:

—Sebastian! cuánto has tardado!—Y sin esperar respuesta continuó, sin duda bajo la influencia de su desvarío.

—No viene el cura contigo? Tanto mejor! Despues que te fuieste he pensado que si yo le descubro á él donde guardé yo los tesoros que mi padre sacó de la laguna de Horcos, no se acordará de decirme un responso por la prisa de ir de aquí en un solo galope al Cuzco, desmontar en la puerta del convento de las Nazarenas, colocarse en la iglesia, como que puede hacerlo á toda hora, levantar la tarima del altar mayor, cavar tres varas de profundidad y sacar oro, y oro y oro, durante

los ocho dias que yo tardé en guardarlo, cuando pagué diez *piñas* á la abadesa, y la envenené esa noche para que no se le antojara mover la lengua ó las manos... Qué ruido es ese?

El oido aguzado de la ciega percibia en efecto lo que Diego oyó despues: eran pasos de caballos que se acercaban.

El codicioso aragonés, que inclinado sobre el rostro terroso de la moribunda recojia ansiosamente cada una de sus palabras; miró por las rendijas de la puerta y á favor de la luz que proyectaba el blanco mate de la nieve, vió acercarse un hombre á caballo precedido por un guía que corria á pié delante de él. El jinete venia envuelto en un manto negro.

Maldonado reconoció al cura de quien hablaba la moribunda ciega, al cura, á quien habia hecho ella venir para descubrirle donde yacian sus guardadas riquezas, y que ahora llegaba, iba á entrar, hablarla, y bajo la presion de su influencia sacerdotal, arrancarla el secreto que él acababa de sorprender; ese secreto, su única esperanza, el solo medio de poseer á Eleonora....

Una nube roja pasó ante los ojos de Diego, y sus sienes latieron como batidas con un martillo. La moribunda se agitó en su lecho de agonia.

—Quién ha hablado afuera? murmuró. Es la voz de Sebastian!

Y este que se halla á mi lado quién es? Sebas-

tian ! . . . .No pudo decir mas: una mano convulsa asió su garganta y la ahogó.

Cuando el cura y su guía entraron en la choza encontraron á la ciega ya cadáver, y á un hombre taciturno y sombrío sentado al lado del fuego.

V.

Como lo habia previsto la ciega respecto al cura, Maldonado tambien de una sola carrera se puso en el Cuzco.

Su primer cuidado se dirijió naturalmente á esplorar el sitio que encerraba aquellas riquezas consideradas ya por él como suyas. En efecto, no las habia comprado al mas caro de los precios, á precio de un crímen?

Arrodillado en el templo de las Nazarenas en las actitud del que ora, tenia fijos los ojos en esa tarima que ocultaba su tesoro. El sacerdote, el auditorio, la ceremonia, la presencia de Dios mismo, todo habia desaparecido para él: su espíritu, trasponiendo los espacios, se cernia con la imájen de Eleonora sobre las esplendorosas regiones que aquel tesoro debia abrir para ellos.

Pero ¿cómo hacerse dueño de él? El solo nada po-

dia: érale necesaria la asistencia de otra persona, y esta debia ser un habitante del convento. ¿A quién confiaria ese peligroso secreto que habia costado la vida á la abadesa y abreviado la agonía á la anciana ciega?

Maldonado dirijió una mirada al coro. Estaba lleno de figuras sombrías, prosternadas é inmóviles, cuyo severo aspecto alejaba toda idea de seduccion. El aragonés se puso á buscar sobre aquellos semblantes austeros algun sentimiento mundano que alentara su esperanza; pero nada vió en ellos sino el recogimiento profundo de la oracion.

De repente, bajo un velo blanco de novicia, Maldonado encontró dos bellos ojos negros que cruzaron con los suyos una mirada.....

Maldonado salió del templo diciéndose que habia hallado la cómplice que deseaba.

Oh! sacrílega irrision del amor! aquella mirada que la hija del cacique creyó el misterioso encuentro de dos almas que se buscan, era solo la mirada del ladron que acecha las cerraduras de un cofre!

Sinembargo, Maldonado, falto de recursos, necesitaba procurárselos inmediatamente.

Fácil le fué encontrarlos. En aquellos tiempos todavia la palabra *noble* era moneda corriente, y dispensaba de toda otra recomendacion. El aragonés halló una graciosa acojida cerca del Intendente del Cuzco, que le propuso hacerlo nombrar recaudador de tributos. Maldonado aceptó aquel empleo que lo pondria en rela-

cion con las indias de los campos, de quienes esperaba importantes revelaciones.

Entretanto, cada dia iba á prosternarse en la iglesia de las Nazarenas para adorar el tesoro que encerraba, y cuya llave era para él Rosalia.

Cuando no la vió mas á la hora en que solia entre las rejas del coro, Maldonado se entregó á una furiosa rábia; pero al saber que habia abandonado el convento, aquella noticia que destruia sus esperanzas, lo serenó de repente. Buscó á la hija del cacique, cuyo amor habia adivinado; la encontró, la sedujo y la hizo suya.

Desde entonces, buscaba una ocasion para ponerla en el secreto de sus proyectos y decidirla á volver al convento para realizarlos.

Era no obstante necesaria mucha astucia para guiar á ese fin el amor apasionado de la jóven india; pero el aragonés la tenia de sobra y en ella confiaba.

Empezó fingiendo unos celos rabiosos que espantaron á la pobre niña, y de repente cesó de verla.

Queria preparar su alma á la obediencia, hundiéndola en el dolor.

Por ese tiempo encontróse Maldonado una noche en el tentador recinto de una casa de juego. Era aquello una escena mágica, un continuado deslumbramiento. El oro corria á torrentes, y su armónico sonido hacia vibrar las mas íntimas fibras del alma. Todos los semblantes estaban pálidos, unos de gozo, otros de desesperacion; y

en todos los ojos fulguraban los relámpagos siniestros de la codicia.

Maldonado, perdida su última blanca, se quedó inmóvil y pensativo, apoyado el codo en un ángulo de la fatal mesa. De vez en cuando pasaba la mano por su frente, como para rechazar algun mal pensamiento, que volvia y por momentos se mostraba en su mirada fija y tenebrosa.

Entre tanto el juego habia tomado proporciones inmensas. La verde cubierta de la mesa desapareció bajo montones de resplandecientes onzas; las puestas estaban hechas y el naipe iba á volverse. Maldonado vió tendida sobre la mesa y cargada de oro la carta que le habia hecho perder. Al mismo tiempo y por una fatal coincidencia un jugador dijo cerca de él:

—A esta, que ninguna suerte puede tener tres veces la misma cara!

Maldonado no escuchó mas: desenganchó el broche de su espada que representaba sus armas y lo arrojó sobre la carta diciendo:

—El escudo de una noble casa en señal de mil onzas.

Y desapareció para volver luego con un saco de oro. Pero la regla de los jugadores habia sido aquella vez engañada, y Maldonado para rescatar su escudo de armas tuvo que entregar el oro que llevaba. Aquel oro era el sudor y la sangre de los pobres indios: era el oro del tributo que pagaban á un soberano estranjero los dueños de este suelo; y que el robaba á las arcas reales.

Aterrado por la idea del infame suplicio á que lo condenaba su crímen, Maldonado pensó en huir; pero vió que la fuga era imposible en aquel pais céntrico de donde irian tras de él requisitorias que lo haria caer en manos de la justicia.

Entonces resolvió precipitar á toda costa la ejecucion de su proyecto, y fué á buscar á Rosalía para intimarle la vuelta al convento.

¡Cuál se quedaría cuando en la plática que escuchaba descubrió ese arcano de las generaciones americanas que él habia sentido en el zumbido de los vientos, en la voz de los torrentes, y en los ecos de los Andes!

Cuando hubo envuelto á la hija del cacique en su infame astucia y arrancádole la promesa de conducirlo al lugar misterioso donde yacian las riquezas de los reyes del Perú, Maldonado comenzó á creerse bajo la influencia de un sueño; y habria dado su alma por apresurar el instante que lo separaba de la realidad.

VI.

Hacia algunas horas que la cabaña de Yupanqui, apagado el fuego del hogar, yacia oscura y silenciosa. El gallo encaramado en lo alto de los saucos habia entonado su primer canto.

Era media noche.

El cielo estaba encapotado de negras nubes, y de vez en cuando lejanos relámpagos alumbraban con una luz cárdena el interior de la cabaña.

El viejo cacique dormia con el pesado sueño del labrador. Andrés yacia á su lado, acostado en el mismo lecho.

En la puerta de comunicacion que reunia las dos habitaciones de la cabaña, pálida, trémula, palpitante, se adelantaba una mujer envuelta en las sombras de la noche.

Aquella mujer era Rosalía.

Tiende el cuello, aplica el oido, y alentada por el silencio, se acerca al cacíque, se inclina, estiende la mano, abre un saquito que el anciano lleva sobre su pecho, saca de él una llave, se retira, y saliendo de la cabaña toma el camino hondo que conduce á la ciudad.

Detrás de ella, ligero y silencioso como una sombra, un bulto negro salió de la cabaña y la siguió á lo lejos.

A la misma hora, en la esquina de San Blas, un hombre de pié y embozado en su capa, se entregaba á una impaciente espera con los ojos fijos en el camino que conduce al Rodadero.

—Al fin!—esclamó.

Y á poco una mujer cubierta de los piés á la cabeza con una gran manta negra se detuvo ante él y murmuró con sombrío acento:

—Héme aquí Diego! Traigo sobre mi cabeza la cólera de Dios y la maldicion de mis antepasados; pero tú lo has querido. Tu pié va á hollar el sagrado recinto que solo han pisado los hijos de los reyes. ¡Plegue al gran Pachacamac castigarme á mí sola y no estender sobre tí su enojo,

Ahora deja que ligue tus manos, que vende tus ojos, y te envuelva en la manta de mi padre para que las almas de los Incas no te conozcan al entrar en la ciudad sagrada.

VII.

Al tocar aquel momento supremo, el codicioso aragonés apenas podia contener los transportes de una alegria inmensa, tumultuosa, casi parecida al terror:

—Hé aquí mis manos, Rosalia—la dijo, desembozándose—ligalas; venda mis ojos..... Pero dime ¿por qué vienes así disfrazada?

—En el lugar donde vamos á entrar, Diego, no me llamo Rosalia: soy *Mama Tica suma*. Por eso, dejando mis pobres ropas, visto bajo esta manta que me encubre, los atavíos de mi rango que solo es dado ver á las calladas sombras de la ciudad subterránea.

Y la india, sujetando con un *topo* sobre su pecho la manta que la cubria el cuerpo, desenrolló una larga faja de lana, vendó con ella los ojos á Maldonado, ligóle las manos á la espalda, envolviólo como ella en una manta, y echó á andar llevándolo por el brazo.

El aragonés se sintió conducir largo espacio por caminos fragosos, en intrincados rodeos, ascendiendo siempre por un declive rápido hácia alguna elevada cima. Un viento áspero y frio silbaba á su oido, llevando á su rostro las hojas secas arrancadas á la maleza. De vez en cuando, la mano que lo guiaba temblaba y se estremecia; y entre el fragor lejano de los truenos, Maldonado creia oir la voz de la india murmurando palabras estrañas con el acento de la plegaria.

El astuto aragonés intentó muchas veces con un ademan furtivo libertar una de sus manos con la esperanza de deslizarla entre la manta hasta sus ojos; pero encontró tan sólido el nudo que las sujetaba, que hubo de resignarse.

Entre tanto, los rumores nocturnos de la ciudad, el ladrido de los perros, el canto de los gallos le llegaban cada vez mas confusos, cada vez mas distantes; el vendabal arreciaba, y Maldonado percibió en su aliento la atmósfera etérea de las alturas.

De súbito, el terreno se aplanó bajo sus pies, y el viento sopló mas impetuoso y frio.

La india se detuvo, en fin, y Maldonado la sintió prosternarse tres veces. Luego parecióle escuchar un ruido semejante al que produciría un pedrusco removido Sonó en seguida el golpe seco del eslabon sobre el pedernal, y Maldonado se sintió llevar en rápido descenso por las sinuosidades de una interminable escalera. Sintió resbalar su pié en la húmeda superficie de sus

gradas de piedra, el aire mefítico de las regiones subterráneas sofocaba su pecho, sus sienes latian con fuertes pulsaciones; y el rumor de sus pasos, repetido por ecos infinitos, llenaba con un ruido inmenso los desconocidos ámbitos que atravesaban.

El aragonés sentia todo esto sin parar en ello su atencion. Un solo pensamiento absorvia su alma: el tesoro! ese tesoro guardado por una niña, frágil caña que era tan fácil romper.

A esta idea un vértigo se apoderaba de su mente; y los nombres de España, Sancho y Eleonora resonaban en su oido, y un torbellino de imájenes ardientes cruzaban su cerebro.

—Hemos llegado. ¡Hénos aquí en la ciudad sagrada!—murmuró de repente la india al oido de Maldonado.—Diego, tu pié ha franqueado el pórtico del palacio imperial. Nos encontramos en la galería de las estátuas. Tócalas, Diego, los indios sabian trabajar el oro mejor que los artífices de tu pais.

—¿Cómo he de tocarlo si tengo ligadas mis manos?

La confiada india desató el nudo que las retenia, y las manos del aragonés palparon, temblorosas de emocion, una larga série de estátuas á cuyo metálico contacto se estremeció de placer.

—He aquí—continuó la hija del cacique—he aquí las flores de los jardines del Inca. Toca estos hermosos lírios.

—De oro!—murmuró el aragonés con trémulo acento.

—He aquí los maizales de sus huertas con sus blondas mazorcas.

—De oro!

—Y los racimos de estos arbustos de anchas hojas.

—¡Perlas! gruesas perlas, y oro, oro por todas partes!

—Sí! todo, desde las baldosas en que suenan con doble ruido tus espolines de acero, hasta la arena en que ejercitaban sus fuerzas nuestros guerreros; desde el solio del Inca hasta los guijarros con que jugaban los niños, y en que ahora tropieza tu pié, todo es oro en este inmenso recinto; pero oro sagrado del que jamás nadie extrajo el menor grano, depósito precioso sellado con la religion de un juramento que yo voy á quebrantar por tí.....

Pero apresurémonos. Las sombras duermen: guardémonos de despertarlas prolongando mas nuestra presencia en este sitio. He aquí montones de las perlas mas hermosas que producen nuestros mares; he allí cerros de las mas ricas *pepas* de nuestros lavaderos: toma todo lo que desees, Diego, y salgamos de aquí pronto.

—Salir de aquí!—esclamó Maldonado con delirante acento—abandonar este inmenso tesoro que puede cambiar la faz del mundo, y que tú guardas enterrado, estúpida india! ¡Nó! quiero que sea mio ¡lo será!

Y Maldonado fuera de sí, arrancó la venda que cubría sus ojos . . . . . .

Deslumbrólos un campo inmenso, fulgoroso, en cuyo instantáneo espacio el aragonés vió acumuladas todas las maravillas que pudo soñar la fantasía. Templos alumbrados por infinitas lámparas; salones y galerías donde estaba amontonado el oro bajo todas las formas. Allí en estátuas, vasos, altares; y aquí en jardines cuyas flores eran constelaciones de piedras preciosas. Y á su lado, en fin, ataviada con ajorcas y brazaletes de perlas, la humilde india que lo habia conducido allí calzaba el coturno y ceñía la banda purpúrea de las princesas peruanas.

Pero, lo hemos dicho: la mágica vision fué un relámpago. En el momento que la venda cayó de los ojos de Maldonado, una mano de fierro se asió á su garganta, lo arrojó al suelo, volvió á vendarlo y ligó sus manos á la espalda con doble nudo. Dos fuertes brazos lo levantaron en peso, y el aragonés arrojado sobre unos hombros sólidos, sintió que se alejaba de aquel todo que él no tuvo tiempo de ver, porque echó á andar y se lo llevó subiendo la larga escalera que él habia bajado poco antes.

Apesar de lo brusco del ataque, Maldonado no perdió la cabeza; y previendo el designio de su desconocido enemigo, antes que éste lo sugetara, llevó la mano al pecho, y arrancando su rosario, prenda que todo español llavaba entonces consigo, guardó las cuentas entre su puño cerrado.

Su misterioso conductor subió á paso largo y sin detenerse en la inmensa escalera. Maldonado lo sintió abrir una puerta, empujar una piedra, y á poco sintió sobre su rostro el viento de la noche.

Desde ese punto el aragonés, realizando su pensamiento, comenzó á dejar caer una á una las cuentas de su rosario. Cada uno de aquellos granos era para Maldonado una letra, parte integrante del precioso itinerario que debia darle la posesion del inmenso tesoro que apenas habia tenido tiempo de entrever.

Despues de media hora de marcha, los brazos que sujetaban al aragonés lo dejaron en tierra. Una mano desató la venda que cubría sus ojos, y Maldonado volvió á encontrarse en la misma esquina de San Blas de donde poco antes habia partido con la hija del cacique. Delante de él estaba Andrés. El atleta que le habia vencido y derribado era aquel niño de diez y seis años!

Sin embargo, ¿qué era esa mortificacion de amor propio ante la inmensa alegría que inundaba su alma á esta idea: dejaba marcado el tesoro!

Así, cuál seria su rábia cuando al separarse de él, Andrés que hasta entonces no habia pronunciado una sola palabra, le dijo alargándole algo entre la oscuridad de la noche:

—Señor caballero, aquí están las cuentas de tu rosario que ibas perdiendo en el camino.

—¡Indio maldito!—le gritó Maldonado al alejarse de allí—tú me la pagarás!

Y fué á buscar al Intendente con quien se encerró largo rato.

VIII.

Andrés, antes de volver á su casa se encaminó hácia un caserío vecino, y llamó á la puerta de una choza.

La puerta se abrió, y un jóven al parecer de la misma edad se presentó en el umbral.

—Andrés! tú á esta hora! Algo malo sucede. Mi padre dijo hoy que la *coca* estaba amarga; y ya sabes que es mala señal.

—Sí; y tú sabes tambien, Santiago, que cuando Saxsahuaman se vuelve negro, alguna desgracia nos amenaza. Míralo como se ha puesto!

Un denso nublado se adelantaba tronando, y arrojaba su oscura sombra sobre aquel monte, que, como decia el indio, se destacaba negro del seno de la noche.

—Hallpa-mama está enojada! Habla, Andrés!

—Sí; pero hablemos tan bajo que no nos oigan ni

aun los espíritus que vagan en la trasparencia de los aires.

Y los dos jóvenes hablaron largo rato el uno al oido del otro.

Despues, el mancebo de la choza abrazó á Andrés, y este puso en sus manos un objeto que brilló á la luz de un relámpago.

IX.

Aquella misma noche el cacique y sus hijos fueron asaltados en su cabaña, presos, amordazados, y ligados de pies y manos, conducidos á una casa de campo aislada que el Intendente del Cuzco poseia en las Quebradas.

Cuando hubieron llegado allí los separaron, y el Intendente examinó á cada uno de ellos sobre la existencia del tesoro; pero el cacique y sus hijos se encerraron en un profundo silencio; y ni promesas ni amenazas pudieron nada con ellos.

Exasperado el Intendente con aquella obstinacion muda y fria resolvió vencer el ánimo del padre dándole el horroroso espectáculo de la tortura de sus hijos.

Al efecto, reuniéronlos á los tres en una sala donde estaban preparados los siniestros apuestos: una venda, un torniquete y una hoguera.

Al entrar el cacique, un hombre enmascarado que

esperaba de pié cerca de la puerta, lo condujo ante el intendente, sentado en un sillon al otro estremo de la sala.

—Yupanqui—dijo este—¿lo has meditado bien? sabes hasta donde puede conducirte el terco silencio que guardas?

—¡Hágase la voluntad de Dios!— respondió el anciano con humilde resignacion.

—Ya veremos si hablas asi cuando mires á tus hijos en manos del verdugo.

El cacique se estremeció, y las canas venerandas que coronaban su frente se erizaron.

En ese momento Andrés y Rosalía entraron en la sala.

El hombre enmascarado fué á su encuentro para conducirlos ante el Intendente.

La jóven fijó los ojos en aquel hombre, y una viva indignacion se pintó en su semblante.

—Traidor!—esclamó—apresúrate á darme la muerte; pero aquí, en presencia de Dios que va á juzgar entre tú y yo, te emplazo para hoy ante su santo tribunal.

En los labios de Andres vagó una sonrisa siniestra al oír las palabras de su hermana, que fué á arrojarse en los brazos del cacique. El viejo la estrechó en ellos y lloró sobre las manos aprisionadas de su hija.

—Padre!—murmuró ella al oido del anciano, seca tus lágrimas; yo merezco la muerte, porque he vendido nuestro secreto.....

El cacique palideció, y apartando de sí á su hija le dijo con severo acento:

—Si es verdad lo que dices, Dios tenga piedad de tí. Entretanto, cumple al menos tu último deber; calla y muere.

A una seña del intendente, el enmascarado se apoderó de Andres, que con las manos encadenadas estaba al lado de su padre. Hízolo sentar en un banco al que se adheria un madero sólidamente clavado en el suelo. Jugó un resórte y apareció una cuerda por una incision practicada en el centro del madero. El enmascarado pasó aquella cuerda en torno á la frente del jóven, jugó otra vez el resorte y la cuerda estrechándose mas y mas marcó un círculo azulado sobre las sienes de Andres.

El intendente se volvió hacia Yupanqui.

—Mira á tu hijo—le decia—va á morir, compadécete de su juventud! Estimas, pues, mas que su vida ese oro que guardas?

—Tranquilízate, padre,—dijo Andres con la sonrisa de los mártires—mírame morir y alaba á Dios por la fortaleza que se digna conceder á sus criaturas.

Y el verdugo volvió á mover el resorte y el jóven indio, con la mirada fija en su padre, siguió sonriendo entre los horrores de la agonía.

Cuando el cacique sintió estallar el cráneo de su hijo, que espiró sin exhalar una queja, rasgó con las uñas su pecho, y volvió hácia su hija una mirada suprema.

La jóven india se habia desmayado.

Llegábale entonces su vez á la desventurada niña.

El verdugo asió de ella y la desnudó para ponerla en la rueda.

Al contacto impío de aquellas manos, la jóven abrió los ojos y se halló desnuda ante el suplicio; pero el heroismo habia vencido al pudor y al miedo.

—Padre !— esclamó—apoyándose con sublime ademan en el horrible instrumento—perdóname !

—Calla y muere, repitió el viejo cacique.

La jóven india sufrió el martirio con la firmeza estoica de sus mayores. A cada vuelta de la rueda se volvia al cacique y le decia sonriendo:

—Padre ! estás contento de mí? Y al exhalar su último aliento, despedazado su cuerpo:—Padre—repitió, di ¿estás contento de mí?

—O gran *Pachacamac* !— esclamó el cacique al ver cadáveres á sus hijcs—Dios de mis padres, gloria á tí, que has dado á estos niños la fuerza necesaria para arrostrar la tortura, y llevar al sepulcro el secreto de los siglos !

Y rechazando al verdugo, corrió á arrojarse á la hoguera que le tenian destinada.

—*Hallpamama* ! gritó al través de las llamas, guarda el tesoro de los Incas en lo mas profundo de tus entrañas ! Custodiadlo vosotras, *Cora puna Sara sara;* y desplomad vuestras eternas nieves sobre el que osare buscarlo !

Un torbellino de fuego arrebató su mística plegaria. . . . . .

XI.

El obstinado silencio de sus víctimas hizo creer al Intendente que la historia del tesoro habia sido un sueño de codicia; pero tenia en tan poco la vida de los desventurados indios, que ni siquiera pensó en achacarse á delito el suplicio del cacique y de sus hijos.

En cuanto á Maldonado, la inutilidad de su crímen no lo desalentó. Doblemente apremiado por su ambicion y por la necesidad de reintegrar las sumas que habia perdido, al separarse del Intendente, fué á colocarse en el mismo sitio, de donde la noche anterior habia perdido su guia, y empezó de allí su investigacion. Dió los mismos pasos y los mismos rodeos que le recordaba la memoria, y se alejó de la ciudad sin darse cuenta de ello, deslumbrada la mente con la maravillosa vision que habian contemplado sus ojos.

Desde ese dia nadie supo mas lo que fué de Diego

Maldonado, que desapareció como si lo hubiera devorado el abismo.

Pero desde ese dia tambien los habitantes del Cuzco, vieron en la cima del *Saxsahuaman* una inmensa *apacheta* sobre la que todo indio escupe á su paso arrojándole en seguida una piedra y una maldicion. Santiago el cabrero la levantó sobre los miembros sangrientos de un cadáver.

QUIEN ESCUCHA SU MAL OYÈ.

CONFIDENCIA DE UNA CONFIDENCIA.

(A la señorita Cristina Bustamante.)

Cuando hemos caido en una falta—me dijo un dia cierto amigo mio—si la reparacion es imposible, réstanos al ménos, el medio de expiarla por una confesion esplícita y franca. ¿Quiere usted ser mi confesor, amiga mia?

—¡Oh! sí—me apresuré á responder.

—Confesor con todas sus condiciones?

—Sí, esceptuando una.

—¿Cuál?

—El secreto.

¡Oh! mujeres ¡mujeres! no podeis callar ni aun á precio de vuestra vida! mujeres que profesais por la charla idólatra culto! mujeres que.....mujeres á quienes es preciso aceptar como sois!

—Acúsome pues—comenzó él, resignado ya á mi indiscreta restriccion—acúsome de una falta grave, enorme, y me arrepiento hasta donde pueda arrepentirse un curioso por haber sastisfecho esta devorante pasion.

I.

Conspiraba yo en una época no muy lejana y denunciado por los agentes del gobierno, víme precisado á ocultarme. Asilóme un amigo, por supuesto en el paraje mas recóndito de su casa. Era un cuarto situado en el estremo del jardin y cuya puerta desaparecía completamente bajo los pámpanos de una vid.

Sus paredes tapizadas con damasco carmesí, tenían el aspecto de una grande antigüedad. Ha servido de alcoba al abuelo de la casa, cuyo inmenso lecho dorado, vacío por la muerte, ocupaba yo...mas de cuán diferente manera! El anciano caballero dormia—pensaba yo —un sueño bienaventurado entre las densas cortinas de terciopelo verde ajitadas ahora por el tenaz insomnio que circulaba con mi sangre de conspirador y de algo mas: de curioso. Juzgue usted.

Desde mi primera noche, en aquel cuarto, oia sin

que me fuera posible determinar donde, una voz, una suave y bella voz de mujer que hablaba mezclándose á voces de hombres; despues de parecer sola, leia prosa y versos como hubiera declamado Rachel, y cantaba como Malibran los trozos mas sublimes del repertorio moderno; entre ellos una serenata de Schubert cuyas notas graves tenian una melodia celestial.

Pasé varios dias en investigaciones, escuchando entre las molduras doradas que ajustaban la tapicería, tentando las paredes y buscando por todas partes el sitio por donde me llegaba el eco de aquella voz.

Parecióme al fin que acercándome á un grande armario colocado en un ángulo, oia mas claro y cercana la voz, y no me preocupaba. Mas era aquel mueble tan pesado que juzgué inútil el intentar removerlo yo solo; pero de niguna manera renuncié á la idea de conocer lo que habia detrás.

Así, cuando por la noche, el viejo negro encargado de servirme en mi escondite, me hubo traido el té, puse en su mano un doblon, y le rogué me ayudara á cambiar de sitio á aquel armario.

Al escucharme, el negro abrió grandes ojos y palideció

—¡Ay! no señor—esclamó con voz sorda—ni por todo el oro de este mundo. La señora vieja está viva todavia; y si llegara á saber que por ahí ha pasado la infidelidad de su marido, era capaz de adivinar tambien que yo, ¡oy Jesus! que yó fuí quien abrió esa puerta para que el

amo, pobre señor! entrara al monasterio. . . . .Maria Santísima! no, no, señor. Ademas, el armario está incrustado en la pared, y es imposible moverlo.

Costóme gran trabajo para calmar su espanto: y cuando le hube prometido un profundo secreto, me refirió como la casa vecina hizo en otro tiempo parte de un convento de monjas donde su amo tuvo la temeridad de amar á una esposa del Señor, y cómo no contento con la enormidad de ese crímen habia profanado la casa de Dios con el auxilio de su esclavo albañil y carpintero, abriendo en la pared una puerta que correspondia al interior del armario.

—Así es, señor—concluyó el negro—que desde que el amo murió, este armario es mi pesadilla. Siempre temiendo que tire el diablo de la manta, siempre temblando que una innovacion de la casa descubra esta puerta y el nombre de su artífice, pues la señora sin duda me asara vivo.

—No temas, Juan—le dije para tranquilizarlo—Quien se lo diria? Yo seré callado como la muerte; y cuando me haya ido de aqui, el secreto se habrá ido conmigo para siempre.

—Ah! señor—repuso el negro, cediendo á pesar suyo al deseo de charlar—que tiempos aquellos! El amor del amo duró toda la vida entera de la monjita, que por otra parte no fué larga. La pobre tortolilla (asi la llamaba el amo, y asi llamaban entonces los galanes á su amada) la tortolilla cautiva amaba demasiado, y su amor no

rencia no ha creido necesario decirme el paraje donde mi amor podia ir á buscarlo; mas yo lo sabré. Esa ciencia cuyo poder niegan los hombres sin fé y él entre ellos, esa ciencia me lo dirá. Sí, yo lo quiero!—añadió con enérgico acento.

Cerróse una puerta, y todo quedó en silencio.

¿Cómo resistir á la invencible curiosidad que se apoderó de mí al oir la espresion de aquel amor singular, revelado en esas misteriosas palabras? Nada puedo ya detenerme; todo cedió ante el deseo de tocar con las manos los secretos de esa estraña existencia.

Con la frente apoyada en el postigo esperé un cuarto de hora. El mismo silencio: nada se movia alli. Entonces, arrojando lejos de mí todas las ideas que pudieran intimidarme, comprimí resueltamente el resorte que me habia indicado el negro.

El resorte, olvidado durante medio siglo, me asustó con un agudo chillido; pero cediendo al mismo tiempo abrió un postiguillo angosto como la portezuela de un carruaje; y yo dando un paso me encontré en la morada de mi vecina.

de

al pié

de gasa cargada de cintas y arrojada de prisa sobre un cojin; flores colocadas con amor en vasos de todas dimensiones, el suave perfume de los estractos ingleses, el azulado humo del zahumerio exhalándose de un pebetero de arcilla, todo revelaba el sexo de su dueño.

A la cabecera del lecho y al pié de un cuadro, que representaba al Niño Dios, estaba el retrato de un bello jóven y estas imájenes de las dos edades en que tanto amor se prodiga al hombre, parecían presidir en aquella sencilla y pobre morada artista.

Las paredes de aquel cuarto desaparecian completamente bajo sombríos tableros de maderas esculpidas; y el misterioso postiguillo era un medallon oblongo cercado de una corona de rosas en relieve. Hallábame pues en la antigua celda de la monja, era el santuario de sus amores, templo ahora de un amor no menos apasionado. Habia en esta coincidencia motivo para que la fantasía echara á volar en pos de las escenas pasadas, ante los ojos inmóviles de las robustas cariátides y los mofletudos querubines de aquella vetusta escultura. Pero yo no tenia tiempo que perder. Pues que era criminal, no queria serlo á medias y habia resuelto abrir un pasaje para que mis miradas pudieran penetrar á toda hora en la morada de mi escéntrica vecina.

Fuime pues á su canasta de labor, que, dicho sea de paso, estaba en un espantoso desórden. Dedos nerviosamente crispados habian enredado las madejas de seda, al arrancar mas bien que cortar las hebras; y mas

de diez agujas que se revoloteaban entre blondas y cintas, me picaron los dedos al buscar las tijeras que encontré al fin, y con las que hice un agujero en el centro de una de las rosas esculpidas en el medallon.

Era ya tiempo: pues apenas cerré la puerta y me encontré en mi cuarto, saliendo del armario, mi huésped entró á hacerme la compañia ordinaria de la noche.

Confieso que nunca la presencia del ser mas antipático me fué tan insoportable como la de mi amigo en aquella ocasion. Su plática tan interesante y animada, pues era un hombre de talento y de vastos conocimientos; parecíame pesada y monótona. Mi mal estar creció cuando sentí que en el cuarto vecino se abria una puerta. Sin duda era ella, su misteriosa habitadora. ¿Habia cumplido su designio? Cuál era esa ciencia de que hablaba y qué le habian revelado sus arcanos?

El silencio que sucedió me parecia de mal agüero; ¡y yo que clavado en un sillon delante de mi amigo no podia averiguarlo! Consumíame de ansiedad, y respondia á mi amigo con una distraccion de que este se apercibió al fin.

—Sufres?—me preguntó.

—No, de ninguna manera—me apresuré á contestar.

—Pareces preocupado. En todo caso, duerme:

—Hasta mañana!

—Hasta mañana!—dije con una efusion tan pronunciada, que lo sorprendió y se alejó sonriendo.

Apenas me vi solo corrí á encerrarme en el armario y miré por el agujero hecho por la tijera.

Todo se hallaba en el mismo estado; pero el cuarto no estaba ahora solo. En el centro y sentado en un sillon un hombre paseaba en torno una mirada de asombro. Nada mas decia esa mirada; nada tampoco la espresion de su grande boca de labios delgados y pálidos. Solo su frente ancha y elevada habria preocupado mucho á un observador frenólogo.

Abrióse de repente una pequeña puerta que cubria un tapiz encarnado; y en su fondo oscuro se dibujó la figura de una mujer. Era alta y esbelta. Cubierta de un largo peinador blanco, cuyos undosos pliegues sujetaba á medio lazo un cinturon azul: con sus negros cabellos arrojados en largos rizos sobre la espalda, con su paso rápido y su ademan ligero, habríasele creido el sér mas feliz de la tierra; pero mirándola con mas detencion se conocía que habia lágrimas tras de su sonrisa; y que *Le nuage au cœur laissait son front serein*.

Entrando en el cuarto, sus ojos posaron en los de hombre que allí se encontraba, una mirada grave, fija y profunda que lo hizo estremecer. Muy luego los ojos del jóven, como fascinados por aquella mirada, permanecieron clavados en ella, miéntras una estraña languidez los fué cerrando por grados hasta sombrear con el párpado la mejilla.

Entónces aquella mujer acercándose á él, con paso lento pero seguro, elevó tres veces sobre sus ojos cerrados

la mano derecha, haciéndola descender otras tantas á lo largo del rostro y desviándola en seguida hácia el hombro para elevarla de nuevo. Despues alargando horizontalmente la izquierda á la altura de la rejion posterior del pecho, dijo con blando, pero imperioso acento:

—Samuel!

—Que me quieres?—respondió el jóven con voz oprimida.

Ella alzó de nuevo y repetidas veces la mano sobre su pecho, y él añadió entónces:

—Que me quieres? Pronto estoy á obedecerte.

—Pues bien—dijo ella colocando sobre la frente de aquel el pulgar y el índice de su mano derecha—penetra ahora en mi corazon y busca en él una imájen.

El jóven inclinó la cabeza sobre el pecho y pareció dormir profundamente. Despues una convulsion violenta sacudió su cuerpo y sus lábios murmuraron un nombre. Ella sonrió con tristeza enviando al retrato que tenia en frente una tierna mirada. Luego asiendo la mano del dormido:

—Samuel—dijo—penetre tu vista el inmenso horizonte en esta direccion (su mano señaló el norte) y busque á aquel cuyo nombre acabas de pronunciar.

La cabeza del hombre dormido cayó otra vez sobre su pecho; su respiracion se volvió por grados anhelante, fatigosa, y copioso sudor bañó sus sienes.

La mujer de pié y con los brazos cruzados seguia con una mirada tenaz é imperiosa las emociones que rá-

pida y sucesivamente se pintaban sobre aquellos ojos cerrados.

La hora, el lugar y los objetos que allí se presentaban, todo contribuia para dar á esa escena un carácter verdaderamente fantástico; y al contemplar aquel sér débil dominando con una influencia misteriosa al sér fuerte; al mirar á esa mujer envuelta en los largos pliegues de su flotante y vaporosa túnica, de pié y la mano estendida sobre la cabeza de ese hombre sometido al poder de su mirada, habríasele creido una maga celebrando los misterios de un culto desconocido.

La misma convulsion vino á interrumpir la inmovilidad del dormido.

—Héle allí—esclamó.

—Donde?

—Los rayos plateados de la luna juegan con las olas del inmenso rio que pasea su plácida corriente entre un bosque y una ciudad fantástica cual un febril ensueño.

A sus pies y sugeto por pesadas anclas, un navío suavemente mecido por blancas oleadas, envía hasta las frondas de la opuesta ribera los reflejos de una brillante iluminacion. Sobre su ancha cubierta, adornada con banderas y perfumadas guirnaldas, cien hermosas mujeres, vestidas de blanco y coronadas de flores, se abandonan lánguidamente en los brazos de sus compañeros de placer á las ardientes emociones de la danza. ¡Oh! cuán bellos son sus ojos! Diriase que han robado al sol de los trópicos su deslumbrante fulgor.

—Pero él? él ¿dónde está?

— Oh! replicó el dormido con acento suplicante—déjame ver el cuadro mágico de esta danza sobre las aguas y bajo un cielo de fuego. Cuán hermosas son! . cuán hermosas! . . . . . Hé allí una que se aparta del encantado torbellino. Aléjase hácia la proa con su caballero, é inclinándose sobre la borda tiende la mano para mostrarle la trémula imájen de las estrellas reflejadas en el agua profunda. ¡Ah!

—Samuel—dijo ella interrumpiéndolo; porque una convulsion violenta contrajo de repente las facciones inmóviles del dormido—Samuel ¿qué ves?

—Es él, él quien la acompaña.

—Y por qué tiemblas?

—Oh!—repuso el dormido con sordo acento—no lo preguntes...tú no debes saberlo,

—No importa: quiero que lo digas! Dilo!

Entónces él bajó la cabeza con pesarosa resignacion; pero al hablar empleó una lengua estranjera, quizá para que sus palabras sonaran menos dolorosas al corazon de aquella á quien obedecia con tan visible pesar.

Mientras hablaba, una nube oscureció la frente de aquella mujer. Sus ojos brillaron como relámpagos de una tempestad y sus labios murmuraron palabras confusas é inarticuladas. Pero serenándose de repente:

—Samuel—dijo—lée en el corazon de ese hombre.

El jóven se reconcentró profundamente: habríase dicho que su espíritu habia descendido á un abismo.

Despues sus labios vertieron lentamente como gotas de plomo estas palabras:

—Ama á esa mujer.

Pero una nueva convulsion ahogó sus palabras cual si lo hubiere herido el mismo golpe que acababa de asestar al alma de aquella mujer.

Ella, sin embargo, permaneció inmóvil y silenciosa; ni un solo músculo de su rostro se contrajo; y sin la extrema palidez que cubrió su semblante, nada habría revelado el dolor en ese corazon de estraña fortaleza.

Paseóse dos ó tres veces á lo largo del cuarto; acercóse al retrato, lo contempló largo tiempo con una mirada indefinible, y luego cual si se arrancara un recuerdo querido se llevó la mano á la frente, se echó hácia atrás los rizos de la cabellera, cubrió el retrato con un velo negro, y yendo á abrir una puerta en frente de aquella por donde habia entrado, volvióse al dormido tendiendo la mano y replegándola hácia sí, mientras él se levantaba y seguia la direccion que aquella mano le imprimía.

Cuando hubo traspuesto el umbral, la puerta se cerró tras él, y oí la voz de aquella mujer que decía:

—Samuel! despierta!

Víla despues sentarse al pie del lecho y ocultarse el rostro entre las manos.

Nada tenía ya que ver ni averiguar allí; la lamparilla se habia apagado, yo no veia á esa mujer, y permanecía aun pegado á aquel postigo que me separaba de ella; el silencio reinaba en torno, no obstante en mi cerebro

zumbaba un ruido tumultuoso como el de las olas del mar en una borrasca. Eran los latidos de mi corazon; era una rabia inmensa, desesperada, que rugía en mi alma, era....eran los celos; era que yo amaba á esa mujer que amaba á otro con el amor ardiente que inspira un imposible; que la codiciaba para mi, en tanto que otro poseia su alma.

—*Quien escucha su mal oye*—dije yo con el aire sentencioso de un confesor.

La luz del dia penetrando en su cuarto me la mostró en el mismo sitio. Ni ella ni yo habiamos cambiado de actitud . . . .

—Pero . . . . ¿No oye usted?—dijo mi penitente, interrumpiéndose de improviso—No oye usted?

—Qué?

—El pito del tren. Hoy llega el vapor del Sud y debemos tener noticias interesantes de Arequipa.

Dijo—y sin escuchar mis ruegos, mis gritos, mis protestas y la formal amenaza de negarle la absolucion, el impio tomó su sombrero y en seguida la calle, embarcándose luego para Islay, de donde dirijiéndose á Arequipa se deslizó furtivamente en la plaza, batióse en las trincheras el siete de marzo, y librándose milagrosamente de la carlanca *libertadora*, pasó á Chile donde es fama que por no perder la costumbre tomó una parte activa en la revolucion que poco despues estalló en aquel pais. Cuando la revolucion fracasó, fuése á Europa; acompañó á Garibaldi en su espedicion á Sicilia, siguiólo tambien y cayó

con él en *Aspromonte*, no muerto sino prisionero. Evadióse, y ahora anda estraviado como una aguja en esos mundos de Dios.

Incorrejible conspirador! Guárdelo el cielo para que un dia termine su confesion, y podamos saber, bella Cristina, el fin de su culpable y bien castigado espionaje.

SI HACES MAL NO ESPERES BIEN.

I.

EL RAPTO.

Era la última hora de un dia primaveral. El sol trasponia majestuosamente la montaña, naçarando con su postrer rayo las nieves de la opuesta cordillera, y dibujando en largas sombras la silueta fugaz de las cabras que samoneaban aquí y allí entre las sinuosidades de los peñascos las hojas de los arbustos y la espinosa corteza de los cardos.

Todo era calma y silencio en aquellas agrestes soledades. Las torcaces solas, ocultas en los agujeros de las peñas, mezclaban su triste arrullo al rumor de la cascada, que como un lejano trueno se elevaba del profundo valle donde el Rimac precipita sus aguas.

De pronto, una voz dulce y penetrante exhaló un alegre grito.

—*Mamay*, esclamó en la lengua de los incas, ¿ves las lindas flores color de oro que brillan allá abajo entre las piedras? Voy á cojerlas para tí.

Y una bella niña de cinco años, fresca, rosada y envuelta en un gracioso *anacco* descendió saltando alegremente uno de aquellos ásperos senderos. Al mismo tiempo de trás un peñasco salió una jóven india, gritando con angustioso acento: ¡No, Cecilia, no, hija mia! Esas piedras están en el camino.... ¡Oye las carreras de los soldados! Si vienen.... Ahi están! Allá viene uno.... Mi hija!.... Hija mia....¡Oh!

En efecto, un regimiento descendió costeando la cascada.

Al llegar al valle, de una de las últimas compañias se habia separado un oficial, y llamando á un ordenanza habíale dicho algunas palabras señalando á la niña, que á lo lejos cogia flores entre las piedras del camino.

El soldado se dirigió hácia ella á galope, y llegando á su lado, inclinóse sobre el estribo, y la arrebató en sus brazos. Mas al momento de enderezarse sobre la silla para colocar á la niña en el arzon, sintió dos manos de acero, que aferrándose á su garganta lo derribaron en tierra.

La india habia corrido en auxilio de su hija; y teniendo la cabeza del soldado bajo su rodilla buscaba con ojos feroces una piedra para acabar de matarlo.

Arrancó, en fin, un grueso guijarro; mas en el momento que lo alzaba sobre el soldado, sintióse asida por los cabellos.

El oficial que habia ordenado el rapto arrastrándola sin piedad la arrojó al fondo de un barranco.

Un jemido desgarrador, un jemido de madre salió del precipicio á tiempo que el oficial decia riendo:

—¡Vaya un maricon! Dejarse acogotar por una mujer! Felizmente llegué yo á tiempo.... Mas.... que chistosa casualidad!.... Sí, aquí, en este mismo sitio, ó muy cerca debió ser donde aquella muchacha.... Calla, chica, calla. Oh! que bonita es! Grandes ojos negros, cabellos sedosos, una boquita de coral. Un lindo obsequio para mi hermosa Pepa, esa malvada que se divierte en dar tortura á las almas.... Calla, chica, que vas á ser muy feliz. Tendrás confites, biscochos, y.... bofetones á discrecion de manos de aquella maldita.

Mariano, tómala. Galopa hasta alcanzar á los arrieros, y dí al mio que lleve esta *cholita* con el mayor cuidado, y que al llegar á Lima no vaya tontamente á entregarla en casa. Que la deje al guarda de la garita de Maravillas hasta que tu llegues. ¿Entiendes?

Y se alejó volviendo á su puesto en la marcha, mientras el soldado tomaba á galope la delantera al rejimiento, llevando consigo á la niña que lloraba con un llanto desesperado. Mas sus lamentos se perdieron á lo lejos, confundiéndose luego con el jemido del viento y el ruido de las aguas, y el valle quedó en profundo silencio.

II.

LOS BANDIDOS.

La doble sombra de la noche y de la niebla comenzaba á estenderse sobre el Rimac, y el silencio del invierno reinaba todavia en los espesos jarales que lo cubren. Pero á lo lejos, hacia el camino que desciende de Chaclacayo, oíase cada vez mas distinto el cencerro de una recua.

De repente, de la oscura masa de un matorral salió un prolongado silbido.

Poco despues, tres hombres bien montados y completamente armados, saliendo de la vecina cañada, ocultaron sus caballos tras los muros desmoronados de una *huaca* y se agazaparon bajo unas matas al borde del camino.

No de allí á mucho, diez mulas cargadas de baules y

maletas aparecieron escoltadas por cuatro arrieros en un recodo del camino.

Los viajeros avanzaban tranquilamente arriando con calma sus cabalgaduras, y mezclando las notas de un *yaraví* al ruido tardo de sus pasos.

De súbito, la enjaezada mula que servia de guia asida por una mano vigorosa, detuvo á la recua entera; y los arrieros viendo relucir en la sombra los anchos cañones de tres mosquetes, no necesitaron ver á los tres enormes negros que los empuñaban para escurrirse entre la maleza y desaparecer como sombras.

Los salteadores empezaron entonces la inspeccion de su presa.

—Catorce mulas, decia uno.

—Diez y ocho baules, gritaba otro.

—Tres sombrereras militares, un tercero.

—Una cholita, el cuarto.

—A tierra la chola con las sombrereras y al monte el resto.

Dicho y hecho

Los ladrones montados en sus magníficos caballos arrearon la recua hácia la cañada por donde habian venido, y un momento despues la pobre chica, abandonada, lloraba sola al borde del camino.

SI HACES MAL NO ESPERES BIEN.

III

EL PROTECTOR.

Pasadas algunas horas, y cuando los llantos de la niña eran solo sollozos convulsivos, un ginete que, embozado en su capa de viaje y llevando una gran maleta á la grupa de su caballo, descendía á galope el mismo camino que habian traido los arrieros, detúvose de pronto, y, echando pié á tierra levantó en sus brazos á la niña.

—¿Quién te abandonó así, hija mia? preguntóla cariñosamente.

Pero el viajero hablaba una lengua que la niña no entendia, y á todas sus preguntas respondia llorando—¡Mamá!

—¡Pobre criatura! dijo él profusamente conmovi-

do—No en vano invocarás ese nombre de significacion universal! Serás mi hija, y consolarás mi soledad. No sé tu nombre; pero te daré el de aquella que duerme bajo las sombras *du Père Lachaise!*

El viajero estrechó á la niña en su seno, y con ella la memoria de esa hija muerta que recordaba.

Montó á caballo, abrigó á la chica bajo su embozo, y añadió como buen frances, *le petit mot pour rire.*

—Completé á fé mia mi bagaje de naturalista. Traigo en mi maleta el reino vejetal y el mineral. He aquí el animal. A Francia, pues!

Abrazó otra vez á la niña, rió enjugándose una lágrima y siguió á galope lo largo del solitario camino . . . .

— [illegible] de [illegible], una [illegible] —Ten- [illegible]

— [illegible] carpa el [illegible]

—[illegible] movimiento [illegible] una mueca.

[illegible] frente [illegible] mano [illegible] y [illegible]

[illegible] su [illegible] plumas,

desprendió la guirnalda de rosas que adornaba su cabeza, colgóla como un ex-voto á los pies de la virgen que velaba su lecho, sacudió su cabellera, y abriendo por fin un secretario escribió:

«¡Que inmenso vacío, querido Guillermo, que inmenso vacío en mi existencia desde que tú has partido! Que horrible es esa enfermedad del alma que se llama "echar de menos"! Los médicos se contentan con llamarla por su nombre científico—*Nostalgia!*—dicen ellos muy frescos. Y si es una jóven quien sufre, entónces añaden sonriendo—

«Que lleven esta niña á Chorrillos, que se bañe, que tome el aire, que se pasee y se distraiga de todas maneras y ello pasará.

«¡Ya! como creen que las limeñas solo amamos el baile, el lujo, la disipacion!....

«¡Oh! Guillermo, ¿que castigo merece quien asi nos calumnia? Yo sé uno. Daria á su corazon el dolor que tu ausencia ha dejado en el mio. Asi *sentiria* como sabe amar una limeña.

«Y tu, hermano mio? Oh! tú, es diferente! Primero, y por mas que digan, el que parte tiene mil motivos de distraccion que lo absorven y adormecen su pena: Los incidentes de á bordo, el arribo á puertos desconocidos, los rostros nuevos que se suceden sin cesar. Y luego, yo me figuro que los hermanos jamás echan de menos á sus hermanas.

«¿Que es, en efecto, lo mas frecuentemente para no-

sotros un hermano? Un tirano que quiere monopolizar todos nuestros sentimientos, que nos trata con el mas crudo despotismo, que nos pospone á todo, que nos halla siempre feas, y tontas, y ....

«Perdon! oh! Guillermo querido! Confundirte á tí, con esos hermanos impíos! Que atroz injusticia!

«Tú me amaste siempre con la ternura protectora de un padre y la galanteria esquisita de un amante. Pero sabes que soy celosa de mis palabras, cuando despues de dos meses desde que habitas Paris has olvidado á tu hermana, y la promesa de darla, cada quincena, cuenta estrecha de tu persona!

«¡Oh! á la idea de tamaño *desacato*, por mas que tuches á la frase de vulgarismo, digo con rabia: ¡que lisura! ¡guá!

«Si un motivo sério, un amor, por ejemplo, te preocupara .... Pero una fastidiosa comision del gobierno, bailes, paseos, espectáculos, frivolidades .... Guillermo, para eso no hay perdon.»

La quisquillosa hermana recibió póco despues esta respuesta:

«Y bien, mi bella enojada, era un motivo sério, era un amor lo que me hacia, no olviderte ni un solo momento, sino guardar silencio antes de darte una noticia que te colmará de gozo; noticia que nuestro padre sabia ya, y te callaba á ruego mio. Tienes ya una hermana, buena como tú, cual tú, bella como un ánjel, y que te es parecida de una manera sorprendente, estraña. Escucha.

«Paseaba yo una tarde bajo las fúnebres arboledas del Padre Lachaise. El dia iba á acabar. Los rojizos rayos del sol poniente atravesaban como hebras de fuego á la espesa fronda.

«Desierto y silencioso estaba el lúgubre recinto, y las últimas ráfagas del viento de la tarde gemian como almas en pena entre las hojas de los ciprés.

«Despues que hube vagado largo tiempo en la ciudad de los muertos, y visitado las tumbas de Abelardo, Ney, Lavedoyére, Foy, habíame sentado bajo el laurel que sombrea el sepulcro de Cárlos Nodier. Leyendo su epitafio, recordaba el loco entusiasmo con que allá, bajo los jazmines de tu jardin, leiste su fantástica «Hada de las Migajas» y el crédulo empeño que te hacia correr los cerros de Amancaes en busca de la «mándragora bella.»

«De recuerdo en recuerdo, tu imájen apareció al fin, tan viva en mi pensamiento, que involuntariamente volví los ojos buscándote en torno mio.

«Cual seria mi asombro encontrándote, á tí, á tí misma, ahí, á algunos pasos de distancia, vestida de luto y reclinada en la pilastra de una tumba.

«Sin pensar en lo que hacia, corrí á palpar la realidad de aquella vision. Pero al acercarme conocí que era solo una grande semejanza, y que yo habia incurrido en una grosera indiscrecion.

«Mas la jóven enlutada ni siquiera se apercibió de mi presencia. Con la mejilla apoyada en el mármol del

epitafio, tenia los ojos cerrados, y sus lábios se movian lentamente. Oraba.

«En ese momento resonaron á lo lejos roncos ladridos.

«Acordéme entónces que era la hora en que el conserje suelta los formidables mastines que guardan aquel sitio durante la noche, y estremecido de espanto á la idea del peligro que amenazaba á aquella hermosa jóven, arrebatéla en mis brazos y atravesé á carrera la calle de ciprés que conducia á la puerta.

«A la brusca subitaneidad de mi accion, la jóven abriendo los ojos dió un grito de terror y se desmayó.

«En la puerta del cementerio la esperaba un coche de alquiler. Colóquéla dentro, y me senté á su lado para sostenerla.

«Miéntras la prodigaba mis cuidados, contemplaba con amor la prodijiosa semejanza de aquel bello rostro con el tuyo, querida Matilde. Era tu imájen, tú misma, sin la florida lozania que es uno de tus encantos. Ella, al contrario, delicada y cenceña, tenia en sus morenas mejillas esa palidez aterciopelada que se adora en Francia, y que en Lima alarma tanto la ternura de las madres.

«Pero esa misma palidez añadia mas brillo á sus grandes ojos negros que se abrieron por fin y me recordaron mas á mi hermana, ora en su dulce sonrisa, ora en su apacible seriedad.

«Amelia es hija de un sábio viajero que consagró á la

ciencia su fortuna y su vida, y murió legándola solo su nombre ilustre y su austera virtud.

«Huérfana y pobre, pero con un alma rica de poesia y sentimiento, Amelia repartió su vida entre las melodías sublimes de su piano y el fúnebre silencio del cementerio. Alma de temple fuerte, todas las cosas de la vida son sérias para ella; y en su mirada, en su voz y en su actitud, hay una espresion de melancolía dulcísima, de meditabunda gravedad, del todo ajena á las turbulentas hijas de la Francia, y que ella contrajo, sin duda, al aspecto solemne del desierto, bajo el velo de las árabes, allá en las lejanas regiones que recorrió con su padre.

«Tal es tu hermana. ¿No es cierto, mi linda aturdida, que te alegrarás mucho de abrazarla luego?»

V.

REMINISCENCIAS.

Poco despues, un dia de verano, la mimada hermana de Guillermo, coquetamente vestida, como quien desea deslumbrar, abordaba en una góndola el vapor de Panamá.

No bien atracada aun la embarcacion al costado del vapor, la graciosa limeña subia con pié seguro la resbaladiza escalera, húmeda con la niebla de la mañana, y se arrojaba en los brazos de su hermano, apartándose luego del fraternal abrazo para estrechar en su pecho, con arrebatos de pasion, á una bella jóven, morena y pálida, pero que le era parecida con pasmosa semejanza.

La estranjera se entregaba á sus caricias con tierno

abandono; mas ¿porqué á veces parecia distraida? ¿porqué sus ojos desviándose de la florida ribera, iban á buscar á lo lejos las azules siluetas de la cordillera?

—¡Guillermo! dijo al fin, cuando desembarcaban, yo he visto estas montañas—¿Donde? No lo sé.

—Sin duda fueron los Alpes, se adelantó á decir Matilde.

—Nó: no son tan puros sus perfiles.

—Pues entónces serian los Pirineos, replicó la petulante niña, empeñada en lucir su geografia de colegio.

—Mucho menos. Sin embargo, mis pies han caminado por senderos agrestes como esos que serpentean en aquellas fragosas vertientes.

—Las has soñado, Amelia mia, la dijo Guillermo, las has soñado en tu ardiente anhelo por América.

—¡Soñar con cerros! esclamó la aturdida muchacha con una mueca graciosa que hizo sonreir á Amelia, soñar con cerros, estando ahí nuestro hermoso Rimac, sus frescas alamedas, sus perfumados jardines. . . .

El mio es delicioso. Cubierto está de rosales, jazmines, chirimoyos, suches, aromos, y á su sombra encontrarás abiertas todas las flores de Europa, que yo misma he sembrado para tí. . . .

Dame la mano, Amelia, voy á hacerte los honores de nuestro suelo, y no quiero que te disloques un pié en las carcomidas gradas de nuestro embarcadero.

La bella forastera apenas la escuchaba. Abstraida por una estraña preocupacion, ni siquiera se apercibió

del rápido movimiento que la conducia, y los áridos campos y las frondosas arboledas pasaron ante sus ojos como los vapores fantásticos de un sueño.

En la estacion de Lima los esperaba el Coronel; y Guillermo puso su esposa entre los brazos de su padre.

El coronel amaba apasionadamente á sus hijos y Amelia fué acojida con estrema ternura. Mas ¿por qué se estremeció al sentir aquel bigote cano tocar su frente? ¡Misterio!

Muy luego, riendo de su miedo pueril, respondia con un hermoso beso filial á las caricias del coronel, y apoyaba confiada la cabeza en su pecho cargado de cruces.

. . . . . .

Y los dias corrieron para Amelia bellos como los celajes de la aurora. Espíritu de percepcion esquisita, nadie como ella saboreó las delicias de esta májica vida de Lima, en que todo halaga al alma y los sentidos; en que todo, desde el cielo hasta el suelo, es aroma, luz y armonía.

Muchas veces corriendo con su hermana bajo la fronda de los jardines, se detenia de repente para beber en dobles aspiraciones el aura suave de nuestra atmósfera; aura deliciosa y letal que anima y agosta las mas hermosas flores.

Llegó un dia en que Amelia, pálida y enflaquecida, pedia en vano á la brisa el aire que le faltaba á su pecho, y en que los rayos ardientes del sol de enero no pudieron ya calentar su aniquilado cuerpo.

Entónces, los graves doctores, reunidos en torno al lecho de Amelia, acordaron, y esta vez profundamente consternados:

Que lleven esta niña á la Sierra; que haga una vida de completo reposo, que tome leche de cabras, que se distraiga, y Dios dispondrá lo que sea de su agrado!

Y á la mañana siguiente, Amelia, acompañada de su esposo y de su suegro marchaba á Jauja.

Seguíanlos, Matilde y una numerosa comitiva de amigos que se agrupaban en torno suyo, con esa solicitud de la despedida que nos causa un placer tan doloroso.

Todos guardaban silencio, el silencio con que se acompaña á los que van á buscar la salud por el fatídico camino de Maravillas, que tantos suben y que tan pocos vuelven á bajar.

Al llegar á las colinas que empiezan á hacer incómoda la ruta, el coronel detuvo el caballo de su hija, y dijo saludando á sus amigos:

—¡Caballeros, el dia declina y estamos ya lejos. Hasta la vista! Y luego añadió señalando á Matilde, y como para alegrar la triste solemnidad de la despedida:

—He ahí esa dama que os confio. Requerid vuestras espadas para defenderla de los ladrones que infectan estas breñas.

Al oir aquellas palabras, Amelia se estremeció. En su mente surjió de súbito un estraño miraje, esa série misteriosa de imájenes que, cual reflejos de la eternidad,

aparecen de repente al espíritu, y brillan y se apagan con la luz y la rapidez del relámpago.

Matilde, al separarse de sus brazos, dijo llorando á los que la acompañaban: Amelia no volverá mas! Amelia vá á morir. Hay en su mirada una espresion estraña que nunca ví en ella.

En efecto, desde ese momento comenzó para Amelia una cadena interminable de alucinaciones.

Por momentos, allá en el horizonte de sus recuerdos, veia alzarse un mundo fantástico, imposible; y al fijarse en él su mirada, desaparecia para mostrarse de nuevo.

Otras veces eran estrañas intuiciones que le hacian decirse: Detras de aquella colina hay un gran caserío entre dos establos. Y subia la colina con el corazon palpitante, y al llegar á su cima, quedábase yerta de asombro, encontrando el caserío y los establos, tales como los habia soñado su imajinacion. Y entonces esforzábase en persuadirse que todo lo que pasaba en ella desde que salió de Lima, era solo una prolongada pesadilla; porque tenia miedo, miedo de que fuera el delirio mortal de la locura.

Hubo un momento en que, pálida y con el pecho oprimido de estraña congoja, pensó:

Alli á la vuelta de un recodo, se abre una quebrada profunda. Fórmanla dos elevadas montañas que alzándose perpendiculares, roban la vista del cielo. En su fondo mujen las aguas espumosas de una cascada. Y ahí, al torcer el recodo, apareció la sombría quebrada en

cuyo fondo rueda el Rimac sus aguas, blancas aun con la espuma de la caida.

Y Amelia, presa de un terror indecible, paseaba en torno ansiosas miradas, buscando entre los trozos de roca diseminados en los bordes del camino, algun objeto que desmintiera su fantasia.

De repente, pálida y temblorosa, se dijo—

Hé allí la planta de doradas flores. Una niña las cojía y despues lloraba, debatiéndose contra .... ¿contra que? .... Dios mio! hazme acordar de lo que era ese *algo* que causaba el llanto de la niña! Y sin saberlo, Amelia sollozaba amargamente. Su esposo y su padre la rodearon solícitos.

En ese momento, una figura estraña, una mujer envuelta en una manta negra, pálida como espectro, se alzó detras un peñasco gritando con lúgubre acento:

—¿Quién llora aquí? Nadie ha llorado desde aquel dia .....Y mirando de repente al coronel, exclamó arrojándose á él, y asiéndose á la brida de su caballo:—¡Por fin te encuentro! Ladron de honras, ladron de niños, en vano te ocultas; en vano, para disfrazarte, has puesto nieve en tus cabellos; te reconozco! Salteador galoneado, ¿que hicisteis de mi hija?

—Es la ovejera loca de Huairos, gritaron los arrieros á tiempo que el coronel, dando espuelas á su caballo, se libertaba de aquel brusco ataque.

Pero la estraña aparicion los siguió á lo lejos; y al trasponer las alturas, Amelia la veia siempre á la misma

distancia, caminando en pos suyo con paso lento pero contínuo.

Mas cuando llegaban al *tambo*, en vano la buscaron sus ojos: hábia desaparecido.

Aquella noche, Amelia desvelada, como todos los enfermos del pecho, habia dejado su cama, y se paseaba meditabunda á la luz del fuego, en la triste sala del tambo. Guillermo y el coronel la acompañaban, y la preguntaban inquietos el motivo de su preocupacion.

La pobre jóven no podia decirlo; sin embargo estaba poseida de espanto. Sentia moverse y como despertar en ella un nuevo ser, un ser medio borrado que se identificaba con su espíritu y palpitaba en su corazon.

Y entónces, palpábase con angustia, preguntándose si era quizá una alma en pena, que se acordaba de su pasada existencia.

La rojiza llama del hogar arrojaba sobre las desnudas paredes resplandores fantásticos que añadian nuevos grados á su exaltacion.

De repente una mano cautelosa abrió lentamente la puerta, y un bulto negro se deslizó en el cuarto.

Era la aparicion de la *quebrada*.

La loca paseó en torno su vaga mirada, cual si buscase á alguien; y luego avanzó hasta el hogar, silenciosa, rígida y solemne como una estátua; cogió un tizon ardiendo, y sirviéndose de él como de una antorcha, se puso á buscar por todos los rincones de la sala.

Entonces, Amelia y sus compañeros vieron una

mujer jóven aun, pero horriblemente aniquilada. Hondas arrugas surcaban su rostro marchito, y sus ojos tenian esa mirada fija, y por decirlo así, aérea de los cadáveres.

A su vista, Amelia olvidó su preocupacion, y conmovida hasta lo íntimo de su alma, se acercó á la demente, y la dijo con dulzura:—

¿Qué buscas ahí, pobrecita? Ven á reposar te ruego, que es ya tarde y hace mucho frio.

— Busco al hombre galoneado, respondió ella sin mirar á Amelia, y siguió impasible su camino.

Pero Amelia cogió sus manos con cariñoso afan, atrájola en pos de sí, y la hizo sentar al lado del fuego.

VI.

HISTORIA DE LOS CAMINOS.

La infortunada se dejó conducir con triste docilidad. Cruzó las manos sobre sus rodillas, y contempló largo tiempo, pensativa y silenciosa, la móvil llama del hogar.

Poco á poco, sus apagados ojos comenzaron á animarse y resplandecer como iluminados por una luz interior; y en sus lábios vagó una sonrisa juvenil que hizo brillar en la sombra sus dientes blancos como perlas.

—¡ Estevan ! gritó derepente, quien dijo que Estevan murió ! Mentira ! Hélo allí, jóven, alto y lijero. Baja con las ovejas de Casa-blanca. Es él, el mismo; esos son sus ojos, esos son sus negros cabellos. Me llama!

No! aléjate, Esteban. El cura no quiere que pastemos juntos nuestros rebaños, porque somos todavia muy jóvenes para casarnos. Como si en cualquiera edad no se pudiera amar, alabar á Dios y ser feliz. ¡Feliz! Ah! yo no puedo serlo: si el cura nos ha separado. Tú llevas el ganado á las alturas, y yo me quedo sola en el valle, sola con las cabras que aunque saltan alegres, no pueden darme una gota de su gozo. Todo esto lo sabes tú muy bien; pero ah! tú no has sabido jamas que .... ¡Se aleja! no quiere oirme! Ven Esteban, ven. Yo te lo diré ahora, ahora que el tiempo y el dolor han curtido mi rostro, y que la vergüenza no puede ya subir á mi mejilla.

Hé allí la peña donde yo lloraba esperando la tarde, la tarde que nos reunía á la luz del fuego, bajo los sáuces de nuestro patio. De esa hondonada salió la voz del militar que me llamaba. Yo tuve miedo, y huí; pero él montaba un caballo veloz y me persiguió, me alcanzó, echó pié á tierra, luchó conmigo, y me ultrajó....

Y desde ese dia, ya no quise verte, y huía de tí.... y te dije: Esteban, no puedo ya ser tu mujer. Y entonces te amaba mas que nunca. Pero debiais creerme inconstante y liviana; y al despedirte de mi me arrojastes llorando una maldicion.

Despues .... un dia mi padre púsose á mirarme fijamente y me dijo:

—Tú eres una mujer infame; has deshonrado mis canas, y manchado la casa de tu padre. ¡Vete!

Y alzando la mano sobre mi cabeza, me maldijo.

Y yo anduve errante largo tiempo, huyendo como una fiera, de valle en valle, de montaña en montaña, desnuda, hambrienta, miserable. Pero al lado de mi dolor se elevaba una santa alegria. Dios se habia apiadado de mí, y en el camino de mi infortunio habia hecho nacer una flor. . . . ¡Mi hija!

Y pronunció estas palabras con un acento de ternura íntima, imposible de reproducir, y que solo se oye en las chozas de los indios.

Amelia lloraba, Guillermo se hallaba profundamente conmovido, y el coronel, pálido y sombrío, estaba absorto en una profunda meditacion.

—¡Mi hija! continuó la india, mi hija! No me cansaba de repetir este nombre; y olvidé el tuyo, Esteban. No te enojes contra mí: asi son todas las madres.

Entonces lejos de ocultarme, fuí á pedir trabajo y pan á las haciéndas inmediatas.

Los pastores de Huairos tuvieron lástima de mí, me acojieron entre ellos, y me dieron una cabaña.

Y yo guardaba el ganado, llevando á mi hija acurrucada á mi espalda, como un pajarillo en su nido. Contemplábala desde la mañana á la noche y cada dia era mas feliz.

Pero á medida que mi hija crecia, mi gozo se cambiaba en inquietud. Volvíme huraña y recelosa, y temblaba de miedo cuando algun forastero acariciaba á mi

hija, porque ¡ay! Esteban, las pobres indias nada pueden poseer en paz, ni aun á sus hijos.

Dicen que nuestros padres, poderosos en otro tiempo, reinaron en este suelo que nosotros pagamos tan caro; y que los blancos viniendo de una tierra lejana, les robaron su oro y su poder. No sé si es eso cierto, pero ahora que somos pobres, ahora que nada pueden ya quitarnos, nos roban nuestros hijos para hacerlos esclavos en sus ciudades.

Por eso yo guardaba á mi hijita con un miedo que se aumentaba cada dia, porque cada dia se volvia mas linda. Nunca la dejé en casa; y aunque la pobrecita se fatigaba, llevéla siempre conmigo al campo, guiando el ganado por los parajes mas lejanos de las sendas que frecuentan los soldados y los viajeros.

Así, ocultándola de todos, del sub-prefecto, del hacendado, del cura, llegó mi hija á los cinco años.

Un dia. . . . y la india, llevando las dos manos á los ojos, se inclinó hasta el suelo, dando un gemido.

Amelia sentada sobre las rodillas, escuchaba inmóvil, muda, anhelante. De vez en cuando posaba la mano sobre su frente como para avivar un recuerdo. La india prosiguió:

—Un dia faltó el pasto en las alturas, y fué preciso bajar al valle.

Muerta de miedo, y llevando á mi hija en los brazos, caminaba con el ganado, escondiéndome entre los peñascos y en las hondonadas de los cerros.

Pasaron las horas, y el camino estaba desierto. El sol iba á ponerse; y yo subia ya con el ganado á la hacienda. De repente mi hija vió una mata de *arirumas* al lado del camino; y soltando mi mano, bajó corriendo sin hacer caso de mis gritos.

Amelia se habia levantado. Con las manos juntas, el cuerpo inclinado, y los ojos fijos en el rostro de la india, escuchaba su voz como si fuera un éco lejano.

A ese tiempo, continuó la india, sonaron cornetas en el valle y un regimiento comenzó á desfilar por la orilla del rio.

Cuando saltando peñas, corria yo tras mi hija, vi un soldado, que llegando á carrera, la arrebataba sobre su caballo.

Yo le quité mi hija; pero en ese momento, un hombre se arrojó sobre mi, y arrastrándome por los cabellos, me despeñó en un barranco.

Al caer ví á ese hombre. Era el oficial que seis años antes me ultrajó en esos mismos sitios, y que ahora me robaba mi hija, mi pobre hijita que me llamaba. . . ó . . .

La india se interrumpió de súbito. Su mirada habia encontrado el rostro de Amelia. Fijó en ella los ojos con espresion de angustiosa duda, y gritó de repente—

—¡Cecilia!!

Mamay—murmuró Amelia, cayendo desmayada en los brazos de la india.

Guillermo se precipitó hácia ella, y la tomó en sus

brazos. Pero Amelia, volviendo en sí, lo rechazó con terror.

—¡Desventurado!—esclamó—huye lejos de mí. ¿No comprendes? ¡Soy tu hermana!

El coronel estrechando sus sienes entre las crispadas manos, huyó de allí, dando roncos gritos.

Al siguiente dia, los cabreros de la montaña encontraron su cadáver, devorado por los buitres, en el fondo de un despeñadero.

VII.

CONCLUSION.

Poco tiempo despues, un dia en el convento de Ocopa tenian lugar á la misma hora dos solemnes ceremonias.

En el templo tomaba el hábito un religioso.

En el cementerio abrian una tumba.

El prelado, al fin de la ceremonia, dijo al novicio, dándole su bendicion —

—La paz del señor descienda á vuestra alma, hermano Guillermo.

Sobre la tumba colocaron una lápida con este nombre—*Cecilia*.

El novicio, los ojos bajos, los pies descalzos y apoya-

do en el báculo del peregrino, besó la mano al prelado y partió á lejanas misiones.

El sepulcro quedó solitario. Las golondrinas se posaban tranquilas sobre su cornisa de mármol, y tendian al sol sus trémulas alas. Pero cuando la noche descendía al valle, y las estrellas comenzaban á brillar en el cielo, los religiosos del convento veían una sombra que deslizándose bajo los álamos á lo largo de la alameda, entraba en el cementerio y velaba prosternada é inmóvil la tumba de Cecilia.

UNA HORA DE COQUETERIA.

A LA SEÑORITA LEONOR P....

I.

—Y....?

—Ya.....!

Así se abordaron, al encontrarse una noche en el portal de escribanos, dos lindas y elegantes jóvenes.

La una resplandecía con todas las galas de la hermosura y de la felicidad; la otra, mas jóven aun, tenia en su bello rostro una espresion de tristeza y de resignacion que la hacia en estremo interesante.

Embozado sobre el paletot en un chal escoces, seguíalas de cerca y furtivamente un apuesto caballero.

—¿Comenzaste ya—continuó lo primera—á cumplir el terrible voto?

—Sí: hace dos dias sirvo en Santa Ana, y mañana tomo el hábito de hermana de la caridad.

—Pero ¿has pensado, desdichada Amalia, en el

horror de encerrar tu linda cara en ese espantoso sombrerote?

—Qué me importa mi cara! No hay ya quien la mire.

—¿No te arredra lo *chupado* de esa túnica?

—¡Bah!

—Y sobre todo, hija, cinco años de esa vida de perros acabarian con tu belleza y desvanecerán el amor de...

—Oh! Elena, en nombre del cielo, no desvanezcas tú mi ilusion! Tengo fé: déjame creer que lo severo de este voto hallará gracia ánte Dios y me devolverá el amor de Luis. Ademas, conozco que soy culpable: lo ofendí cruelmente en ese baile fatal que motivó su partida; cuando proponiéndome parodiar por una hora el manejo de una coqueta, rehusé su brazo para aceptar el de Belmonte su enemigo. Soy culpable, y me impongo con placer esta rigorosa penitencia.

—Rigorosa, horrible en efecto, y que ántes de mucho dará fin á tu delicada existencia.

—Y sin embargo, lo ves, desde que hice ese voto, hace nueve dias, me siento mas tranquila; mi dolor se ha adormecido, y vivo bajo una estraña influencia. Paréceme que todo lo que ha pasado es un sueño; que Luis no ha partido; que está cerca de mí y que me ama. ¿Qué te dire? Ahora mismo, que venia al *Tigre* para comprar agua de Colonia y una crucesita de la joyeria de Meyers, para llevar al convento, caminando así, sola entre la multitud, deslumbrada por la doble luz del gas y de

las preciosidades que se ostentan por todas partes, he visto cruzar por mi mente un delicioso desvarío. Figuréme que al tomar en el Tigre mi frasco de agua de Colonia, lo ví trasformarse entre mis manos en un lindo perfumero lleno de los mas ricos extractos ingleses.

—Magnífico!

—Espera. Mi humilde crucesita sufrió tambien un portentoso cambio: volvióse el espléndido aderezo de una desposada.

—Estupendo! qué mundana está la monja!

—Y al entrar á casa, en fin, llevando á mi madre estos bellos presentes.....

—¿Hallaste á Luis?

—Has adivinado. Pero ay! en ese momento te encontré á tí.

—Y muy á tiempo para decirte: Reverenda madre de la caridad, desechad hasta de aquí á cinco años esos ensueños; y para refrescar la imaginacion, venid á recorrer conmigo el salon óptico. Dicen que hay vista de Paris. Así, tendrás el placer de llegar allí ántes que tu fugitivo.

Y en efecto, ámbas se hicieron paso entre la multitud agrupada ánte la puerta del salon.

II.

¡Cómo! ¿tú aquí? esclamó de pronto un hombre que salia del salon óptico, deteniéndose ánte aquel que seguia á las jóvenes.

—Ya lo ves, querido Santiago.

—Pues ¿no partiste para Europa en el último vapor?

—Partí fastidiado; temí que el invierno europeo convirtiese el fastido en tédio, y el tédio en un pistoletazo; volví de Panamá para absorver un rayo de nuestro sol que me sirviera de talisman, y héme aquí de regreso esta tarde. Pero.... déjame ahora, te ruego: mañana te referiré esto y muchas cosas mas. Adios!

Y el jóven separándose de su amigo, se alejó presuroso, perdiéndose luego entre las arcadas del portal.

III.

La futura hermana de la caridad y su alegre compañera ojeaban entretanto las vistas parisienses espuestas aquella noche á la curiosidad de los paseantes. Eran magníficas, y mostraban los mas sustuosos monumentos de la gran metrópoli.

—Amalia, acércate aquí y mira.

—El *Arco de triunfo* y los campos Eliseos. Qué sitio tan bello! Mira esas hermosas mujeres: se diria que pasan á nuestro lado.

—Hum! Muy luego Luis, pasando al suyo no pensará mas en tí, ni se le dará un bledo de tu *cándido* voto.

—Todavia, Elena! Hallas placer en destrozar mi corazon? Vámonos, que tengo prisa de separarme de tí.

—Vaya! olvida su reverencia que debemos efectuar en el Tigre y en la joyería esas fantásticas transformacio-

nes? Vamos, que yo tambien tengo prisa de ver ese milagro.

Mas muy luego la risa de la burlona se cambió en admiracion, cuando en el Tigre presentaron á Amelia en vez del frasco de Colonia que pedia, un lindo perfumero chino cargado de esencias esquisitas. Pero cual fué su asombro cuando en la joyería á la demanda de la modesta crucesita, el joyero, sonriendo tudescamente, puso en las manos de la novicia una caja de marroquí en cuyo fondo de terciopelo negro brillaba un deslumbrante aderezo. Formado de perlas y diamantes, coronábalo la diadema de una desposada. Del broche de la cerradura pendia una tarjeta con el nombre de Luis.

—Dios mio! Dios mio! es este un sueño! Elena, no te alejes, tengo miedo!

—Hola! Ahora mismo no querias separarte de mi? Ea! estamos en tu casa. La mampara está cerrada. No seria estraño que quien la abriese fuese. . . .

—Ay! partió por el último vapor, no hay esperanza!!!..... Ah!!!.....

La puerta se abrió, y Amelia dió un grito, cayendo desmayada en los brazos de Luis.

IV.

Mi voto!—esclamó ella al volver á la vida.—Sé mi esposa, amada mia—dijo Luis con voz grave, posando un beso en la frente de su novia, y despues que el sacerdote nos haya unido, cumple á Dios el voto que le hiciste, miéntras yo, cumpliendo tambien con lo que debo á mi orgullo, desempeño en Europa la mision que acepté por alejarme de tí.

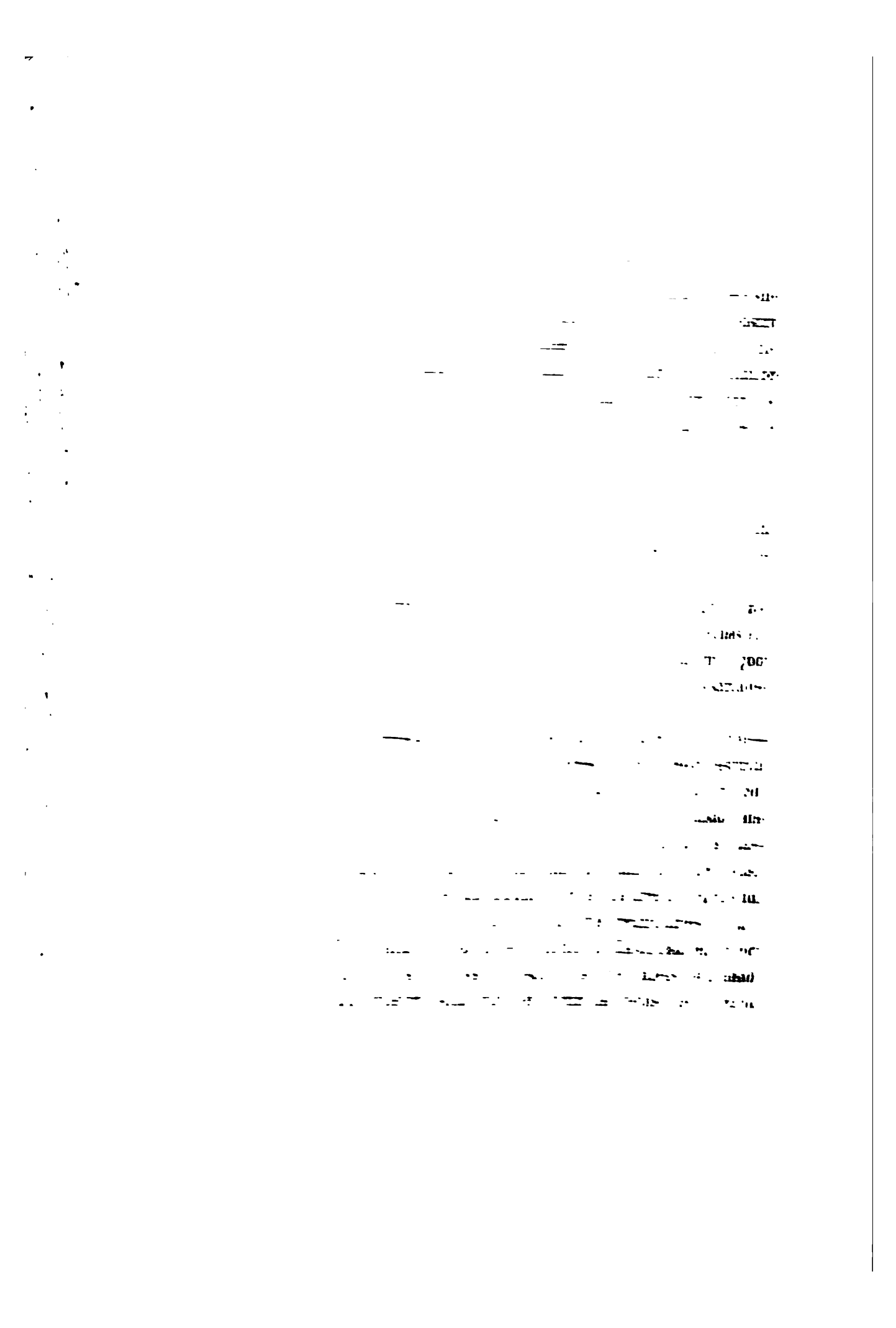
Bella Leonor, ¿has visto alguna vez bajo los anchos aleros de ese armatoste que usan las santas hijas de Vicente una frente blanca y pura, dos rasgados ojos negros, una boca formada con perlas y corales, una jóven, en fin, casi tan linda como tú? Es Amalia que expía con cinco años de tinieblas, *una hora de coqueteria*.

EL RAMILLETE DE LA VELADA.

I.

LA CONFIDENCIA.

Era la víspera de San Juan. El dia habia acabado. Las nubes de occidente reflejaban los últimos rayos del sol, y las estrellas comenzaban á brillar en el azul violado del cielo. Los rebaños descendian en largas hileras los estrechos senderos de las montañas, mezclando el ruido de sus cascabeles al alegre tañido de las campanas de la vecina aldea, y á la voz de los oboes que desde el fondo del valle convidaban al baile de la velada. Los jóvenes, trayendo al hombro la azada ó el fusil, acudian presurosos al festivo reclamo, mientras otros vagaban en las ásperas laderas recojiendo con ademan misterioso entre las grietas de los peñascos las hermosas flores alpestres, para arrojar-



humano, podreis decirme el nombre de la espantosa dolencia que ha asaltado el mio.

La niña y el anciano se sentaron al borde del hondo sendero, y á la luz moribunda del crepúsculo la mirada del viejo sacerdote interrogó la mirada tímida de la jóven.

—Habla, hija mia—la dijo—¿qué temes? Tu corazon estaba siempre abierto para mí, como el sacro libro del altar. ¿No tienes ya la misma confianza en tu anciano amigo?

—¡Oh! no es por mí, no, señor cura . . . . .No ha mucho al veros bendije á Dios, que os enviaba á mi encuentro para escuchar la voz doliente de mi corazon; pero ahora, llegado el momento de hablar, temiendo ser injusta, vacilo y no me atrevo á deciros la causa de mi pena.

—¿Y qué pena puede aquejar tu corazon, hija mia? ¿No te ha dado Dios todos los dones que pueden hacer feliz á una criatura sobre la tierra? la virtud, la belleza, un padre á quien amar, un novio que te ama?

—¡Que me ama! ¡Ay, señor cura, no me ama ya! no me ama!

—¡Ah!

—Y sin embargo, meditando en ello, no encontraria razon para dudar de Guillermo. Pero ¡ay! el corazon no medita ni razona: siente; y aquí—continuó la muchacha llevando su mano al pecho—aquí hay una conviccion profunda de que ya no me ama. Oh! quiera

el cielo, señor cura, que cuando hayais oido lo que voy á deciros podais convencerme de lo contrario!

La jóven suspiró amargamente, continuando luego.

—Ayer, cuando acabadas las labores del dia y encerrando el ganado en los establos, entré en la casa, encontré á mi padre sentado bajo el grande nogal que sombrea nuestra puerta. Besóme con mas ternura que otras veces, y me hizo sentar á sus piés. Luego, paseando su mirada por las montañas, los valles y el lago, cuán melancólica es, dijo, para aquel que se acerca al fin de la vida, la contemplacion de la naturaleza en su estacion de verdor y de fragancia! Todo se renueva y rejuvenece, menos él. Las flores se mecen sobre sus enhiestos tallos al tibio soplo de la brisa; los árboles alzan sus copas cubiertas de nuevas flores; él solo se marchita cada dia mas, y mas cada dia se inclina hácia la tumba. Dentro de poco, mi pobre Grizel, dentro de poco el viejo tronco que te dá sombra se hundirá bajo la tierra que lo llama, y aunque entonces te hallarás protegida por un brazo fuerte que reemplazará con ventaja al cansado anciano, temo mucho ¡ay! que no seas feliz; temo mucho que el orgullo acabe por pervertir el corazon de Guillermo, como ha comenzado haciéndole abandonar las pacíficas tareas de la granja de sus padres, para entregarse á la peligrosa profesion de cazador de gamuzas, y poder así vivir apartado de nuestros compesinos cuyo trato le es enojoso. Ese jóven no nació para morar entre rebaños; nuestros valles son estrechos para él, su mirada parece buscar algo mas

allá de nuestras montañas, y su aventurera imajinacion lo arrebata tras no sé qué fantásticos horizontes. Si un dia, una ráfaga de ese mundo brillante que sueña su pensamiento penetrára en su corazon. . . .ay Grizel! habria sido mejor para tí preferir á Fritz el pescador. . . . Pero yo te estoy contristando, hija mia, añadió mi padre, mirándome con ternura. ¿Tú amas á Guillermo y crees ser dichosa con él? Pues lo serás, y Dios os bendiga á los dos. Vé ahora á descansar, que mañana es la velada de San Juan, y bailarás mucho bajo las encinas del valle,

—Y yo me fuí á acostar. Pero no pude dormir en toda la noche. Las palabras de mi padre zumbaban en torno mio; y cuando queria arrojarlas del pensamiento, su recuerdo me asaltaba de nuevo, resonando en mi corazon como una campana de alarma. Deseaba con ánsia ver á Guillermo para encontrar en su noble y bello semblante un mentís al siniestro juicio de mi padre; y apenas amaneció, no teniendo paciencia para esperar su vuelta, quise ir á su encuentro. Al pié del Risco-negro encontré al viejo Hans el esquilador, que afilaba sus tijeras en las pizarras del manantial.

—¿Donde vas, chica?—me dijo—¿buscas á Guillermo ó llevas el camino del castillo? Si lo primero, espéralo aqui, pues ese muchacho no puede ya tardar. Acabo de oirlo silbar á un cuarto de milla. Si lo segundo, dá media vuelta, hija mia, y regresa á tu casa, porque hay moros en la costa. La señora Brijida y el viejo Brand no son ya intendentes del castillo, que desde ante ayer está ocupa-

do por una inmensa servidumbre estranjera. Su nuevo dueño, el baron de Lamsterbach, un prusiano jóven y aturdido que acaba de heredarlo, ha llegado con sus amigos, y todo es allí música y fiestas de las que es el alma una hermosa dama que ha venido con ellos, una princesa a juzgar por los rendidos homenajes de aquellos señores. Aunque yo, que la ví ayer en el parque, crei divisar, Dios me perdone, al través del orgullo de su mirada, los ojos de una bribona. Por lo demás, quizá me engañe. Todas esas ilustres señoras que vienen á visitar nuestros montañas son tan livianas y desenvueltas! Por lo menos libre de sus maneras, nuestra municipalidad habria espuesto a una jóven en la puerta del templo....

Ah! está Guillermo. Oigo sonar en las rocas la culata de su fusil

II.

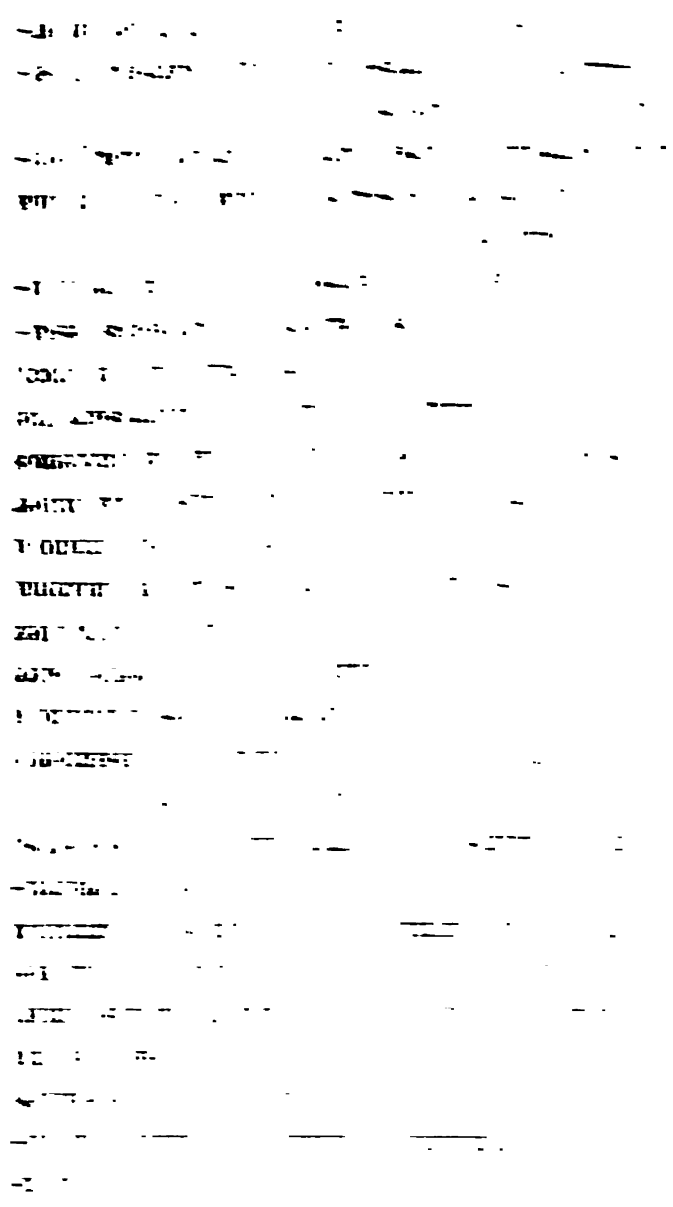
UNA MIRADA.

De allí á poco en efecto divisamos á Guillermo que bajaba presuroso de la montaña.

—Al verme disparó al aire su fusil en muestra de alegria.

—Grizel! me dijo, yo sabia que eres hechicera, pero ignoraba que fueras adivina. Hé aquí que vienes á mi encuentro cuando yo corria hácia tí, salvando como una gamuza los anchos barrancos ¿sabes por qué?—para llegar antes que tus primos á pedirte la primera contradanza de la velada.

Hablando asi su semblante espresaba una serenidad, contento y solicitud tan ajenos del ambicioso soñador de



royuelo y al pié de ese sombrío peñasco, una tan linda pareja! ¿Quién es esta preciosa niña? Hija vuestra sin duda, añadió la dama con pasmosa volubilidad dirijiéndose al viejo Hanz.

—Hija del ganadero de la comarca, respondió desabridamente el esquilador.

—Y vos, bello cazador, ¿cómo os llamais? Oh! yo quisiera que os llamarais Endimion!....—Guillermo! hermoso nombre! ¿Guillermo Tell?

—Ah! señora, repuso Guillermo con una voz que nunca habia resonado á mi oido, pluguiera á Dios renovar el pasado! Mas por desgracia aquel héroe lo hizo todo; su nombre es la gloria de la Suiza y solo quedan á los nuestros oscuridad y silencio.

—Y la gloria artística, bello Guillermo? Rossini, Bellini, Verdi, Meyerbeer, son inmortales: sus nombres vivirán eternamente en todas las melodías de la creacion. ¿No amais la gloria artística que llama á todos á su esplendoroso templo y que ha hecho un semi-dios de cada uno de aquellos hombres? Y luego, cambiando de tono y dando á sus ojos tan bellos una espresion de burla que me llenó de asombro—Oh! la armonía! la armonía! continuó— Su influencia, Guillermo, es todo-poderosa. Yo he visto un oso de las heladas latitudes del norte abandonar por ella sus sombrías florestas y.... Conde Nodorlof! dijo de pronto interrumpiéndose y volviéndose rápidamente.

En aquel movimiento escapóse de su mano el rami-

tiempo duró esa tempestad que devastó mi alma y quebrantó mi cuerpo como una larga enfermedad? Lo ignoro, señor cura. Hace una hora, mirando de repente en torno mio, encontréme sola, lejos del Risco-negro y bajo los muros del castillo. ¿Que habia pasado en mí? ¿como habia venido á aquel sitio? Y al penetrar en la oscuridad de mis recuerdos la mirada fosfórica de esa mujer vino de pronto á iluminarlos. Recordé la escena de la mañana y sentí con espanto que una influencia misteriosa emanada de aquella mujer me habia arrastrado allí, y me impelia hácia ella, y yo buscaba esa mirada fatal y creía verla brillar, ya en las almenas del muro, ya entre las arcadas de la galeria ó en las sombrías avenidas del parque, y mi oido inquieto reconocia su risa argentina entre las festivas carcajadas y el alegre choque de vasos que resonaban en el pabellon suntuosamente iluminado; y figurábame que á aquella risa respondian vagos suspiros que se elevaban de las oscuras enramadas, y entonces un sentimiento estraño me hacia estremecer y apartaba la vista horrorizada, porque temia percibir bajo el móvil follaje la sombra de Guillermo.

De repente la gozosa algazara calló como por encanto; y en el silencio de la tarde alzóse una voz divina, cantando una májica melodía. ¡Oh! señor cura, nada habló jamás á mi alma como a quella música que lanzada al espacio entre las sombras y el silencio, reflejaba una á una las angustias sin nombre que yo sentia sin poder esplicármelas. Pareciome un gemido inmenso exhalado

de mi propio corazon, y huia espantada cuando os he encontrado en mi camino.

Pastor de las almas, ¿porqué la mia está triste y desolada?

El anciano que la habia escuchado en silencio, sonrió melancólicamente.

—Hija mia, la dijo, nuestras penas como nuestras alegrias, vienen de Dios. Bendigámoslas, porque lo que emana de la fuente de eterna sabiduria es para nuestro bien. El sagrado libro nos enseña que cuando venga á visitarnos el dolor, vistamos nuestras mejores ropas y unjamos con aromas nuestros cabellos. Adórnate, pues con tus vestidos de fiesta, corona de flores tu frente y baja al baile de la velada, danza y rie con tus compañeras y tu tristeza se desvanecerá.

Y posando sus trémulas manos sobre la cabeza de la jóven, bendíjola y la despidió.

Pero cuando el viejo sacerdote quedó solo, alzó los ojos al cielo y siguió su camino murmurando con dolorosa espresion.

—¡Dios mio! ¿porque encerrais en esa hueca esponja que se llama el alma de una coqueta, el poder divino de atraer los corazones? ¿porque dais á esta mortífera exhalacion del cieno el brillante fulgor que estravía los pasos del viajero y lo lleva al fondo de un abismo? ¡Pobre Grizel!

III.

LA HIJA DEL ARTE.

Arcelia era la mas brillante estrella de la inmensa constelacion artística. Su belleza deslumbraba á cuantos la miraban. Su voz, melodía divina, tenia hechizada á la Europa que la disputaba como la mas espléndida conquista. Los teatros de las populosas metrópolis arrojaban á sus pies montes de oro por una sola de sus noches; los mas aristocráticos salones la contaban con orgullo entre sus nobles convidados; y en la numerosa falanje de sus adoradores hallábanse altos potentados que le ofrecian con su amor su nombre y su poder.

Y sin embargo, ignorábase quien era y de donde habia venido. Pero ¿que importaba esto á su gloria? ¿que blasones pueden añadir un destello mas al fulgor de la

aureola soberana que ciñe las sienes del génio?

Una noche apareció en la Escala de Milan bajo la druídica corona de Norma, y Milan se prosternó ante ella. Otra noche Paris la vió tras el velo de Desdemona; y Paris, el árbitro absoluto de la opinion universal, enloqueció por ella, labróla estátuas y la elevó altares. Desde entonces Arcelia reinó sin rival en el mundo artístico, y su vida fué un dorado ensueño, un sendero cubierto de coronas y sembrado de aplausos, desde las floridas riberas del Mediterráneo hasta las orillas heladas del Neva.

Pero aquella mujer cuya voz era un eco del cielo; aquella mujer que sabia interpretar tambien las mas nobles pasiones del corazon—el amor, el dolor, el entusiasmo y la santa indignacion de la virtud—tenia una alma árida, egoista y frívola, un corazon insensible á todo otro sentimiento que el orgullo y la vanidad. Era uno de esos jénios maléficos, que robando á los ángeles sus blancas álas y su celeste sonrisa, cruzan la tierra cual brillantes pero letales meteoros, derramando en pos de sí el dolor y la muerte. Humillar á sus rivales y enloquecer á sus adoradores; hacer de la una el pedestal de su gloria, y de cada uno de los otros un mísero esclavo, he ahí su solo placer, el único objeto de su vida.

Tal era la huéspeda del castillo.

Arcelia habia hecho las delicias de Moscow, durante los quince dias de la rápida primavera rusa. Hallábase allí el Emperador y la ciudad estaba animada con suntuosas fiestas, en las que la bella cantatriz desplegó todo el

poder de su brillante talento, cautivando á los fieros cosacos, como habia cautivado á los frios ingleses, á los entusiastas franceses y á los apasionados hijos de la Italia.

Una noche, que en una fiesta de la corte cantaba en el teatro imperial del Kremlim, entre la lluvia de flores que caian á sus pies, Arcelia vió brillar un ramillete formado con diamantes de pasmoso grosor.

Al tomarlo en sus manos, percibió en su centro un billete.—¡ Magnífico !—habia esclamado ella al leerlo—soberbio!—El autócrata mismo no impondria de un modo tan despótico su voluntad soberana. ¡ Ah ! de mi noble consejo, prosiguió con gracioso énfasis, volviéndose á la multitud de jóvenes señores que la rodeaban—¿ que castigo mereceria el insolente que de lo alto de un palco osara arrojarme su amor, como una pedrada á la cabeza ! ¿Os admirais? ¿ guardais el silencio de la duda ? Pues escuchad.

Y desplegando el billete enviado con el ramo de brillantes—«Os amo»—leyó—« os amo y os seguiré hasta la muerte»—¡ Ah ! ah ! ¡ ah !—

—Mereceria . . . .—esclamaron todos á la vez.

—Silencio ! interrumpió ella—Falta aun un nombre—El conde Nodorlof—¡ qué ! noble consejo, ¿ no reis ya ? quien es pues, entonces, este conde Nodorlof ?

—El conde Nodorlof, dijo mezclándose al grupo un nuevo personaje, el baron de Lamsterbach—el conde Nodorlof es el tártaro mas feroz que bañaron las aguas del Volga; un rabioso que mata con igual facilidad de un tajo

ó de una puñalada. Por lo demás el mejor mozo, el mas rico, espléndido y galan de los ayudantes de campo del emperador, y el ídolo de las mujeres, aunque ídolo uraño y déspota asaz. ¿Quereis verlo?

—¡Oh! sí!

Y Arcelia arrastró á Lamsterbach hasta el *ojo de buey*, donde el baron la mostró en un palco de escena, un jóven alto y arrogante, hermoso en toda la estension de esta palabra; pero con esa hermosura de los hombres del norte tan poco poética para la imaginacion de una mujer.

Arcelia se burló de él sin misericordia.

—Lamsterbach—esclamó entre dos carcajadas, ¿que haré yo de ese grande adorador?

—¿No quiere seguiros hasta la muerte? Y bien! pasead por Europa esta maravilla boreal como haria con un oso un titiritero.

—Aunque será un bagaje insoportable, me gusta la idea.... Si..... Y luego.... ¡el ídolo de las mujeres! Es tentador el pensamiento de robar á las rusas su ídolo, su gigantesco ídolo.

—Otra idea y en gracia de su originalidad, hermosa Arcelia, acceded á mi demanda.

—Escuchemos esa demanda.

—Rechazad el propósito del tártaro, prohibidle el seguiros.

—Pero asi desbaratariamos nuestros proyectos.

—Al contrario. Pero escuchad, no he llegado aun á mi demanda. Estamos al fin de la primavera. Conce-

dedme el programa de vuestro estío.

—¡ Oh ! ¿como resistir al deseo de ver ese programa confeccionado en la destornillada cabeza del loco Lamsterbach ? Concedido, concedido! Solo que, estando fatigada, quiero pasar el verano en una soledad.... en los Alpes, por ejemplo. Arreglaos, pues, con vuestro programa.

Y salió á la escena donde la llamaba la música; y al inclinarse ante la tempestad de aplausos que le acojia de nuevo, la infernal coqueta envió á Nodorlof una larga y ardiente mirada, estrechando contra su corazon su ramo de brillantes.

Al siguiente dia la chismografia de los salones, murmuraba interminables comentarios sobre la partida repentina de Arcelia, sobre la desaparicion del conde Nodorlof y sobre el dolor profundo que revelaba el bello semblante de cierta princesa imperial.

Entre tanto la cantarina, rodeada de pieles y recostada en el confortable asiento de un wagon, volvíase con frecuencia para encontrar la mirada ardiente y fija de un viajero que la seguía con tenacidad.

Al entrar en Francia, Arcelia lo perdió de vista; y cuando comenzaba á culpar al baron de Lamsterbach por la pérdida de su escéntrico adorador, viólo, con grande asombro suyo al llegar á Grenoble, de pié, y al parecer esperándola en un balcon de la posada en que pasó la noche. Al siguiente dia de su arribo al castillo del baron de Lamsterbach, cuando abrió su ventana para respirar el

IV.

EL SUEÑO DE ARCELIA.

Vióse tal como se hallaba, acostada bajo las cortinas de su lecho, en el suntuoso aposento que habitaba en el castillo. La calma y el silencio reinaban en torno suyo; y sin embargo una estraña inquietud agitaba su imajinacion, y su oido recogia ávidamente los vagos ruidos de la noche. De repente, percibió un rumor lejano, ténue primero, como las ráfagas perdidas del céfiro de la mañana; despues, progresivamente tumultuoso, inmenso, atronador, que estremeció su cuerpo é hizo saltar su corazon. Al mismo tiempo, cual al través de un telescopio encantado, las resplandecientes bóvedas del teatro italiano deslumbraron sus ojos con torrentes de luz. El génio de Bellini, cerniéndose en aquella zona ardiente y perfumada,

parecia llamar con encantadas notas á su intérprete favorita; y Paris entero, el Paris aristocrático y artístico, la llamaba tambien con gritos de frenético entusiasmo: Arcelia! Arcelia! Y el tumulto acrecía, y á los gritos de entusiasmo sucedian gritos de cólera; y Grissi y Alboni sonreian con aire de triunfo, mientras ella, sujeta por invisibles lazos, se retorcia presa de una inmensa angustia.

Pero, hé aquí que de en medio al horrible tumulto, se eleva una figura vaporosa y leve, como las nubecillas de la aurora. Arcelia la vé volar hácia ella. Llega, y al acercársela sonriendo, la muestra el lindo rostro de Elsler. Crisel, la aérea sílfide, dando tres vueltas en torno del lecho, rompe el encanto que la detiene; la levanta en sus brazos, desprende sus resplandecientes alas, y adorna con ellas su blanca espalda, trasmitiéndola un beso su májico poder.

Arcelia se lanza al través del espacio. Paris! Paris! Oh! llegará á tiempo.... la orquesta repite el tercer *ritornelo*.

Y hendiendo los aires, traspone la montaña, atraviesa el valle, vá á cruzar el lago: pero al pasar sobre la inaccesible cima del Risco-negro, las purpúreas flores del rodendron atraen su mirada. Mas al bajarse para cojerlas en su vuelo, vió estenderse de los dos lados opuestos del peñasco, dos manos ávidas, que al arrancar las flores se encontraron, aferrándose la una á la otra con feroces crispaciones. Y dos figuras atléticas se alzaron de repen-

te sobre la cima, siniestras y amenazantes. Contempláronse un momento cambiando una letal mirada; brillaron en la sombra dos puñales, y en un silencio mas espantoso que las mas espantosas imprecaciones, comenzó un combate horrible, que duró poco, terminando con un grito ahogado y un ruido sordo, semejante al de la piedra que cae en un abismo. Arcelia quiso descender á la sombría sima; pero sus ojos divisaron un grupo informe y sangriento. Temió manchar sus diáfanas álas y voló de nuevo hácia el mágico Paris. . . . . .

. . . . . .

V.

EL SUEÑO DE GRIZEL.

En la misma hora, á una milla de distancia, en la pobre cabaña del ganadero, Grizel, despues de una larga vigilia entre las lágrimas, la duda y la esperanza, oyó en fin á lo lejos en el reloj del castillo, las doce campanadas de media noche.

Al ver llegar el momento decisivo, Grizel tuvo miedo: habria deseado volver á las horas de duda y ansiedad que lo habian precedido. Un sudor frio heló su cuerpo; alzose trémula, y acercándose á la ventana escuchó con sobresalto. El silencio era profundo; y sin embargo, creyó oir los pasos de alguien que se alejaba.

—Guillermo! esclamó, Guillermo me ha traido el ramillete de la velada!

Y corriendo á la ventana, abrióla con gozoso ademan.

Pobre Grizel! habia creido oir pasos de su amante, y eran los latidos de su propio corazon, que se precipitaban como el *alud* de sus montañas. Su ávida mirada encontró el dintel de la ventana vacío, la campiña lóbrega y desierta y á lo lejos el Risco-negro, dibujándose sombrío en el azul oscuro del cielo.

Grizel se estremeció: un siniestro presentimiento comprimió su corazon. Cerró la ventana, y recostándose vestida sobre su lecho despues de haber llorado largo tiempo su perdida ventura, quedóse al fin dormida; pero su sueño fué una horrible pesadilla. Soñó que se hallaba al pié del Risco-negro. Cubria su inaccesible sima una densa niebla en cuyo seno resonaba un ruido semejante al choque de dos puñales. De repente, aquella masa nublosa se convirtió en un cuerpo informe que rodó de peñasco en peñasco, y al estrellarse en el fondo de un precipicio, Grizel oyó un grito horrible, un grito de muerte que heló la sangre en sus venas y la despertó. Habia amanecido, y entre el gorjeo de las aves y el alegre mujido de los rebaños, Grizel sintió esta vez clara y distintamente, el paso tardo y acompasado de muchas personas que se acercaban. Corrió á la puerta; pero al abrirla, un grito ahogado se escapó de su pecho, y su cuerpo inerte rodó á lo largo de la escalera hasta los pies de algunos hombres que traian sobre un camilla de ramas dos cadáveres mutilados. Entre sus manos rígidas, cubiertas de sangre y siniestramente entrelazadas, veíanse algunos pétales destrozados de rododendron. . . . . .

[illegible]

[illegible]

[illegible] fantástico delirio de la lo-
[illegible] del valle para no volver
[illegible] las tumbas del noble y del
[illegible] ligera había borrado su
[illegible] que mas bella y co-
[illegible] condesa de Nebigliano y
[illegible] en [illegible] palacio de su
[illegible]

[illegible] como lo son largo tiempo las mu-
[illegible] veía a sus pies los hombres mas
[illegible] de su belleza, dispután-
[illegible] sonrisa, y rivalizando en satisfacer

hasta el mas estravagante de sus caprichos. Unas veces se la veia correr á caballo en las floridas praderas de *Campagna felice* arrastrando consigo un escuadron de elegantes jinetes, que solicitaban á porfia el honor de ser sus escuderos; otras, negligentemente recostada en los sedosos cojines de una barca, divertíase en recorrer el golfo de la Bahia, sonriendo graciosamente á sus nobles remeros.

Al abandonar su carrera artística, no habia renunciado á la embriaguez de sus triunfos. Al contrario, frecuentemente un capricho de gloria la llevaba al espléndido escenario de *San Carlo*; y en esas deseadas apariciones, anunciadas por todos los telégrafos, la Europa entera representada por sus hombres mas eminentes, corria á prosternarse á sus pies, con entusiasta adoracion.

VII.

ALUCINACION.

Era una noche de estío, una de esas mágicas noches de Nápoles en que el fuego de la vida y del amor reverbera y centellea por todas partes, en las fulgorosas estrellas de su cielo, en la lava de su volcan, en las fosfóricas ondas de su golfo y en los ojos de sus hijas; una de esas noches de estraño prestijio, en que el alma se desprende de la tierra para vagar en pos de sus recuerdos, ora volando sobre las fantásticas siluetas de las nubes, ora meciéndose en las olas impalpables del éter....

En las floridas riberas donde blanquea entre bosques de naranjos el poético Sorrento, sobre una roca suspendida entre el cielo y el mar, la *villa* de Nebigliano resplandece con una brillante iluminacion. Numerosos convi-

dados circulan turbulentamente en sus espléndidas galerías y en sus salones resuena una música deliciosa. Todo lo que la bella Nápoles encierra de distinguido en nobleza y talento, se halla reunido allí en una de esas fantásticas fiestas, en que los héroes de todos los siglos y de todas las naciones, se rozan, se mezclan y se cruzan cual febriles ensueños. Allí revolotean juntos en el torbellino de una alegre cuadrilla, el grave caftan, la noble clámide, el agreste *plaid*, la griega túnica de Aspasia y el místico velo de la vírgen indiana. Polichinela saluda con una pirueta á Mahoma, y Atahualpa murmura italianas galanterías al oido de Maria Stuart.

Arcelia, la soberana de aquel encantado palacio, viste los blancos cendales de Norma. El manto azul de la sacerdotiza druida se abre voluptuosamente sobre su mórbido seno; y la orla de oro de su alba túnica, regazándose hasta la rodilla descubre su torneada pierna y su piecesito calzado con sandalia. Ceñia sus sienes una corona de encina, y los rizos de su negra cabellera ondulaban profusamente sobre su cuello.

A su vista, un inmenso aplauso se elevó de todas partes. Nunca habia aparecido tan bella al ojo estasiado de sus admiradores, que la rodearon con gritos de frenético entusiasmo; y los músicos, arrebatados por su hermosura, ejecutaron un aire de triunfo, terminando con el dulcísimo *ritornelo de la Casta diva*.

Un silencio profundo reinó entonces en el salon y la reina de la fiesta tornándose de repente la humilde artista

saludaba al público, inclinose sonriendo ante su soberano [illegible] una voz maravillosa la inmortal aria de Bellini.

Una tempestad de bravos, acogió sus últimos acentos.

Pero Arcelia se habia quedado silenciosa, y su bello rostro palideció.

En medio de los estrepitosos aplausos parecióla oir un grito lúgubre, una voz siniestra que pronunció su nombre.

Alejóse de la multitud y avanzando hasta el estremo de una ancha galería abierta sobre el mar, arrojó su guirnalda y sacudiendo sus negros bucles, entregó su frente á la brisa de la noche.

El ruido del festin y las notas de la orquesta llegaban á ella, y su mirada distraida seguia maquinalmente los grupos de exóticos personajes que cruzaban á lo lejos.

Poco á poco, aquellas escenas tomaron en su imajinacion un tinte fantástico. Olvidó el sitio y las circunstancias en que se hallaba y hundiéndose por grados en un estraño desvario, Arcelia vió de repente alzarse ante ella esa misteriosa lontananza que divisan aquellos cuyo destino va á cumplirse; y los dias de su vida pasaron uno á uno á sus ojos, como las nubes que el viento de la tarde arrastra en el ocaso, tranquilos los unos, y dorados por el radiante sol de la infancia; otros de borrasca, de luchas y tormentos bajo la siniestra careta escénica, otros de espléndidos triunfos á la luz májica del gas, ese sol de las esféricas rejiones del septentrion.

Pero luego, las escenas de la primera edad volvian otra vez, fascinándola con sus plácidos cuadros de paz y de inocencia.

Hé allí, decia, la cabaña perdida entre las negras copas de las higueras. De su pajizo techo se alza una blanca columna de humo que se eleva en suaves espirales. El hogar arde con una alegre llama coloreando las paredes y los dulces rostros de los santos que las decoran. El sol se pone y su rayo postrero ilumina la cabeza encanecida de una mujer que sentada á la puerta de la cabaña, dá vueltas á su rueca, mientras sus miradas siguen con amor los gozosos saltos de una niña que juega bajo los olivos del verjel. Ella es el último de sus hijos, el único que le queda porque á los otros los devoró la guerra. Los ojos de la pobre vieja, cansados de llorar, se posan con delicia en los sedosos rizos negros de aquella hermosa cabeza.

Pero el ruiseñor comienza su himno nocturno y la niña cesa de reir: huye á un ángulo del verjel, y queda allí inmóvil y pensativa. La envidia se ha despertado en su corazon y tiene celos del ruiseñor. Su alma oculta un abismo de vanidad, y quiere competir con el divino cantor; y ella tambien, entona un himno á la noche.

Un carruaje que cruza el camino real se detiene de repente á espaldas del seto. Un hombre asoma la cabeza al través de los espinos.

—¿Cómo te llamas, linda niña?

—María.

—Y bien, preciosa Maria ¿quiéres ir á un hermoso pais donde serás reina y cantarás en un suntuoso teatro, aplaudida por un millon de adoradores?

—Oh! de buena gana.... pero ¿como?

—Saltando este seto y viniendo conmigo.

Y la niña salta el seto y se va con aquel hombre que se la lleva á toda la carrera de sus caballos, mientras ella divisa á lo lejos, como una pequeña estrella, la luz de la cabaña donde su madre la espera para adormirla en sus brazos al arrullo de una plegaria.

Y á ese recuerdo, aquel corazon frívolo, aquella alma innatamente depravada, aquella mujer que solo habia vivido para la vanidad y que en la piadosa edad de la infancia habia abandonado sin una lágrima las mas santas afecciones de la naturaleza—la cuna y el regazo materno—sintió un profundo enternecimiento y deseó con uno de esos anhelos insólitos y vehementes de los moribundos, volver á esa época oscura de su vida y que la otra con todos sus deslumbrantes esplendores fuera solo la mentida ilusion de un sueño.

VIII.

DOS MUJERES.

Y mientras Arcelia estaba allí inmóvil, muda, inclinada sobre el vacío y con la mirada perdida en las profundidades del espacio, un ruido estraño que parecia venir de entre las hondonadas de los peñascos, elevábase bajo sus piés cada vez mas cercano; ruido ténue, lento, pero contínuo: semejante al roce de un cuerpo que escalara trabajosamente las escarpadas rocas de la costa.

Pero ella no lo percibió absorta en su misteriosa alucinacion y de recuerdo en recuerdo, de cuadro en cuadro llegó en fin á la lúgubre catástrofe del Risco-negro. Presentósela de nuevo el horrible espectáculo que habia visto

en sueños, el encuentro de los dos hombres en la cima del peñasco. la espantosa lucha y aquella caida mas espantosa todavia. Y tendiendo los brazos á la tremenda vision esclamó con acento desesperado: Guillermo!

—Ah! ah! ah!... lo llama! ahulló una voz horrible y dolorosa. Y una figura pálida, desmelenada, y arrastrando tras si un largo sudario, alzóse de repente ante ella de lo hondo del precipicio.

Arcelia aterrada quiso huir, pero la estraña aparicion, enlazándola con sus descarnados brazos:

—Ah! ah! ah! repitió; lo llamas!... ¿No sabes, tú, que me robaste su amor, no sabes que duerme allá en el fondo del abismo? ¿No sabes que no puede ya oir tu voz porque su sueño es tan profundo como el lecho en que reposa? Pero héme aquí, desposada de Guillermo, tu que cantabas hace poco como en aquella noche fatal, héme aquí en busca tuya para llevarte á su lado. No temas. Yo he destrozado mi corazon para arrancar de él los celos y la rabia... Ven! Aquel que yace entre las tinieblas está frio y tus brazos lo reanimarán y la luz de tus ojos alumbrará su tenebrosa morada...

—Dios mio!.... socorro! gritó Arcelia presa de un inmenso terror, y debatiéndose entre aquel letal abrazo.

—Silencio!.... no lo turbes con tus gritos. ¿No ves que sube á esa cumbre inaccesible? Va á buscar para ti, impía coqueta, va á buscar para tí el ramillete de la velada. Hélo allí....¿Ves en sus manos esas flores color de

púrpura? Están teñidas con su sangre.... Te llama! ¿Por qué tardas? Vamos.

Y esta palabra se ahogó en un ruido sordo mezclado de jemidos que se renovó de roca en roca, y fué á perderse al fin entre el rumor fragoroso de las olas que se estrellaban en la playa de Sorrento.

UNA REDONDILLA

Es fama que el rey Felipe IV de España aborrecia mortalmente el juego; y que aquella aversion habia crecido hasta el punto de que sus reales nervios se crispaban al solo aspecto de un dado ó de una sota de bastos.

¿Cuál pudo ser el motivo del ódio en un rey tan dado á devanéos? Unos dicen fué cierta gruesa suma que perdió una noche su majestad la reina por sacudir el fastidio en el tétrico Escorial, otros lo achacan á que las damas dieron en descuidar el amor por ánsia del oro. No faltó quien dijera que . . . .

Mas sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que don Felipe dió ordenanzas contra el juego y vedó aun con mas severidad este devorante pasatiempo en el recinto de su alcázar.

Golpe mortal para damas y cortesanos, habituados en los dias de servicio á ganarse unos á otros la última blanca de sus escarcelas.

Ellos, aunque murmurando, hubieron de someterse

á la real voluntad, pero ellas ¡ya! No, y sinó, vedadles algo á ellas!

Desde que una mujer oye articular la palabra prohibicion, ella formula—quebranto! Si Dios no hubiera prohibido á Eva el comer la manzana, de seguro que el dichoso fruto habría pasado tranquilamente sobre el árbol al estado de orejon.

Si quereis que una mujer os ame, rogadla que os aborrezca, y, lo que es mas aun, si deseais efectuar la maravilla de que guarde un secreto, exigid que os lo revele. No afirmaré que sí se la lleva el rio debió buscar la playa arriba; pero si aseguro, á fé mia, que si despues de ahogada la quedase á una mujer un adarme de voluntad, lo emplearia en remontar el curso del agua, tan solo por contrariarle.

Así las nobles hembras de la corte de Felipe en nada menos pensaron que en cumplir su mandato. Al contrario, amaron de tal suerte la *timbirimba* desde que la vieron desterrada, que se volvió para ellas una especie de culto; y cada noche no hubo retrete en palacio que no se convirtiera en un encierro de juego.

Abandonadas en su desobediencia por los hombres, las damas encontraron, sin embargo, entre ellos un auxiliar poderoso, si no en dinero, al menos en trazas, astucias y elementos de rebelion. ¿Mas, qué mucho si era un poeta?

El poeta, ha dicho un hombre célebre, no se encuentra bien en parte alguna, ni en una sociedad democráti-

ca, ni en una aristocrática, ni en una constitucional. Y esto, añade, solo porque es un espíritu de contradiccion.

Amigo poeta tuve yo que se enojaba cuando queria retenerlo á mi lado, y si lo dejaba marchar, me ponia hocico un mes entero.

Por eso el baron * * * en sus memorias, trabajo inédito que verá un dia con aplauso la luz pública, esclama en mas de una pájina:

Poetas! . . . . poetas ! . . . . indómitos potros . . . . No hay brazo que los sujete . . . . Proscripcion con ellos . . . . proscripcion, si, señor . . . . mientras mas lejos mejor . . . . mejor !

Citada esta autoridad, por demás está decir que el prójimo aquel adolecia del antedicho resabio. Ademas, sus hechos hablan bien alto. Solo añadiremos por via de esclarecimiento, que era un hombre de mediana estatura, de espaldas abovedadas, cuya roma nariz sustentaba un par de gafas tras las cuales, á vueltas de una cómica seriedad, os hacia guiños la risa.

Era feo como veis; pero requeriánlo de amores algo mas de cuatro hermosas.

La reina tenia costumbre de llamarlo don Francisco: el rey siplemente—Quevedo.

Una noche, que en contravencion de las soberanas órdenes, muchas damas, y con ellas Quevedo, jugaban en el departamento que la duquesa de Alba, como camarera mayor tenia en palacio, de súbito el duque de Alba,

que conociendo los hábitos de don Felipe IV, acechaba á la puerta de un pasadizo, corrió hasta la mitad de la cámara, esclamando con angustioso acento:

—El rey! . . . . señoras, el rey!

A la primera sílaba de esta voz de alarma, las damas, empuñando su oro, huyeron por todas las salidas de la cámara, dejando cargados á Quevedo y al duque cón el cuerpo del delito, estendido en cuarenta y ocho piezas sobre un significativo tapete verde.

Felipe solo alcanzó á ver el estremo de sus largas colas; pero sintiendo en torno la atmósfera inequivocable de las sorpresas, paseó una mirada del duque al poeta, y preguntó con voz breve:

—¿Qué es eso?

El duque no halló en su lengua helada ni una sola palabra, mas en cambio, oyó á Quevedo responder con increible aplomo:

—Qué ha de ser, rey español?
Decir *Alba* á las estrellas:
Que se retiráran ellas
Para que viniera el sol.

Dificil es decir, que gustó mas al de Austria: si la redondilla ó la lisonja. Probablemente fué uno y otro; porque llamadas las fugitivas, Felipe se hizo su banquero y jugó con ellas hasta el amanecer.

Lima, 1862.

EL NARANJO Y EL CEDRO

LEYENDA BÍBLICA.

Era de la creacion el cuarto dia y la luz primaveral rosada y tibia se derramaba á torrentes sobre la naciente creacion. Y el etéreo azul del firmamento era tan puro, que dejaba ver las estrellas en torno del sol. Y los vastos mares bullian en su profunda cuenca; y la tierra se estendia en llanuras y se alzaba en montañas y se hundia en cóncavos valles.

Y el Eterno sonrió á su obra.

Y la tierra se estremeció de alegria, y los prados se cubrieron de flores; y las yerbas aromáticas brotaron en la falda de las montañas, y tupidos bosques en las cimas de ellas.

Y Dios tendió sobre su obra una mirada de complacencia.

Y las flores de los prados, y la yerba de los campos, y los árboles de las florestas, entonaron un himno de alabanza al Creador.

Y el naranjo del Eden dijo al cedro del Sanir:

¡ Bendito sea el Señor ! Elevó tu cima hasta el cie-

lo; y estendió tu ramas de oriente á occidente, dotó á tu savia de sentimiento y te dió una vida inmortal. Eres el rey de la creacion !

Y las flores de los prados, y la yerba de los campos, y los árboles de las florestas bendijeron al Señor.

Y el cedro dijo, inclinando sus ramas hácia el árbol del Eden:

Contémplate á tí mismo y admira la munificencia del Creador. Labró tu tronco de bronce, é hizo tus hojas de esmeralda; dió á tus argentinas flores el perfume que él ama, y con el oro mas puro amasó tu delicioso fruto. Eres el aroma de la creacion.

Y las flores de los prados, y la yerba de los campos y los árboles de las florestas elevaron al Eterno un himno de amor.

Lima.

LA FIEBRE AMARILLA

Un dia mas abrumada que nunca del pesar que me roía el alma, leía yo «Lelia». El desórden de espíritu sembrado en todas sus pájinas, esa desesperacion sin objeto, ese dolor de la duda, el conjunto de delirios que hacen de ese estraño libro una sombría pesadilla, produjeron en mi un efecto inaudito.

Parecióme ver elevarse de los negros renglones que recorria, una niebla roja que subió á mis ojos y pasó á mi cerebro transformándose allí en un inmenso torbellino que paseó sus ámbitos dilatándolos hasta lo infinito, é incendiándolos con soplos de líquido fuego. Y en tanto que una llama abrasadora devoraba mi cabeza, mi cuerpo aniquilado por estraña languidez se desplomaba como una masa inerte, y rodaba sin término en la pendiente rápida de un torrente cuyas olas color de azufre iban á perderse en los lejanos celajes del horizonte.

Al fin la amarilla onda que me arrastraba fué haciéndose mas lenta; el aire mas denso; la luz mas ténue

hasta perderse en profundas tinieblas. . . . . Y un mar de olvido invadió mi ser. . . . . .

Poco á poco, una vaga sensacion de vida palpitó en las fibras entorpecidas de mi corazon; un destello del pensamiento comenzó á colorear las brumas que oscurecian mi cerebro. Llamé largo tiempo á la memoria y vino al fin, pero tarde y por el extremo opuesto de mi existencia. Mas cuando queria llegar al tiempo presente, encontraba una valla insuperable que me detenia con mas fuerza, mientras mas me obstinaba en romperle. Fatigada de tanta lucha, dí al fin paso al través de la mente al raudal de imájenes que venian de las oscuras regiones del pasado.

Ví una niña rosada, alegre y turbulenta correr saltando en los floridos campos.

Ví una jóven, hermosa vírjen, vestida de lijeros cendales, coronada de rosas blancas y de blancas ilusiones, dar la mano, el corazon y el destino al hombre que despedazó su destino y su corazon. Ví una madre, pálida, con los cabellos desgreñados, velar de rodillas y anegada en lágrimas á su hija moribunda. Víla con los ojos secos y el corazon henchido de sollozos, estrechar contra su pecho á su niña muerta, y depositar con sus manos el yerto cadaver en la tumba.

Ví una mujer solitaria, abandonada impunemente por aquel que juró protegerla y amarla hasta la muerte. Víla, buscando el olvido en el tumulto del mundo, llamar en ausilio suyo á la coquetería, á la frivolidad, y reir,

procurando ahogar con locas carcajadas los jemidos de su duelo. Víla, horrorizada de los misterios de iniquidad encerrados en ese mundo que ella creyó tan bello, pedir á la ciencia un asilo contra el dolor. Víla en fin, serena é impasible hundir su mirada en las profundidades del cielo y de la tierra, y develar en ellas arcanos que me helaron de terror y desvanecieron mi largo desvario.

Ví entonces á uno y otro lado de mi cabecera dos médicos tan feos, que me parecieron un apéndice de mi delirio. . . .

Pero no séamos ingrata! Los sábios ojos de aquellos señores descubrieron en el horrible tinte estendido sobre mi frente, mis manos y mis labios, la presencia de la fiebre amarilla. En consecuencia, combinando sus medidas, habíanle dado un ataque tan rudo que la derrotaron completamente.

Alceme del lecho, y me encontré agil, casi aérea. Toqué mi frente. Estaba fresca: ni una sola de las negras nubes que antes la oscurecian! llevé la mano al corazon. Latia tranquilo, y lo sentí lijero, cual si le hubieran quitado un peso enorme. El dolor que lo abrumaba, que lo comprimia con su garra de hierro habia desaparecido. La causa que lo alimentaba en el fondo del alma aparecíame lejana y separada de mi por un insondable abismo. El sentimiento poderoso que toda la filosofía humana no fué bastante para dominar, habia sido vencido, aniquilado por una onza de trementina y algunos vasos de tizana!

Y nosotros, metafísicos declamadores, buscamos en el éter el orígen de las nobles pasiones! Aquella que yo creia inmortal, murió. *Requiescat in pace.*

Así hablaba yo un dia al doctor P. El viejo sonrió bajo su barba cana.

—*Requiescat in pace!*—dijo, enviándome una mirada de compasiva indulgencia. ¿Creemos acaso en estas solemnes palabras con que despedimos á los que mueren y de las cuales nuestro cansancio quisiera hacerse una dulce esperanza? Nó! Todos sentimos que nada de lo creado puede reposar; que su destino es la eternal agitacion. Las puertas de la muerte abren á nuestro ser nuevos mundos de existencia. El alma, ese espíritu inmortal, al dejar su cubierta terrestre, vuelve al foco de luz de donde se desprendió, no para dormir inútil un sueño infinito, sinó para vivir: es decir, para agitarse en la eternidad de los designios de Dios. El cuerpo en el fondo del sepulcro elabora y dá vida á millares de seres, al mismo tiempo que envia á la superficie su savia creadora en plantas que á su vez esparcen el perfume de sus flores, sazonan sus frutos, maduran sus semillas, que vueltas á la tierra continúan la eternidad de la creacion.

Nuestros sentimientos, en fin, esos seres inmateriales que se agitan en el corazon, ¿mueren acaso? Nó! Los sentimos palpitar, estremecerse, agonizar. Es que están creando otros sentimientos; y cuando se han fundido en ellos creemos que han muerto; pero solo se han transformado.— «Y hallé vanidad hasta en la

muerte »—dice Eclesiastes, el mas sabio entre los hijos de los hombres.

Y yo á mi vez hallé que el doctor P. tenia razon; y que mi dolor se habia transformado en otros sentimientos que á su turno produjeron sucesivamente gozos y dolores sin fin.

GÜEMES

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

Al Señor general don Dionisio Puch.

AMIGO MIO —

Al escribir estas pájinas, que dedico á Vd., no he pensado hacer una biografia. Ellas solo son fragmentos de «El Album de una Peregrina» La vida de aquel á cuyo recuerdo están consagradas, fué tan llena de hechos maravillosos, de hazañas inauditas, que arredrará á mas de un historiador, por qué, como yo, temerá á la vez—ser acusado de hiperbólico por la posteridad, y de remiso, limitado y descolorido ante los espléndidos recuerdos de los viejos guerreros contemporáneos del héroe, y actores tambien en el maravilloso poema de su existencia. Asi he querido solo que ellos sonrian y suspiren encontrando la figura jigantesca y poética de aquel á quien no olvidarán jamas, en algunas escenas de mi infancia, cuadros iluminados por la luz de la primera edad, que hirieron

profundamente la imaginacion de la niña, y que la mujer ha guardado con religiosa veneracion en el fondo del alma al través de los pesares y del destierro, como un perfumado ramillete cojido en las riberas de la patria.

Vd. mismo, amigo mio, esperimentará un placer melancólico, si arrancándose un momento al torbellino de los placeres y de los negocios, sigue mis pasos en ese mundo silencioso del pasado donde todo calla y nos habla á la vez. Allí volverá Vd. á ver objetos muy caros á su corazon, no desfigurados por el polvo de la tumba, sino jóvenes y bellos como en otro tiempo. Allí tambien se encontrará Vd. á si mismo, no el hombre hastiado y escéptico, sino el mancebo hermoso y poético como un arcángel. No tema Vd. esa comparacion, que lejos de darle pesar alguno, lo hará solo sonreir de desprecio por este mundo, que cambia nuestra fé en escepticismo, y nuestra hermosa ilusion en hastío.

¿Recuerda Vd. que un dia, viéndolo mirarse al espejo, le ofrecí uno en que se encontraria Vd. mejor? Pues he aquí realizada la promesa de su amiga.

JUANA MANUELA GORRITI.

¡Orcones! hogar paterno, monton informe de ruinas habitado solo por los chacales y las culebras ¿qué ha quedado de tu antiguo esplendor? Tus muros yacen desmoronados, los pilares de tus galerias se han hundido, cual si hubieran sido edificados sobre un abismo. Apenas si las raices sinuosas de una higuera, y el bronceado tronco de un naranjo, señalan el sitio de tus vergeles. A la ruidosa turbulencia de tus fiestas han sucedido el silencio y la soledad. Tus avenidas están desiertas, y la yerba del olvido crece sobre tus umbrales abandonados. Un dia la fatalidad penetró en tu alegre recinto, arrebató á tus huéspedes desprevenidos, y los esparció en los cuatro vientos del Cielo—¿Qué fué de ellos? Unos cayeron agobiados de cansancio: los otros marchan aun en las penosas sendas de la vida. Si un dia los llamaras, algunos responderian con un gemido; por los mas hablaria solo el silencio de la tumba. Es fama que sus almas, bajo el blanco sudario de los fantasmas, vagan en la noche, renovando entre tus escombros el simulacro de su

re pasado ayer. Era una mañana de primavera. Los bosques estaban verdes, los prados cubiertos de flores cuyo perfume arrastraba la brisa en ráfagas tibias y embriagantes; y sobre las ondas de verdor y de fragancia cernianse aéreas las melodiosas notas del canto de las aves. Innumerables mariposas de variados colores revoloteaban entre la maleza fascinando mis ojos con los matices deslumbrantes de sus trémulas alas, y arrastrándome en pos de su vagaroso vuelo, muda, anhelante, extasiada, y como siempre, entregada al solo placer de contemplar á esos deliciosos y frágiles seres. Jamás osé tocarlas; y cuando las veia tornarse en polvo negro entre la ávida mano de los niños, lloraba como despues he llorado una decepcion.

Asi corria yo distraida, y alejándome insensiblemente, hasta que atrajo mi atencion un rumor cercano de voces y pisadas de caballos. Alceme sobre la punta de los pies, y mirando hácia el camino real, vi dos ginetes que tomaban la senda de la casa y se acercaban galopando. El uno es un jóven oficial de diez y ocho años, vigorosamente abotonado en su uniforme verde galoneado en las costuras, y cubierta la cabeza con un capillo plegado á guisa de turbante, y rematado por una grande borla de oro. Era el otro un guerrero alto, esbelto, y de admirable apostura. Una magnífica cabellera negra de largos bucles, y una barba rizada y brillante cuadraban su hermoso rostro de perfil griego y de espresion dulce y benig-

na. Vestia un elegante dorman azul sobre un pantalon mameluco del mismo color; y una graciosa gorra de cuartel hacia ondular su flotante manga á lo largo de su hombro. A su lado, pendiente de largos tiros, una espada fina y corva semejante á un alfange, brillaba á los rayos del sol como orgullosa de pertenecer á tan hermoso dueño. Montaba este con gracia infinita un fogoso caballo negro como el ébano, cuyas largas crines acariciaba distraidamente, mientras inclinado hácia su compañero, hablaba con él en una actitud admirable de abandono. Aun en la corta edad que yo tenia, habia ya visto á los hombres mas hermosos de Buenos Aires, ese pais de los hombres hermosos. Los habia contemplado doblemente bellos, bajo el espléndido uniforme de aquella época, blanco, azul y oro; pero jamás, ni aun en mi fantástica imaginacion de niña habia soñado la brillante aparicion que tenia ante los ojos, y que miraba embebida, hasta que el bizarro caballero que llegaba á galope, descubriendo de repente entre la yerba mi cabeza rubia como una espiga, casi bajo los pies de su caballo, lo detuvo con fuerte mano, alzándolo por la brida; y haciéndolo jirar rápidamente sobre si mismo, se desmontó, y levantándome en sus brazos—Mire Vd. Fortunato—dijo á su compañero—mire Vd. la linda flor que me he encontrado en la maleza. Esta es la rubia de mi compañero; que bellísima niña!

¡Ay! puedo decirlo ahora, que no resta ni un

pálido fulgor de la aureola de belleza que coronó mi infancia y poetizó mi triste juventud.

Pero la *flor de la maleza* era uraña y salvaje como ella, y lloraba á gritos en los brazos del incógnito, mientras él, sonriendo con cariñosa mansedumbre, seguido de su corcel se dirijia á la casa.

Delante de la puerta se hallaba un grupo de hombres del campo y algunos soldados, que al verlo llegar, se precipitaron á su encuentro, gritando con delirante entusiasmo—¡Güemes! ¡Güemes! ¡viva Güemes! ¡viva nuestro general! Y lo rodearon, unos de rodillas, descalzándole las espuelas, otros besando sus manos, otros el puño de su espada. Mi madre, seguida de sus hijos corrió á abrazarlo con la ternura de una hermana. Pero mi tia, que habia acudido á mi llanto, me recibió de los brazos del viajero, fijando en su bello rostro una estraña mirada, y murmurando con el acento solemne que ella daba á sus predicciones: La niña ha llorado como si la hubiera besado un muerto.... ¡ay! ¡ay!

He hablado ya en estas memorias del caracter fantástico de mi tia, y de esa rara facultad de leer en el porvenir que con frecuencia se revelaba en ella!! Pero ¡ah! sus profecías, como las de Casandra, no eran creidas hasta que tenian su fatal cumplimiento; y mi madre, y á ejemplo suyo Güemes mismo, rieron mucho de la lúgubre profetiza.

—Mi querida Juanita—la dijo él alegremente—¿es posible que tan jóven aun, me condene Vd. á mo-

rir? Oh! déjeme Vd. al menos los dias necesarios para libertar nuestra patria.

Vea yo la aurora de su gloria, y entonces cúmplase en mí la voluntad de Dios!—dijo, alzando al cielo la dulce y serena mirada de un mártir.

Héme aquí, amiga mia—continuó él volviéndose á mi madre—héme aquí retenido todavia en el interior por esta fatal guerra civil que la mano fratricida de algunos Americanos han encendido en la hora misma que debiamos hallarnos todos marchando juntos á paso de ataque contra los realistas que á grandes jornadas cargan sobre nosotros. Su vanguardia está en Jujui, y en este momento mi compañero la estará batiendo....

—¿Y mi niño?—gritó mi madre pálida y sin aliento, mi pobre Rafael ¿que habrá sido de él?

En efecto, mi padre habia mandado llevar cerca de sí á uno de mis hermanitos de quien él no podia separarse. Paso imprudente que casi costó la vida, ó al menos la libertad al pobre niño, que solo debió su salud al valor de Tomás, un español antiguo y fiel asistente de mi padre, quien ayudado por la velocidad de su caballo, lo salvó del furor de sus compatriotas.

Sin embargo, Güemes logró calmar la angustia de mi madre, asegurnádole que el niño llegaria sin ningun peligro á los brazos de su padre; pues la guerra, al aproximarse á su fin, se habia regularizado, y no existia ya en ella el vandalaje. Muy lejos estaba él de esa convic-

cion que fingia para consolar un dolor que su hermoso corazon comprendia muy bien.

Entretanto, la noticia de su presencia en Orcones se esparció con increible rapidéz; y en menos de una hora, la casa y sus cercanías estaban llenas de una multitud ansiosa que pedia con gritos entusiastas la dicha de contemplar al héroe, idolo de los corazones y columna de la patria. El les salió al encuentro, afable y sencillo en su grandeza, tendiéndoles los brazos y llamando á todos por sus nombres, con esa prodigiosa memoria que solo poseen los grandes capitanes, y que tan mágico poder ejerce sobre las masas populares.

Rodeáronlo centenares de hombres que habian abandonado el arado y el peal, y ciñendo el pintoresco chiripá, armados de sus puñales, le pedian sitio en sus invencibles huestes. Dióles él las gracias, alabando su resolucion con palabras cuyo hechizo secó las lágrimas en los ojos de las madres, que le entregaron confiadamente sus hijos.

De allí á poco, tres oficiales realistas enviados desde el Cuzco por La Serna, llegaron á buscarlo. Eran dos capitanes y un coronel encargados de pliegos importantes, y que pidió el ser introducido inmediatamente cerca de Güemes. Mientras este conferenciaba á solas con mi madre y mi hermano, ellos se paseaban esperándolo en las salas esteriores. El coronel que era casi un anciano, se detuvo derepente y tendiendo en torno una mirada de asombro, he aquí

—Ese hombre es mi huesped—replicó el otro—mi mujer le ha dado la hospitalidad, y es sagrado para mi—En seguida dejando el acento fraternal para tomar el de mando—Comandante Gorriti—añadió—marche Vd. inmediatamente á nuestro campo, llevando consigo los prisioneros que acaba de hacer—y ambos desaparecieron en las tinieblas, quedando yo de pié con la espada en la mano detrás de la puerta donde fuí á apostarme al comenzar el terrible diálogo.

Aquellos dos hermanos habian venido por distintos caminos, guiados ambos por un sentimiento generoso, el patriotismo y la lealtad, el uno á matarme, el otro á salvarme.

A la mañana siguiente me encontraba enteramente solo, pues mis soldados habian desaparecido; y á pesar de mi vergüenza, tuve que aceptar por guia á una de las criadas de la casa, que me condujo hasta las primeras avanzadas de nuestro ejército—

El coronel se interrumpió, pues en ese momento Güemes entraba en la sala.

Los realistas contemplaron con curiosidad y admiracion aquel bizarro y tremendo adversario; y el coronel inclinándose profundamente le entregó un pliego sellado con las armas del virey. Güemes lo leyó con aire impasible, contrayendo solo de vez en cuando su lábio una sonrisa de desprecio.—Coronel—dijo, cuando hubo acabado la lectura, los veteranos españoles estiman en tan poco su honor, que se encargan de misiones como esta?

El coronel se ruborizó hasta en el blanco de sus ojos; y llevando la mano al corazon, juró que ignoraba el contenido de ese pliego, que el virey habia confiado á su lealtad.

Güemes le tendió cordialmente la mano, y por toda réplica leyó en alta voz el documento que tenia á la vista.

Era una carta confidencial, en que La Serna, despues de apurar todas las seducciones que pueden subyugar á un hombre, para inducirlo á abandonar, aunque solo fuera neutralmente, la causa que defendia, concluia ofreciéndole en nombre de su soberano un millon, y los títulos de marques y grande de España.

—Y bien, señores, dijo él, dirijiéndose á los realistas ¿no creis conmigo que es ultrajar á un soldado el enviarlo con una proposicion semejante cerca de otro soldado?

El honor español brilló en los ojos de aquellos hombres, que cambiaron entre si una fiera mirada, é inclinaron la frente con vergüenza y dolor.

Aquella muda protesta conmovió el alma noble y magnánima de Güemes. El héroe estrechó con efusion la mano á aquellos valientes—Os comprendo—les dijo—Sois hombres de corazon, y por tanto, dignos de defender una causa mejor. Decid á vuestro virey, añadió arrojando su carta al suelo con ademan suave y magestuoso—que Martin Güemes, rico y noble por su nacimiento, ha sacrificado su fortuna entera en el servicio de su patria; y que para él no hay títulos mas gloriosos que el amor de

sus soldados y la estimacion de sus conciudadanos.

Y dando á los realistas el franco y cordial adios de un camarada, fué á buscar á mi madre, la abrazó, y partió seguido de quinientos soldados que acababan de alistarse bajo sus banderas, y que poblaban el aire con sus entusiastas aclamaciones.

El coronel lo siguió largo tiempo con los ojos; y volviéndose á sus campañeros—Cuan feliz seria nuestra España—les dijo—si un hombre como este, se sentára en el trono de nuestros reyes! ¡ah! con tales adversarios, nuestros esfuerzos serán vanos, y la hermosa América, esta perla tan codiciada, faltará muy pronto á la córona de Fernando.

¡Palabras proféticas, que Ayacucho estaba ya á punto de realizar!

Marchose tambien el coronel con su séquito, no sin haber besado antes las manos de mi madre con muestras de profunda gratitud.

Por lo demas, el incidente que él recordaba sucedió en efecto tal como lo refirió. El tiempo y graves acontecimientos que siguieron sin interrupcion lo borraron completamente en la memoria de mi familia. Muchos años despues, cuando la muerte vino á hacernos una terrible visita, y nos dejó solos en el destierro, vimos entrar un dia á nuestra casa un anciano venerable de largos bigotes canos, que tendiéndonos los brazos, esclamó llorando:

—¿Dónde está mi libertador? ¿Dónde está? Y vol-

viéndose á dos bellas jóvenes que lo seguian—Hijas mias, las dijo, echándolas en nuestros brazos—hé ahi la familia de aquel que salvó á vuestro padre. Pero él ¿donde está?

¡Ay! aquel que el anciano buscaba dormia ya en la tumba, y no podia oir la espresion de su reconocimiento.

CARMEN PUCH.

Al visitar Orcones, Güemes habia traido una órden de mi padre; y pocos dias despues habiamos abandonado aquella tumultuosa morada, con sus belicosos huéspedes y su tráfago guerrero, y nos hallábamos á quince leguas de distancia en un lugar solitario aunque risueño y bellísimo, habitando un inmenso edificio de aspecto feudal, coronado de una elevada torre. He hablado ya en estas memorias de ese hermoso castillo, semi-monástico, semi-guerrero, monumento del poder jesuítico. El ariete revolucionario lo ha destruido, y solo queda ahora á la admiracion del viajero la magnífica torre, rodeada de gigantescos montones de ruinas.

Al llegar allí caí enferma, y todo lo que ví entonces, fué bajo la influencia de la fiebre. En uno de esos momentos sentí un gran ruido de carruajes y de caballos; la casa hasta entonces tan solitaria resonó con las voces y los

pasos de muchas personas que iban y venian. Todos estos rumores que yo percibia al través del delirio, tomaban en mi celebro una forma fantástica que agravó mi dolencia, sumergiéndome en un profundo letargo que duró dos dias.

Cuando volví en mi, estaba sentada á mi cabecera una mujer tan hermosa, de una belleza tan celestial, que en mi simplicidad infantil volví apresuradamente los ojos hacia la vírjen de las Mercedes que estaba sobre mi cama, creyendo que la divina Señora habia dejado su dorado cuadro. Pero la Madre de Dios estaba siempre alli y alli tambien estaba aquella mujer maravillosa, bella con todas las seducciones que pudo soñar la mas ardiente imajinacion; con sus grandes ojos de un azul profundo, sus negras pestañas, sus dorados rizos, que ondulaban voluptuosamente en torno de su blanco cuello, mientras ella hablaba alegre y festiva, sonriendo con su celeste mirada, y haciendo con su linda boca un momito hechicero como aquel de *Esmeralda*. De vez en cuando volvíase á mí y posaba su mano en mi frente; y luego se dirijia á mi madre prodigándola palabras tan dulces y seductoras como el acento de su voz.

A su lado hállabase de pié un jóven de diez y seis años; y si algo podia compararse á la belleza de esa mujer era sin duda la de aquel mancebo. Tenia, como ella, hermosos ojos azules, aunque de una espresion severa y varonil; los mismos rubios y riza-

templaba yo estasiada, era la esposa del propio guerrero que me habia aparecido poco antes, entre los matorrales de Orcones.

Entretanto, la ruidosa algazara que zumbaba en torno mio, desvaneció mi cabeza y perdí el sentido sin que nadie se apercibiera de ello. Al través de la densa nube que oscurecia mis ojos y debilitaba mi oido, parecióme sentir que á los gritos de alegria sucedian de repente gemidos de dolor, sollozos convulsivos; y cuando el sopor que me embargaba se hubo disipado ví á la bella Cármen antes radiante de gozo, pálida, trémula, postrada en tierra, bañada en lágrimas, y llamando á su esposo con gritos desesperados. Delante de ella pálido y silencioso, se hallaba aquel jóven oficial que acompañó á Güemes en Orcones. Mi madre, el jóven de los ojos azules, y un nuevo personaje, un anciano de cabellos blancos y de noble aspecto contemplaban de pié, mudos, inmóviles y consternados aquel supremo dolor.

Algunas veces el anciano se inclinaba hácia ella y tendiéndole los brazos, murmuraba ¡ Cármen ! hija mia !—Pero ella lo rechazaba esclamando entre sollozos. Martin ! Martin !. Dios mio, vuélveme mi Martin.

De repente vimos abrirse la puerta dando paso á un hombre cubierto de polvo, que corriendo veloz hacia Cármen, alzóla en sus brazos como á un niño y besó la frente de mi madre, abrazó la cabeza del

anciano, y estrechando contra su pecho la hermosa mujer que yacia desmayada, se alejó con ella.

Aquel hombre era Güemes, que llegaba á tiempo para salvar á su esposa de la muerte y para cambiar su dolor desesperado en éxtasis de felicidad.

Mas ¿qué era lo que habia sucedido? Helo aquí.

Entre los compatriotas de Güemes que tan orgullosos debian estar de su gloria, por que era la gloria nacional, habia algunos que lo aborrecian por aquello mismo que debian amarlo. Aborrecianlo por su valor heróico, por sus victorias, por el terror que inspiraba á los enemigos de la patria, por la generosidad con que cambiaba ese terror en admiracion; por el amor fanático que le profesaban los pueblos, y ..... hasta por la belleza de su persona, y por los tiernos sentimientos que esa belleza inspiraba.

Mientras el héroe, recorria una senda gloriosa con la tranquila seguridad de una conciencia pura, la vil envidia minaba sordamente el terreno de sus triunfos.

Concitáronle con infames calumnias la enemistad del Gobernador de Tucuman, que neutralizando la provincia de su mando negóse indignamente á prestar los debidos auxilios para el sosten de la guerra de la independencia que pesaba toda sobre la espada de Güemes; y últimamente, instigado por los enemigos de este, encendió la anarquía que tantos males causó entonces á nuestro pais y que echó la simiente de la larga guerra civil que despues lo ha devorado.

Viendo Güemes que no alcanzaba la concordia arreglar aquella desavenencia, y estrechado al mismo tiempo por los realistas, que se precipitaban como un torrente sobre la aislada provincia de Salta, marchó sobre Tucuman.

La victoria lo acompañó como siempre; y habiendo arreglado los negocios de aquella provincia, regresó á Salta, donde sus enemigos cegados por un ódio que tocaba en el ridículo, alzaban en las plazas públicas cátedras de predicacion contra él, cátedras de las que descendieron corriendo al aproximarse el héroe para ocultarse en escondrijos donde él fue á buscarlos con el abrazo del perdon.

Pero antes y en su tránsito de Tucuman á Salta, tuvo ocasion de conocer la estension del ódio de sus enemigos y la fiel adhesion de sus soldados.

Al llegar con sus tropas á Pozo Verde, Güemes ordenó un alto; y separándose momentáneamente de ellas, fué á visitar un amigo á una hora de distancia.

Aprovechando esta ausencia, dos jefes vendidos á los rivales del grande hombre lo acusaron de ambicioso y de traidor; y mandando formar cuadro á la division, proscribieron á Güemes, y proclamaron abiertamente la rebelion.

Los soldados obedecieron, pero guardando un silencio que los traidores interpretaron favorablemente, y seguros ya en su infame designio, quisieron apoderarse de los dos Edecanes de Güemes; pero ellos huyeron á

[illegible] mientras
[illegible] mando de
[illegible] Kraflores,
[illegible] que he

[illegible] ha-
[illegible] razon sintió un
[illegible] racionado por
[illegible] ingratos
[illegible] corriendo
[illegible] al cen-

[illegible] de re-
[illegible] precipitandose
[illegible] engañarios, ar-
[illegible] sacrificarios á sus piés.
[illegible] hijos mios—les
[illegible] lanzas con sangre de
[illegible] morir por mi mano;
[illegible] porque no queria
[illegible] mordimientos, y cor-
[illegible] que este in-
[illegible] de la Pa-

[illegible] de su ver-
[illegible] marcha há-

[illegible] hermanos mios,

escribo una pájina de nuestra historia nacional, y el culto de la verdad, única religion del historiador, me ordena consignar, á pesar mio, errores que, si influyeron fatalmente en los destinos de nuestra patria, han sido tambien expiados con torrentes de sangre y de lágrimas, para que los consideremos de otro modo que como una saludable leccion. Olvidemos las faltas de nuestros padres; y si las recordamos, que sea solo para redimirlas amándonos mas, y dándonos en amor lo que ellos se quitaron en odio.

Al amanecer del dia siguiente, el alegre son de los clarines que tocaban diana, me despertó, trayendo á mi memoria el bizarro guerrero que habia llegado en la noche, y pedí que me llevaran á verlo. Paseábase solo en las anchas galerias que circundaban el patio.

Su noble y hermoso semblante, siempre sereno, tenia una espresion sublime de tristeza, semejante á la de Cristo en el Huerto. ¡Ay! sobre esa bella cabeza cerníanse tambien la ingratitud de los hombres, y la sombra de la muerte!

Su bella esposa vino luego á distraerlo de su meditacion. Acercósele risueña, enlazó con sus dos brazos el brazo de su esposo, y alzando hácia él sus hermosos ojos—Mi valiente caballero—le dijo—tienes que cumplir un voto que ayer hice por ti. He ofrecido á la vírjen que oirias á mi lado una misa en honor suyo. Respondióle él con un beso, y ambos se encami-

naron al gran templo jesuítico, donde el sacerdote esperaba ya revestido en el altar. Los dos se arrodillaron juntos; jamás ví orar con tanto fervor como á aquella hermosa mujer, que de vez en cuando volvíase hácia su esposo posando en él una mirada inefable de amor. En el momento de la elevacion tomó la mano de este entre las suyas y elevó al cielo sus bellos ojos azules en el éxtasis de la plegaria. ¡Cuan interesante se mostraria en ese momento á los ojos de Dios esa alma tan pura y apasionada! ¡que gratos le serian los votos de ese corazon todo amor y piedad!

En el mismo dia, al caer la tarde, púsose en marcha la tropa que habia venido con Güemes, y pocos momentos despues partió él mismo.

Cármen se separó llorando de los brazos de su esposo, y desapareció largo rato de entre nosotros. Cuando volvió al lado de mi madre, la dijo tristemente:

—He subido al tercer piso de la torre para ver todavia á Martin. Mis ojos lo han seguido hasta que se perdió, no en la distancia, sino entre las sombras de la noche.

—¡De la noche eterna!—murmuró mi tia desde un ángulo oscuro del cuarto—La niña lloraba—añadió—como si la hubiera besado un muerto. ¡Ay! ¡ay!

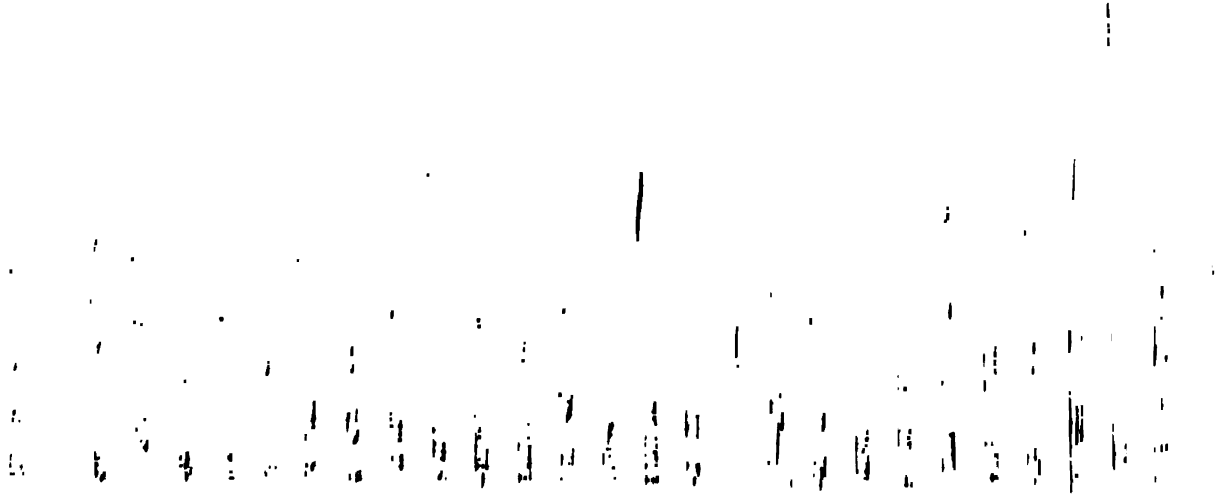
Pasáronse muchos dias, sin que en Miraflores se recibiera noticia alguna. Nadie venia de Salta, y Güemes y mi padre guardaron profundo silencio. Mi madre, devorada de inquietud procuraba ahogar su propia

pena para tranquilizar á Cármen, que entregada á crueles alarmas, pasaba los dias en lo alto de la torre, de pié, inmóvil, con la mirada perdida en las lontananzas del horizonte, esperando ¡ay! con todo el anhelo de su alma á aquel que no debia volver mas.

Una noche que dormia yo en la cuna al lado de mi madre, me despertó de repente el sonido cauteloloso de una voz varonil. Abri los ojos, y ví un hombre embozado en una capa militar que sentado al borde del lecho hablaba quedo con mi madre. Aquel hombre lloraba; y la voz moria algunas veces en su labio ahogada por los sollozos. Los rayos de la luna deslizándose por una ventana entreabierta bañaban el pié del lecho, y el busto del incógnito cuyos bordados brillaban en las tinieblas.

La presencia de aquel visitador nocturno, á esa hora en el cuarto de mi madre, me llenó de admiracion; pero creció mi asombro cuando reconocí en él á mi padre. Mi padre ausente y no esperado, ¿cómo se encontraba alli? y ¿qué podia arrancar lágrimas á él, cuya grande alma era de un temple tan estoico?

—¡Lo hemos perdido!—No veré ya á la cabeza de nuestras filas el héroe que nos guiaba á la victoria! La patria ha perdido su mas valiente campeon, y yo.... ¡Ah! yo lo he perdido todo! Victima de intrigas y calumnias, destinado por una fatalidad hereditaria á encontrar siempre la traicion en la amistad, la perfidia aun en aquellos á quien me consagré con entera



apresuramiento aquella ocasion de acercarse á ella; y montando inmediatamente á caballo, seguido de veinte hombres de su escolta, tomó á galope el camino de Salta.

¡Ay! ¿por qué el corazon permanece á veces mudo, y cerrado al prensentimiento? ¿por qué el mio no me avisó, siquiera con un latido, la desgracia que me amenazaba, y yo me habria arrojado delante de mi amigo, y él hubiera tenido que pasar sobre mi cadaver, ó la catástrofe fatal no se cumpliera.....

Entretanto Güemes llegó á Salta, y su hermana yerta de sorpresa lo vió de repente arrojarse en sus brazos.

¡Pues que!—la dijo él—¿no me has llamado? ¡Dios mio! ¡nó!—respondió ella—Y las palabras del pérfido mensajero tuvieron entonces su verdadera esplicacion.

En ese momento un criado que se paseaba en la azotea vino corriendo á avisar que una numerosa fuerza enemiga ocupaba la calle y guardaba las esquinas inmediatas, cercando enteramente la casa. Al oir la hermana de Güemes este aviso, y viendo la actitud audaz de su hermano, se echó llorando á sus pies, y le rogó que huyera escalando las murallas interiores de la casa. Pero él sonrió con desden á esta proposicion de la ternura fraternal.

¿Y estos?—dijo mostrando á los bravos que lo acompañaban—ellos que jamás me abandonaron ¿que

dirian si yo los dejara en la hora del peligro?

Y saltando sobre su veloz caballo negro—Vamos, hijos,—les dijo—juntos hemos vivido, muramos juntos!

Y aquellos valientes respondieron con una aclamacion unánime, lanzándose en pos de su jefe, que cargó denodadamente sobre una de las columnas que le cerraban el paso. Un granizo de balas lo rechazó, matándole toda su escolta. Solo ya y acosado en todas direcciones por el fuego enemigo no se mostró menos grande que cuando estaba á la cabeza de su ejército; y partiendo como el rayo, se arrojó con la espada en la mano sobre una muralla de bayonetas que guardaba otro ángulo de la calle, y la atravesó de parte á parte, dejando un ancho y glorioso camino sembrado de cadáveres, y regado con su propia sangre. Si, porque una de las mil balas que destrozaron sus vestidos, su sombrero, y hasta lostiros de su espada, habia atravesado su cuerpo.

Al amanecer, pálido, cubierto de sangre, casi exanime, With y yo lo recibímos en nuestros brazos.

Los soldados, viéndolo llegar asi, precipitándose en confuso tropel, lo rodearon dando gritos de dolor. Pero él, haciendo un grande esfuerzo, se puso en pié, sonriendo con seguridad y valentía; y tranquilizándolos completamente, los alejó retirándose á su tienda.

Amigos mios, nos dijo, cuando estuvimos solos—traigo la muerte en mi seno; pero no es ella lo que

en este momento me aqueja, sino la idea de abandonar la vida, sin haber cumplido la promesa de libertad que hice á la patria. En vosotros confío: sois mi espíritu y mi brazo, y llenareis lo sé la mision que no me es dado cumplir en este mundo.

Despues de estas palabras lo asaltó un desmayo que duró muchas horas.

Entretanto, Olañeta que habia avanzado hasta las inmediaciones de Salta, informado del fatal incidente, mas no de su terrible verdad, y subyugado por el heroismo inaudito de ese hombre, á la vez que ansioso de aprovechar la ocasion de alejar aquel rival invencible del teatro de su gloria, le envió un solemne parlamento renovando todas las promesas hechas antes por La Serna.

Güemes mandó llamar á Whit.

—Coronel—le dijo—marche Vd. inmediatamente con la division sobre el enemigo—Y volviéndose hácia los parlamentarios—He ahí—les dijo—la respuesta que doy á vuestro jeneral. Id.

Cuando los parlamentarios hubieron salido, el héroe tendió la mano á Whit, con una mirada inefable de adios, despidiéndolo en seguida; y deteniéndome á mi con un ademan—Compañero, me dijo—la hora suprema se acerca: siento que comienza á embargar mis miembros un entorpecimiento precursor de la muerte ó de esos largos parasismos que la preceden, y quiero que me acompañeis hasta el umbral de la eternidad.

Tengo, ademas, que recomendaros la Patria, mis soldados, mis hijos, mi Cármen! . . . . ¡Oh! ella vendrá conmigo, por que no querrá habitar sin mí la tierra; y morirá de mi muerte, como ha vivido de mi vida. Pero mis gauchos, esos valientes soldados cuya adhesion por mí llega á la idolatría! esos niños, Martin. . . . . Luis. . . . Ignacio . . . . .

Aqui su voz se apagó en un profundo letargo; y poco despues no quedaba mas del héroe que un yerto cadaver.

¡Oh! continuó mi padre, despues de un triste silencio—¿quienes fueron los traidores que lo vendieron á los enemigos de su patria?

—No queramos saberlo—interrumpió mi madre—la misericordia infinita los perdone. Nosotros inclinémonos ante los decretos de Dios; y cuando nuestro lábio no pueda decir: ¡gracias Dios mio! digamos al menos: ¡bendita sea tu voluntad!

—Sí,—replicó mi padre—plegue á Dios, que prohibe la venganza, acallar la conviccion que eleva en mi alma su lúgubre clamor, pronunciando los nombres de. . . . . .

Mi padre prosiguió; pero la hora en que yo escribo estas líneas es una hora de concordia. Olvidemos; y digamos como entonces dijo mi madre: ¡Bendita sea la voluntad de Dios!

A un movimiento que yo hice, mi padre calló y quiso acercarse á mí; pero mi madre lo detuvo, y

ambos hablaron aun largo tiempo en voz baja, sin que yo pudiera ya oir mas que el nombre de Cármen pronunciado con frecuencia entre ellos. Despues, mi padre salió, y á poco oí los pasos de su caballo alejarse á galope.

Mi madre se levantó entónces, y todas las veces que desperté en el resto de la noche, la oí pasearse llorando en el cuarto.

Pero á la mañana siguiente la encontré serena, al lado de Cármen, sentadas ambas en una ventana y hablando entre sí tranquilamente. Y cuando comenzaba á creer un sueño la visita misteriosa de mi padre y su fúnebre revelacion, oí á la bella Cármen decir fijando una mirada triste en el horizonte.

—¡Cuantos dias sin saber nada de Martin! El, que siempre me escribió diariamente ¿porqué calla, Dios mio?

Pero luego, con esa viveza incomparable que le era propia, batió las manos y dijo radiante de gozo—¡Ah!.. ya sé... ¡ya sé! No ha escrito por que quiere sorprenderme él mismo. ¡Y no caía yo en ello! y he pasado tantos dias dolorosos y largos como siglos! Anoche lloraba desvelada, cuando entre las doce y la una oí el galope de un caballo, y mi corazon palpitó de esperanza, pero luego conocí que no era el Negro. Martin no hubiera venido en otro caballo. El ginete se apeó cerca de la torre; y á poco oí sus pasos en el patio. ¿Quien seria?

—Era mi padre—dije yo de pronto, con esa ansia de dar noticia peculiar á los niños.

Cármen fijó una mirada suprema, indescribible en el inmutado rostro de mi madre, exhaló un grito que todavia resuena en mi corazon, y cayó al suelo cual si el rayo la hubiera herido.

Al volver en sí, se halló en los brazos de su padre que lloraba amargamente. Pero cuando el noble anciano temblaba por los estremos á que el dolor llevaria á su hija, la vimos alzarse pálida y serena como los bienaventurados, y elevar al cielo sus hermosos ojos con una mirada de esperanza y de beatitud.

—Dios mio—esclamó—¿ tu lo has llamado á él á tu seno? Pues á mi tambien me llamas. ¡Gracias, Señor! Adios, mísera vida, tan llena de dolores, aunque tan corta. Yo no podia vivir sin mi Martin, y Dios me llama cerca de él,

Y sin escuchar á su padre ni á sus hermanos que la rodeaban llorando, cortó su espléndida cabellera, cubriése con un largo velo negro, postrose en tierra en el sitio mas oscuro de su habitacion, y allí permaneció hasta su muerte, inmóvil, muda, insensible al llanto inconsolable de su anciano padre, á las caricias de sus hermanos que la idolatraban, á los ruegos de sus amigos y á los homenajes del mundo; alzando solo de vez en cuando su luctuoso velo para besar á sus hijos: cual una sombra que apartando las nieblas

de la eternidad, volviera un momento á la tierra, atraida por el amor maternal.

Un dia llamó á su padre, y echándose en sus brazos, lo besó y acarició con la dulce efusion de otro tiempo. El anciano miró á su hija lleno de gozo y de esperanza; pero ¡ay! sus ojos vieron radiar en aquel bello rostro una luz que no era de este mundo; y el degraciado padre sintió que su corazon desgarrado murmuraba un *deprofundis*.

Poco despues, la hermosa Cármen Puch yacia recostada en su lecho mortuorio. Vestida de blanco como una mártir y tan blanca y trasparente como el sudario que la envolvia, no parecia ya una mujer sino un ángel dormido, y sonriendo al arrullo de los cantares del cielo. Su deseo se habia cumplido: habia ido á reunirse con su esposo.

Y dos años pasaron. El luto habia desaparecido del uniforme de mi padre, pero no de su corazon, donde vivia siempre, como una antorcha cineraria la imájen del héroe que yacia bajo los bosques del Chamical.

La guerra languideció por entonces en nuestro pais; pues las fuerzas realistas, concentrándose para reforzar el ejército que pereció en Ayacucho, se habian retirado al interior del Perú.

Mi padre, que entonces era Capitan jeneral de la provincia, aprovechó esta tregua para cumplir un deber caro á su alma.

Hizo con un mes de anticipacion una solemne

habian venido para tributar al grande hombre sus ofrendas de lágrimas y plegarias.

La ciudad guardaba un profundo y doloroso silencio, interrumpido solo por el clamor de las campanas, las preces de los sacerdotes, y los sollozos de la multitud.

La fúnebre procesion pasó ante mis ojos como una vision mística, perdiéndose en el pórtico y las profundas naves de la Catedral, donde sepultaron las reliquias del héroe al pié del tabernáculo.

Mi padre salió del templo llevando en su pecho la llave de aquel ataud que encerraba lo único que le restaba de su amigo.

A la puerta lo esperaba un grupo de soldados pertenecientes á las guarniciones de Humahuaca y Rio del Valle.—Señor—dijo uno de ellos, adelantándose cabizbajo—hemos desertado para venir á ver otra vez á nuestro jeneral, para acompañarle basta su última sepultura, y llevarnos estas reliquias suyas.

A estas palabras, cada uno sacó de su seno un rizo de los negros cabellos de Güemes.

Mi padre contempló enternecido á esos hombres leales y les dijo, enjugando furtivamente una lágrima: Id en paz amigos mios, y referid á vuestros compañeros lo que habeis visto, y como llora la patria á sus héreos.

Desde ese dia, muchos años han tendido sus luctuosas horas sobre nuestra bella patria; torrentes de sangre la han bañado, arrastrando en montones de cadáveres la

EL GENERAL VIDAL

GENERAL VIDAL.

Este denodado soldado de la independencia ha estrechado ya entre sus brazos á los generales que le enseñaron el camino de la gloria. La huesa en que descansa está al ras de la tierra; pero su nombre se alza al Cielo donde todos los que consagran su vida á las causas justas encuentran el galardon, que acá en la tierra le disputa la envidia.

Por fortuna para el bravo general, el dia de sus funerales es el de su apoteosis; una alma inspirada, capaz de comprender todo lo que es bello y generoso, ha trazado su biografia, tomando de la gran epopeya de la independencia el sentimiento, y de su rica imajinacion el colorido.

Delante del cadáver dejaremos correr las lágrimas, pero por amor á su memoria callaremos para que hable el jénio

Oidle! (1)

1 Palabras de *El Comercio*, diario de Lima, donde falleció el héroe de este escrito.

EL GENERAL VIDAL.

Apuntes para su biografía.

Quien recorre los fastos de la grandiosa epopeya de nuestra independencia, encuentra frecuentemente, y en contraposicion á nombres execrados, nombres gloriosos que brillan como fúlgidos lampos en el lejano horizante de la historia.

Despues, á medida que á la iliada sucede la odisea, y á las sublimes proezas de la guerra sagrada, las fechorías de la guerra fratricida, los ilustres nombres desaparecen del terreno prominente, y en vano se les buscaria en primer término sobre esos oprobiosos cuadros sinó como vivas protestas cada vez que una mano liberticida se alza contra las instituciones de la patria que ellos fundaron.

La mirada los busca con devoto anhelo en las doradas filas de nuetros ejércitos; pero ¡ah! cuán pocos se encuentran allí! De los mas solo queda una inscripcion sobre el mármol de un sepulcro. Los otros, objetos de envidia, de animadversion y de pérpetuo recelo

para la generacion ingrata que libertaron, viven como las águilas, alejados y solitarios. Sencillos en su grandeza, agenos á los mezquinos manejos de la ambicion, habitan los campos, y riegan con sudor la tierra que antes regaron con sangre.

No los busqueis en los palacios de los ricos, ni en las antesalas del poder; buscadlos en los dias de alarma, cuando la patria está en peligro, y los vereis empuñando el sable de Maypú, de Pichincha y de Junin, el cabello encanecido, pero el alma llena de marcial ardor, acudir allá donde los llaman el honor y el deber.

Entre esa noble falanje, reliquia de una época de grandeza, hay un hombre cuya hoja de servicios es por sí sola un poema,—poema palpitante de interés, sembrado de incidentes variados y de heróicos hechos. Allí se halla en toda su magnífica plenitud la vida del soldado,—ora sobre las ondas del océano, al asalto de una nave, con el puñal en los dientes y enarbolada el hacha del abordaje; ora escalando los muros de una fortaleza; ora á caballo, cargando lanza en ristre, al frente de una columna, ó ya oculto en una floresta flanqueando al enemigo con un nutrido fuego. Al leerla, toda alma americana se sentirá arrebatada de entusiasmo; y la hija del antiguo guerrillero que vengó la tregua rota en Guaqui con la terrible emboscada de las Piedras, aspirando con delicia el humo de la pólvora mezclando al perfume de gloria que esas pájinas exha-

lan, todavía se propuso estraer de ellas algunos rasgos prominentes, en tanto que llegue el dia en que la pluma del biógrafo consigne en el libro de la historia los hechos de nuestros ilustres próceres.

—

Un dia, en 1818, un mancebo imberbe, casi un niño, arrancándose á los brazos de los suyos, al mimo materno, abandonaba las playas del Perú.

El heroismo bullia en su alma, é iba á alistarse en las filas de los libres, bajo el lábaro azul que traia San Martin del otro lado de los Andes.

Poco despues, en la bahia de Valparaiso, el Almirante Cochrane, pròximo á partir con su escuadra para la primera espedicion al Perú, recibia á su bordo al alferez Vidal: no sin sonreir al aire de intrepidez que respiraba en las facciones de aquel niño.

Pero muy luego aquella sonrisa debió trocarse en admiracion, cuando en el curso de esas campañas que sembraron de gloria las aguas y las costas del Pacífico, el Almirante vió siempre que el jóven Vidal era el primero que acometia el peligro, y su nombre el que sonaba mas alto entre las aclamaciones del triunfo.

Llegada la escuadra á las costas del Perú, el jóven alférez, que, como hijo de aquel litoral lo conocia palmo á palmo, se hizo el mensajero y el portador de todas las comunicaciones entre Cochrane y los patriotas.

Despues de un brillante estreno en los primeros combates que trabó la escuadra con los buques españoles surtos en la rada del Callao, Vidal, comprometido con lord Cochrane á traer y llevar de Lima en treinta horas una comunicacion importante, desembarcó acompañado de algunos hombres, entre una roca cerca de Supe. Ocultó allí su gente; deslizóse como una sombra entre la guarnicion española que bordaba la costa; corrió á una hacienda inmediata perteneciente á un amigo de su familia; pidióle un caballo cuya velocidad le era conocida, saltó sobre él y desapareció.

Treinta horas despues, desempeñada su comision y de vuelta entre los peñascos donde lo esperaban los suyos, en vez de embarcarse, mandó solo las comunicaciones á lord Cochrane, escribiéndole algunas palabras con lapiz sobre la cubierta del pliego. La repuesta del Almirante fué enviarle un destacamento de cuarenta hombres.

Vidal condujo aquella fuerza á la vera de un camino, y la apostó entre las sinuosidades de una hondonada.

De allí á poco un convoy de dinero que el virey mandaba embarcar en Guambucho cruzaba el camino custodiado por una fuerte escolta.

Vidal se arrojó sobre ella, la deshizo y apoderado del tesoro lo llevó á bordo de la Almirante.

Luego, Cochrane, dándose á la vela hácia aque-

lla caleta, envió á Vidal de registro á bordo de un bergantin francés, de donde estrajo 60 mil pesos y muchas municiones de guerra, uno y otro pertenecientes á los españoles.

Como se vé la aventurosa escursion del jóven alferez al través de tantos peligros, habia sido fecunda en resultados.

En esos dias, de vuelta á Supe, batiéndose en tierra á las órdenes de Miller con una fuerza realista que fué deshecha, arrebató el estandarte español de las manos de un colosal abanderado; anudó en la lanza su faja azul, divisa de los libres, y continuó el combate cantando una cancion de triunfo, con la alegria del niño y la serenidad del héroe.

La bulliciosa valentía de aquel rapazuelo, impuso de tal modo al enemigo, que el comandante Camba, llegando con una fuerza considerable en ausilio de los suyos, no se atrevió á atacar á los patriotas, y los dejó alejarse llevándose con un botin valioso, la bandera española y el honor del combate. ¿Qué es el poder de la fuerza material ante el poder sublime del espíritu?

Así, viendo siempre aquella figura de niño, ya á bordo, ya en tierra, agitarse en lo mas rudo de las refriegas, los españoles que llamaban á Cochrane *el diablo*,—apellidáronlo á él *el diablillo*. Y con este nombre aprendieron á estimarlo; porque el diablillo, bravo como un paladin, era humano y generoso en el triunfo.

En la toma de Pisco, cuando los patriotas avanza-

ban entre un mortífero fuego, Vidal viendo caer á su gefe mortalmente herido, lo levantó en sus brazos y siguió el combate con imperturbable serenidad.

Poco despues, en las aguas de la Puna, cuando Cochrane yendo en busca de una vela enemiga, se halló al frente de otras dos y las atacó, el pequeño alférez impacientado con la dilacion, fiel á su costumbre é infringiendo la severa disciplina marítima, se puso á cantar en todos los tonos de la escala cromática:—¡Abordaje! ¡abordaje! ¡abordaje!—siendo el primero que á la voz del almirante, echó el garfio y saltó al puente de la *Aguila*.

En seguida á esta captura, encontrándose la escuadra exhausta de víveres, ordenó el almirante al capitan del *Lautaro* fuese á tomarlos en Balao, pueblo situado entre bosques sobre una de las bocas del Guayás, y ocupado por una fuerza de quinientos realistas, que atrincherados en fuertes parapetos, rechazaron á la guarnicion del *Lautaro*.

Pero al mismo tiempo que este marchó sobre Balao, Vidal, al mando de cincuenta hombres, desembarcaba en las raices de un manglar, á diez cuadras de aquel punto.

Por lo bajo del bosque se estendia una red de enmarañados matorrales, de lianas y troncos derribados, que embarazando la marcha, la hacian imposible. Pero Vidal no se detuvo ni vaciló ante aquel obstáculo. Formó su gente, le ordenó seguir su ejemplo, y dando la voz de *adelante!*—asióse á las ramas de un mangle, y escaló el bosque como hubiera escalado una muralla, desapa-

reciendo con su tropa entre las copas de los árboles.

Los realistas, confiados en su escelente posicion y ufanos con el buen éxito de su resistencia, estaban lejos de sospechar la proximidad del aéreo enemigo, que cayendo de repente de lo alto del tupido ramaje, se arrojó sobre ellos y los dispersó.

La escuadra pudo entonces proveerse de víveres frescos para emprender su espedicion á Valdivia.

Un dia, 3 de febrero, Cochrane con una fraccion de su escuadra, llegaba á las costas de Valdivia y entraba en un canal erizado de fuertes.

Anochecía. El mar estaba borrascoso y el fuerte *Inglés* lanzaba torbellinos de metralla sobre tres esquifes que desafiando sus fuegos y los de doscientos cazadores españoles que guarnecian la playa, avanzaban intrépidos entre el tumulto de las olas que amenazaban estrellarlos contra las rocas.

Del primero que toca la arena saltan cuarenta hombres que se arrojan á la bayoneta sobre los realistas, que huyen despavoridos. Síguenlos; los acuchillan, acaban de dispersarlos, y avanzan hácia el fuerte por una senda escarpada.

Miller que manda aquel puñado de valientes, tiene necesidad de quedarse á esperar el desembarque del resto de la tropa. Reemplázalo un jóven oficial listo y turbulento, que saltando de peñasco en peñasco, se adelanta sonriendo.

—¡Tambor!—gritó—paso de ataque!—Y viendo al

volverse, que la caja habia sido llevada por una bala :—
—¡No importa!—añadió. Y tarareando el paso de carga, llegó bajo los fuegos del enemigo; arrojó su gorra á lo alto del fuerte enviándole una amenaza en esas palabras de heroica puerilidad que despues pasaron á proverbio.—*A donde mi gorra vaya, allí voy yo*, y desapareció con su gente entre las sombras de la noche, al mismo tiempo que el Almirante llegaba allí con el grueso de sus fuerzas y recibia, devolviéndolo, un granizo de fuego.

De repente oyóse á espaldas del fuerte la detonacion de una descarga seguida de tumultuosas aclamaciones. Las puertas del fuerte se abrieron con violencia, y su guarnicion se precipitó afuera, huyendo espantada hácia los otros fuertes.

Era que el jóven oficial habia cumplido su promesa: para reunirse á su gorra habia escalado el fuerte, sorprendido á los españoles, puéstoles en derrota, y ahora los persigue acuchillándolos de fuerte en fuerte, segundado ya por sus compañeros.

Asi, al cabo de algunas horas, los patriotas se habian hecho dueños de toda aquella línea de fortificaciones.

Cochrane abrazó al jóven.— «Diablillo de las costas del Perú, le dijo riendo para ocultar su emocion, cantorcito de las refriegas, héroe de las marchas aéreas sobre los manglares del Guayas,—¿cómo has hecho para escalar este inexpugnable fuerte? El jóven sonrió con modestia, aunque bien pudiera respon-

der como en la leyenda del fundador de Alba—*Trepamos como gatos; peleamos como leones* .....

En nuestro tiempo esa hazaña habria puesto la pluma blanca en la cabeza del jóven y un millon á sus piés. Pero tuvo una recompensa mas digna de él. Desde ese dia, el fuerte que tomó con tanto denuedo, se llamó *Fuerte de Vidal.*

Despues del asalto de Chiloé donde hizo prodigios de valor, incorporado al ejército de los Andes, Vidal fué presentado á San Martin, que entusiasta de sus hazañas habia pedido su ingreso entre las huestes que mandaba.

Héroe en toda la sublime acepcion de esta palabra, nadie supo apreciar mejor á aquellos que se le parecian. Su mirada de águila se fijó con curiosa admiracion en el semblante del jóven oficial: estrechóle la mano en silencio con la confraternidad instantánea que se establece entre valientes, y llevándolo aparte habló largo tiempo con él á solas.

Por resultado de esta conferencia, Vidal con otros tres compañeros se embarcaba al dia siguiente, y hacia vela para las costas del Perú.

Su mision era preparar con los patriotas el desembarque de la espedicion libertadora; y á este efecto traia comunicaciones importantes, y proclamas que debian esparcir en todo el litoral.

A la altura de Huarmey, la balandra que los conducia descubrió una linea de agua que pocas horas

despues la echó á pique. Los pasajeros escaparon en una balsa; pero el mar estaba grueso y la volcó á tres millas de la costa.

Vidal, que previó la catástrofe no quiso esperarla: y cargando consigo las cajas selladas que contenian la correspondencia de San Martin, se arrojó al agua y nadó hácia la costa.

Grande era la distancia; pero él que sabia mantenerse con igual seguridad sobre la cresta de una ola que en el lomo de un caballo, despues de cuatro horas de lucha con las terribles rompientes de la costa, tocó al fin la arena; desnudo y fatigado, pero trayendo siempre el depósito que se le habia confiado.

Hallábase en una playa desierta, bajo un sol de fuego, sin agua ni recurso alguno. Sin embargo, Vidal no se desanima. Entierra las comunicaciones al pié de un cerro, señala el sitio, y se marcha tierra adentro. Encuentra una cuadrilla de bandidos que lo rodean, lo ausilian y le preguntan quien es. Dáse por un marinero escapado del naufrajio. Interesa al capitan que le propone enrolarse en su banda.

La perspicaz imajinacion de Vidal vió en esta idea un mundo de recursos para el desempeño de su comision. Aceptó pues, pero á condicion de que se le dejaran hacer sus escursiones solo y sin tomarle cuenta del modo ni del tiempo que empleara en ejecutarlas.

Dificil era aquello; pero el mismo sentimiento

que habia inspirado á San Martin la vista del jóven, se hizo tambien lugar en el alma del bandido. José Cerrano consintió en todo. Lleváronlo á su guarida; tiñeron su rostro con el jugo de un arbusto; caláronle como peluca la lanuda piel del cráneo de un negro; vistiéronlo de jerga, hiciéronlo en fin, á su imájen y semejanza, y el héroe de Valdivia comenzó la mas estraña de todas sus campañas.

A pocas leguas de Guarmey, una rica hacendada tia de Vidal, tenia su residencia en una de sus posesiones.

Una noche, hallándose sola en su cuarto, la buena señora vió entrar un negro mal entrazado, que echando el cerrojo á la puerta, vino hácia ella y la estrechó en sus brazos. Llena de miedo iba á gritar pidiendo ausilio. El negro la llamó por su nombre, y la dama reconoció á su sobrino, que le esplicó los motivos que lo obligaban á vestir aquel disfraz. La señora, que como toda la familia de Vidal, era patriota hasta el fondo del alma, entró gozosa en todos los planes de su sobrino.

Desde ese dia, y durante dos meses, Vidal hizo frecuentes visitas al cerro de Tamboreras. Desenterraba comunicaciones, les ponia fechas segun las instrucciones de San Martin, traíalas á Lima ó á otros puntos, y volvia á casa de su tia, donde esta le llenaba los bolsillos de oro, que él llevaba á José Cerrano como fruto de sus correrías.

Así, robándose á sí mismo, pues era heredero de su

tia, logró proporcionarse un asilo seguro, y los medios de desempeñar su comision aun mas allá de las esperanzas de aquel que lo habia enviado.

Todo esto no pudo hacerse sin que los realistas sospecharan, en las ráfagas de rebelion que soplaban en torno suyo, la presencia de un poderoso ajente. Diéronse órdenes severas, y pusieron subido precio á su aprehension. Pero el ser misterioso que buscaban se deslizaba de entre sus manos siempre invisible.

Un dia los ladrones no vieron volver mas al activo colaborador de las auríferas presas. Creyéronlo muerto y hubo duelo en el aduar. Era que cumplidas las instrucciones que habia recibido, reunidos de concierto con los patriotas todos los elementos necesarios al arribo y desembarque del ejército de San Martin, preparado todo para la libertad de su patria, y sabiendo que la espedicion libertadora se hallaba ya en Ancon, Vidal habia concebido y puesto en ejecucion una empresa atrevida, verdaderamente digna de él.

Hallábase en Supe reuniendo caballada un escuadron de dragones de 180 plazas. Habia ya completado el número y se disponia á marchar á Huaura para reunirse allí al batallon Burgos. Vidal tomó consigo diez jóvenes, amigos suyos de infancia, valientes como él, y como él resueltos, y dióse á vagar en torno al cuartel.

Era este una casa de altos paredones dividida en dos patios. En el primero, habiendo ya tocado á bo-

tasilla, estaban los caballos listos; en el segundo, los soldados tomaban su rancho al rededor de la gamella.

Vidal aprovecha este momento: arrójase sobre el centinela y lo desarma. En seguida corre á cerrar la puerta que conduce al segundo patio, dejando á los dragones desarmados y en completa incomunicacion. Sorprendidos y creyéndose atacados por una numerosa fuerza, se rinden, entregando á su jefe y oficiales.

Vidal apoderado de ellos y de la caballada que llevaban consigo, marchó á reunirse con San Martin que habia desembarcado en Huacho.

Desde entonces la existencia de Vidal fué una série de combates y de triunfos. Nunca la causa americana debió tanto al brazo de un hombre solo. La imajinacion se fatiga siguiendo su huella en esa campaña de seis años, palenque cerrado en que no pasó un dia sin pelear y vencer. Impetuoso hasta la temeridad, centuplicándose en todos los sitios donde habia peligros que desafiar, siempre á caballo, empuñada la lanza ó la espada, se le vé, ora arrojarse con unos pocos soldados sobre un batallon vencedor, poniéndolo en vergonzosa fuga, como en Huampani; ora flanqueando al ejército enemigo apresarle su retaguardia como en la retirada de La-Serna; ora entrando casi solo en Lima ocupada por numerosas fuerzas realistas, sorprender sus centinelas

y arrebatar sus patrullas, dejando en pos de si sangrientas señales de su paso.

No hay un solo palmo de nuestro territorio, desde Tumbes hasta el otro lado de los Andes, que no sea testigo de alguna de sus hazañas: uno solo cuyos ecos no repitan su nombre.

San Martin le habia dicho al hacerlo capitan:—«Camarada, usted es el primer soldado del Perú»—Vidal fué mas allá—fué el primero de sus campeones. Si! porque habiendo combatido como nadie para cimentar su libertad, como nadie tambien se consagró á defender sus instituciones. Centinela avanzada del órden y de las leyes, jamás transigió con los que osaron amenazarlos.

Llegados los dias luctuosos de la invasion Boliviana, cuando el ausiliar se convirtió en conquistador y que el sagrado pabellon bicolor fué cruzado con una bastarda barra; mientras aquellos que provocaron la catástrofe buscaban en el estranjero los honores del ostracismo en una cobarde desercion, abandonando á la patria moribunda, Vidal se quedó en su seno, espiando lleno de fé el primer rayo de la aurora de Yungay para salvarla. Y en las terribles peripecias de la guerra civil, donde sucumbieron el honor y la conciencia de todos, él, sofocando muchas veces las afecciones del corazon, desde la Garita de Moche hasta los campos de la Palma, consagró siempre su brazo y su espada al gobierno constitucional; sin que pudieran fal-

sear su severa integridad las simpatías del alma ni las seducciones de la fortuna.

¡Dichosos los que pueden retemplar su patriotismo y sublimar su nombre en el crisol de una guerra nacional! Dichosos todos los que hallaron la senda del deber en el terreno de la gloria.

A LOS LECTORES.

Amigos y admiradores de doña Juana Manuela Gorriti, no pretendemos hacer la crítica de las novelas y artículos literarios que componen sus obras completas: no encontrariamos sino luz, no alcanzariamos á distinguir las sombras y en vez de crítica habriamos hecho un pálido elogio.

Por esto creemos servir mejor á la gloria de la eminente y tiernísima escritora, reproduciendo todo lo que la prensa periódica ha dicho sobre sus escritos ó con referencia á su persona: el juicio de los periódicos argentinos formará el pedestal del monumento que la presente edicion levanta á la celebridad de esta compatriota.

Donde quiera que lleguen estos libros desde que haya sensibilidad en el lector, algunas lágrimas derramará como debido tributo al talento desgraciado, cuando en las gratas horas de solaz abra estas pájinas para aspirar á raudales los suaves perfumes de las auras americanas. Corazon de mujer sacudido rudamente por la desventura,

ha dejado estampada la huella profunda del dolor en todas sus obras, y su lectura es conmovedora y melancólica.

Faltaríamos empero á nuestro deber de leales amigos de la señora de Gorriti, al terminar la tarea que nos impusimos de dirijir esta edicion, sino tributásemos nuestro agradecimiento al bello sexo que tan noble y generosamente ha contribuído á honrar á la compatriota ausente. La notable lista de suscripcion que publicamos compuesta de las mas distinguidas matronas y señoritas de esta capital, es el mas elocuente testimonio del interés que han tomado para honrar el mérito, y una prueba de la nobleza y la bondad de la mujer argentina: apenas iniciamos el pensamiento de reunir y publicar todas las obras de la señora de Gorriti, poniendo la edicion bajo el amparo del bello sexo, cuando el éxito mas cumplido coronó nuestros esfuerzos. La edicion es costeada por las argentinas, á ellas pertenece el honor de haber perpetuado el nombre de la ilustre escritora, contribuyendo á hacer inolvidable su memoria en los anales literarios de la República Argentina.

En nombre tambien de nuestra distinguida amiga, damos las gracias á las señoras que tan benévolamente se han suscripto, y así lo hacemos en virtud de su especial recomendacion.

Noviembre de 1865.

VICENTE G. QUESADA.

LA PRENSA ARGENTINA Y LA SEÑORA DE GORRITI.

(Juicio sobre sus obras y noticias referentes á su persona.)

I.

LEJOS DEL HOGAR.

A la señora doña Juana Manuela Gorriti.

I.

Desde la orilla del rio que los indios llamaron en su poético lenguaje *pariente del mar*—Paraná,—sin duda por su magnificencia y el caudal de sus aguas correntosas que se dirijen al Oceano, he visto muchas veces descender el sol iluminando con sus últimos rayos las nubes que le acompañaban en su adios, dejando al ocultarse la luz tan dulcemente melancólica del crepúsculo de nuestro pais: de esa hora de inefable y serena hermosura, precursora de las noches argentinas, tranquilas y despejadas. ¿Las habeis olvidado? ¿os acordais señora, de esa luz crepuscular, alumbrada por la cual jugariais sin duda

siendo niña, cuando habitabais en vuestro hogar? Dicen que allá en vuestra provincia natal son bellísimas las tardes, perfumadas las auras, celeste el cielo, transparente la atmósfera ¡los niños aman tanto aquellas escenas! Y los que tienen vuestra alma, vuestro talento, vuestra intelijencia, deben haber amado aun mas en sus juguetes infantiles los bellos espectáculos de la naturaleza. ¿Los habeis olvidado? Vuestros libros responden por vos; los recordais aun puesto que los describis hermoseándolos.

Cuando escucheis el murmullo del Rimac, cuando contempleis el ocaso del sol, cuando las brisas rosen vuestra frente inspirada, señora, pensad que fué á orilla de uno de los rios de vuestro pais donde un compatriota vuestro leyó por primera vez vuestras obras.

Era la tarde, el sol descendia rodeado de nubes que en estrañas y fantásticas figuras se agrupaban, separándose al soplo de las auras para dejar lucir sus últimos y dorados rayos en su ocaso. Era una despedida amorosa de las nubes de su amante el sol, que les enviaba cariñoso su moribunda luz. Contemplaba estasiado aquel magnífico espectáculo: el Paraná corria murmurando entre los árboles de las islas, lamiendo el pie de las barrancas, y en el horizonte la silueta azul de los montes empezaba á envolverse en la húmeda atmósfera de las aguas al caer el dia.—¿De donde venian tan lijeras esas aguas que tan rápidamente pasaban para confundirse en el seno inmenso de su pariente el mar? ¡Cuantas miradas se habrian detenido sobre esa superficie suavemente ondulada y correntosa, que anda, anda y no cesa en su curso sino mezclándose con las embravecidas olas del Oceano?

Señora, yo tenia en las manos un libro, su título decia: *Recuerdos de la infancia*, era una hoja del album de un peregrino. Ese libro pintaba con coloridos tan maestros los cuadros como naturales eran las sombras y brillante la luz; habia tanta ternura en esas pájinas *y un no sé qué* tan pro-

fundo de tristeza, que volví preocupado con la lectura de quel libro y la contemplacion de aquella tarde.

La autora de ese libro erais vos, señora. Las aguas que jugueteando corrian presurosas me recordaron las escenas de la niñez que corren tan veloces para confundirse despues en el inmenso dédalo social, ajitado, terrible, mezclado de tormentas y de lágrimas! Yo estaba como vos, señora, lejos del hogar de mi niñez! Como vos, á los recuerdos de la infancia se mezclaba el santo recuerdo de las tumbas: como á vos esos recuerdos sacudian rudamente mi corazon para avisarme la ausencia eterna de mi padre! de mis hermanos! El hogar estaba triste ya para no alegrarse nunca; porque do quiera que mis recuerdos de niño me llevasen, sombras amigas me tendian las manos, pero eran sombras! porque ¡ay! algunas tumbas encierran ya el despojo de los mios.

Lejos del hogar! lloraba al recordar mi infancia, recuerdo que avivó la sentida descripcion que haceis de la vuestra: vos me conmovisteis, pues, y mis lágrimas cayeron sobre las bellísimas pájinas de vuestro libro.

II.

¡Recuerdos de la infancia! escenas placenteras y seductoras que pasasteis veloces para no volver y que estais ahora mezcladas con las ajitaciones de la vida ¡adios! Recuerdos evocados por la lectura de vuestro libro, reminiscencias inolvidables de la primera edad, refrescad mi frente preocupada por la narracion seductora de las vuestras!

Ayudada por vuestra memoria y á la triste luz de la lámpara del proscrito, habeis reconstruido el Chamical, sus edificios derruidos, sus arboledas, sus jardines, y habeis evocado los recuerdos que quedaron gravados en la ardiente é impresionable imajinacion de la que entónces era niña: al hacerlo se han levantado para ayudar vuestra memoria la sombra de los muertos, y vuestras reminiscencias están em-

papadas en lágrimas, escritas á la sombra melancólica de las tumbas!

Cada una de esas pájinas encierra una ternura tan profunda, la luz de los cuadros está mezclada de medias tintas tan propias, que al leer vuestros *recuerdos de la infancia* parece sentirse el aire que mece las arboledas que describis y distinguirse la suave luz de la luna en los corredores del Chamical, y la ilusion fascina: impresionais, señora, con vuestras decripciones. Hay sin embargo en la suave melodía de vuestro lenguaje y en el jiro espontáneo de vuestros pensamientos, un no sé qué de melancolía que se asemeja al canto triste del bardo.

Escribís lejos del hogar! ya no teneis á vuestro lado á los que os amaron en vuestra niñez, á los que os acompañaron en vuestros juegos; ya no mirais aquellas arboledas, aquellas flores, aquellos matorrales y aquella hermosísima campiña de vuestro pais, el Chamical no existe! Algunas tumbas han ido quedando en el camino de la vida, amigos y compañeros que fatigados duermen el sueño de la muerte!

Tambien yo escribo lejos de mi hogar; tambien duermen el sueño de la muerte aquellos que alegraron mi niñez! Los recuerdos de la infancia que habeis evocado, señora, en vuestro precioso libro, despertaron en mi memoria el recuerdo de la mia. El ángel de la muerte me pareció se levantaba desplegando sus alas á la luz moribunda del crepúsculo, para decirme «tu hogar está desierto». ¡Ay! señora, vuestro libro ha sido para mi la evocacion terrible de los espíritus del mundo de los sueños y de las visiones!

III.

Apesar de la ausencia no olvidais la patria. Vuestros libros están llenos de recuerdos de la tierra natal; recuerdos embellecidos por el santo amor del peregrino, engalanados por vuestra poesía, vivificados por vuestros sentimientos. *El*

Guante negro—Los recuerdos de la infancia—El lucero del manantial—son preciosas producciones que encierran suavisimos perfumes y vagas armonias, que revelan que sufris el *mal del pais*, la nostalgia! ese dolor misterioso de los que viven lejos de la patria y de sus lares. Es imposible leer vuestros libros sin sentirse engreido al reconoceros argentina: porque las escenas son argentinas y argentinos los héroes de vuestras novelas.

En vuestros libros se encuentra naturalidad en el argumento, verdad sostenida en los caracteres, fuego y colorido en los cuadros, moralidad consoladora en las tendencias, y un espíritu tranquilo dirije el desarrollo de los detalles; el conjunto halaga el corazon. Vuestras novelas merecen ser analizadas: habeis aprendido á contemplar lo bello en las obras de Dios y dais á las vuestras una originalidad tan natural como sencilla.

Hay en la delicadeza de los sentimientos que pintais y en las escenas que describis, ese esquisito tacto que revela el corazon de la mujer: la lectura de vuestros libros produce el efecto de las brisas perfumadas, embelesan y encantan.

Hablais de la patria con entusiasmo, amais la libertad como un culto, y en vuestros libros palpitan estos sentimientos de un modo fascinador.

Vuestros escritos enriquecen las letras americanas y honran la patria de vuestro nacimiento; no desmayeis, señora, en vuestra brillante carrera de escritora—¡adelante! ¡adelante! el porvenir es vuestro y la celebridad recompensará vuestras tareas. Desde la orillas del Paraná, lejos como vos, señora, del hogar paterno, tributo entusiasmado el homenaje debido á vuestro talento.

VICENTE G. QUESADA.

Paraná, 1861.

(Revista de Buenos Aires—t. I. p. 88.)

[redacted]

es el único lauro que se recoje en estas lides pacíficas de la intelijencia, no ha desanimado á los aficionados, que á veces tienen que abandonar sus tareas para procurarse en otras ocupaciones medios de vivir. Causa verdadera pena conocer la historia de muchos escritores, viviendo pobres, pero trabajando con fé.

A la indiferencia del público por estos trabajos, mézclase con frecuencia la culpable desidia de los gobiernos: el literato no tiene entre nosotros ni estímulos ni provecho. ¿Porque escribe entonces? Porque obedece á una ley superior á las necesidades físicas, porque satisface una necesidad del espíritu trasmitiendo sus ideas; porque los frutos de la intelijencia se producen fatalmente como las flores, obedeciendo á leyes inviolables. Y esto movimiento es entre nosotros cada dia mas activo y mas fecundo.

Mientras tanto, si fuese posible comprender el orígen de muchos trabajos descubriríamos quizá profundos dolores, necesidad de olvidar la vida real en el mundo del sentimiento y de la razon: esa vida intelectual tiene sus evoluciones fatales que se cumplen apesar de todos los obstáculos. El poeta canta por que siente, y ademas por que tiene necesidad de dar espansion á su alma, porque la inspiracion es superior al cálculo. En efecto, cantando vive aun cuando sufra privaciones físicas. Y asi como el poeta obedece á una exijencia de su organizacion esquisita, el escritor obedece tambien á una ley superior que lo impulsa á trasmitir sus ideas; aprende para escribir, porque escribiendo vive el espíritu aun cuando perezca el físico. Y bien ¿porque entonces tanto egoismo entre los mismos aficionados á las letras?—¿porque no cooperar por todos los medios á crear en el público la necesidad de consumir esas producciones, convirtiendo lo que hoy es improductivo en una ocupacion honrosa y lucrativa? El dia que entre nosotros la literatura sea una profesion de lucro, es indisputable que la sociedad habrá ganado en cultu-

ra y civilizacion, porque solo en los pueblos verdaderamente civilizados los escritores pueden adquirir fortuna con sus trabajos. Y en verdad, el consumo de un artículo prueba una necesidad satisfecha, y un pueblo que no compra las producciones literarias, históricas y científicas, es porque no tiene esas necesidades, es decir, porque carece de verdadera civilizacion. En los Estados Unidos sobre todo, el pueblo no puede vivir sin leer, leyendo compra libros y esa lectura ha dado un desarrollo fabuloso á la república. En Francia el escritor que se distingue adquiere gloria y fortuna, en Inglaterra sucede lo mismo, y en Alemania centenares viven con holgura del fruto de los trabajos intelectuales. En España la fortuna sonrie ya á las letras y las numerosas ediciones de los escritores favoritos del público, augura la fortuna al hombre de talento y de labor.

Este es un hecho: si este hecho no puede ocultarse al economista que estudia los medios de producir la riqueza, ¿como se esplica la indiferencia culpable del gobierno? Porque en vez de abaratar los elementos indispensables para el escritor, la materia primera, si se nos permite hablar así, se recarga con impuestos aduaneros crecidos y absurdos el papel de imprenta, los tipos y los útiles tipográficos, aumentando asi los costos del libro impreso en el pais? Ya no es solo la falta de proteccion al escritor, sino que se grava con impuestos los medios de poner en circulacion y hacer vendible, el trabajo intelectual. En vez de estímulo son obstáculos! En vez de tratar de crear una industria lucrativa en el libro impreso en el pais, en beneficio del escritor y del público, abaratando las materias que forman la base de ese producto, exonerando de impuestos el papel de imprenta y los útiles tipográficos, por una parte; y estimulando por otra, con recompensas honoríficas al talento— vemos que la autoridad encarece ese producto y desdeña el escritor, porque es desdeñarlo el olvidarse de él.

Y sin embargo, hoy somos testigos de un hecho que preocupa á los espiritus pensadores—jamás Buenos Aires ha tenido un número mayor de periódicos literarios y de revistas; el movimiento tipográfico del último año ha sido notable, como puede juzgarse por el artículo del doctor Gutierrez que publicamos en el número 10. ¿Cómo se esplica este fenómeno? ¿Son productivas esas empresas? Casi podemos asegurar que la mayor parte apenas dan para los gastos, y apesar de eso los escritores aumentan. Necesario es entonces que la autoridad fije su vista sobre este hecho que se realiza á los ojos de todos, y cuide de darle prudente direccion, ¿como, se dirà? Lo hemos ya dicho: recompensando con premios honoríficos al escritor de talento, segun su mérito; facilitando la circulacion del libro impreso en el pais, exonerándolo de todo impuesto, lo mismo que al papel de imprenta y á los útiles tipográficos: es decir, protejiendo al escritor y al industrial, que ambos concurren á dar vida y poner en circulacion el trabajo de la intelijencia,—el libro impreso ó el periódico.

Pero, si la autoridad cruza indiferente los brazos ó desdeñosa sonrie ante las angustias del escritor,—¿qué haremos los individuos? Nuestra opinion es que debemos trabajar sin descanso, sea que la autoridad proteja al escritor, sea que lo hostilice, es decir, con ella, sin ella, apesar de ella. Es preciso crear una posicion al hombre de letras á toda costa, de cualesquier modo: es indispensable dignificar al que escribiendo consagra con buenos fines, su tiempo y su talento.

Somos de aquellos á quienes no falta la fé cuando el propósito es bueno, y confiamos siempre en el buen sentido del pueblo; porque somos republicanos y pensamos que la razon se encuentra en las mayorias, cuando estas se forman libremente, sin el artificio y amaños de los falsos demócratas: y creemos que el pueblo rara vez es sordo cuando se le hace comprender la verdad.

Poco podemos hacer pero queremos hacer lo que po-

«car un conducto seguro para mandar á usted todo lo que «tengo escrito, así inédito como publicado. *Quiera Dios que «encuentre en mis compatriotas* la generosa y fraternal acoji-«da que usted se ha dignado darle.»

La señora Gorriti nos autorizó plenamente para esta impresion. «Ruego á usted, nos dice en carta de 5 de octubre de 1863, «que la edicion con que vá á honrarme tenga por «título—*Sueños y realidades.*» He ahí por què hacemos la edicion bajo este nombre.

Como el editor no aspira sinó á cubrir sus gastos, y nosotros solo dirijimos la edicion como amigos de la autora, el precio de suscripcion será sumamente módico. Cada semana se repartirá una entrega de 16 pájinas en 8 °, en escelente papel, esmeradisima impresion, con un tipo nuevo y elegante y costará *tres pesos moneda corriente.* Esta obra la dedicamos al bello sexo bajo cuya proteccion la ponemos, y á fé que hasta ahora nadie ha apelado en vano á la nobleza y la bondad de la mujer en nuestro pais. Oportunamente se anunciarán los parajes donde queda abierta la suscripcion.

La autora de estas novelas, la simpática y distinguida señora de Gorriti, merece que sus compatriotas le demuestren por una numerosa suscripcion, la estimacion que ha despertado su constante laboriosidad. Esta argentina vivia en la ciudad de Lima con el producto de diez horas diarias que consagraba á la enseñanza, mientras en sus ratos de ocio dejaba correr su pluma bajo la inspiracion de sus preciosos cuentos, de sus espirituales narraciones y de sus injeniosas novelas; hoy reside en la Paz, en Bolivia. El juicio que de sus obras ha publicado *La Revista*, debido á nuestro amigo el señor Torres Caicedo, hace el mas cumplido elojio de esta escritora, cuya fecundidad es verdaderamente sorprendente.

Si la acojida del público corresponde á nuestras esperanzas, tendremos la grata satisfaccion de probar á nuestra intelijente compatriota que ni la distancia ni otras ocupaciones mas

apremiantes, nos hacen olvidar lo que debemos al mèrito y al verdadero talento. Honrando à esa escritora, estimulamos á los que se consagran á las letras, demostramos que la asociacion es el medio mas eficaz para levantar á los que trabajan y esperan.

Si cada uno en su esfera se empeñase en alentar á los que con empeño consagran su tiempo al cultivo de las bellas letras, seguros estamos que se cambiaria pronto la situacion insegura del escritor americano y se haria una profesion que diese gloria y provecho. Entonces muchos talentos podrian consagrar su tiempo á las tareas del espiritu y la sociedad ganaria, porque el mas seguro medio de saber cual es el estado de cultura de un pueblo es por su literatura. Esta no jermina en las sociedades incultas, ni florece sinó al soplo vivificante de la paz y de la libertad.

Las novelas de la señora Gorriti se distinguen por sus tendencias morales, de manera que pueden sin peligro ser leidas por la familia «que sea mas dada á la práctica de la virtud.» Este caracter de moralidad las hace una joya digna de estimacion, y bueno es que se conozcan como contra veneno á la lectura corruptora de algunos novelistas franceses, cuyos escritos preparados para *loretas* y *grisetas*, es pernicioso se introduzcan en el hogar de las familias, derramando verdadero veneno en el inocente é incauto corazon de las vírjenes.

¡Oh! cuan grato seria para nosotros anunciar á nuestra àmiga que sus compatriotas la tienden la mano y la recompensan de este modo en su vida de continua tarea! Decirla: —vuestra esperanza está cumplida! las hijas de Buenos Aires saben amar todo lo que es noble y grande, y se complacen en contar entre sus compatriotas á la inspirada escritora del Rimac.

La señora Gorriti no conservaba sus escritos y ha tenido que hacerlos copiar hasta en la Biblioteca de Lima. «Como «no he querido publicar aqui, nos dice en carta de 6 de se-

«tiembre de 1863, nada de esplícitamente íntimo, sino á mas «no poder y cuando ya no me ha sido posible escusarlo, le en- «vio á usted en borrador los capítulos que ligan el romance «*Gubi Amaya* con el que se titula *Un drama en el Aridtico* y «que hacen una serie.»

«Agradezco á usted en el alma la molestia que se toma «por su amiga, y le prometo hacerme digna del afectuoso in- «terés que me consagra.»

Un mal genio ha impedido que antes de ahora hubiésemos llenado nuestra oferta, porque los manuscritos que en tres distintas ocasiones nos envió nuestra amiga, se perdieron.

«Respecto á los manuscritos, nos dice en una de sus «cartas, quédanme los borradores; y aunque ellos, como «usted sabe, solo son el plan de los romances, me es fácil «rehacerlos ayudada de la memoria y de esa coincidencia in- «falible en la inspiracion.»

«Casi todo cuanto envié á usted es inédito, incluso *La «hija del Mas-horquero*, de la cual solo se publicó un capítu- «lo, por haber desaparecido con su editor, á causa de perse- «cucion política, el periódico que la daba en su folletin.»

«Todas estas novelas las guardo para enviárselas á usted cuando realice el propósito de hacer revivir *la Revista* bajo el bello cielo de Buenos Aires.»

La autora ha cumplido su promesa: están en nuestro poder las novelas anunciadas, ahora es el público con quien debemos contar para honrar á aquella argentina, tan desgraciada, tan intelijente, tan laboriosa.

Cónstanos que de todas las novelas escritas por la señora de Gorriti, la que mas estima por el recuerdo íntimo y verídico, es *Gubi Amaya* y la série de *Fragmentos del album de una peregrina;* esas novelas son una historia de una perigrinacion misteriosa que en 1842 hizo la autora en su provincia natal.

«Dias de encanto y de dolor que dieron á su frente de veinte y dos años las únicas canas que tiene aun.»

III.

Nos encontrábamos dias pasados en un círculo íntimo de amigos de las letras, y hablábamos nosotros con entusiasmo de los escritos de esta argentina: ¡coincidencia singular! Entre los que allí estaban, un caballero la habia conocido: he aquí como nos refirió aquel encuentro cuyo recuerdo fresco en la memoria evocó sin esfuerzo.

Estábamos, nos dijo en la provincia de Salta, y tuvimos que visitar á la familia de Gorriti que residia en *Orcones*, su hacienda favorita, en la florida estacion del estío. Galopábamos aspirando con avidez el aire cargado de los perfumes de aquella campiña magnífica.

El sol terminaba su curso diario, y descendia rápidamente á su ocaso. De repente detuvimos el caballo: al pie de un árbol, vestida de blanco y con un libro en la mano, estaba sentada una mujer hermosa en la plenitud de la palabra. La juventud con todos los seductores encantos de la primera edad la adornaba de un modo fascinador, sus grandes ojos, dulces, pero de mirar profundo, detuviéronse sobre nosotros. Esa jóven era doña Juana Manuela Gorriti. ¡Cuan bella era entonces! No la olvidaremos nunca! nos dijo.

Quien diria que la hermosa lectora de aquella tarde, que la encantadora virgen de aquel sitio, llegaria á ser, andando el tiempo, la escritora distinguida! Cuando el viento de la desgracia asoló el hogar y el dolor marchitó las mejillas de aquella mujer, surjió la inspiracion, y es en el seno del pesar profundo y del amargo llanto, que esas novelas han sido concebidas!

Parece cumplirse á su respecto la terrible sentencia de Madame D'Abrantés—«*Les grands talents de toutes les âges n'ont adquis leur génie qu'au sein de la douleur*». Pero la señora Gorriti sabe perfectamente bien que la injusticia tiene un

término, y paciente y resignada devorando su dolor; ha sabido dominar las tribulaciones y las angustias, escribiendo pájinas palpitantes de vida, bellas y consoladoras.

Toutes les natures eleveès, les organisations les plus supèrieures ont eu à soufrir de l'abandon y de l'oublie des hommes. Il semble même que ce soit un droit de plus pour les trahir, et que l'orgueil d'être quelque chose au dessus des autres, doive les consoler du malheur de n'être plus rien dans le cœur qui leur ètait cher! (D'Abrantès—*Blanche.*)

Quiera Dios depararle dias de bonanza y de dicha, sirviéndole de consuelo la favorable acojida que sus novelas encuentren entre sus compatriotas, como la prueba de la estimacion que la profesan. Tal es nuestro deseo.

IV.

Al terminar la edicion publicarémos la lista de suscripcion, el contrato con el impresor y el producto líquido que la autora reciba en obras ó en dinero.

VICENTE G. QUESADA.

Julio de 1864.

(Revista de Buenos-Aires, t. 4.°)

SUENOS Y REALIDADES.

La Quena.

Tomamos la pluma bajo la impresion vivísima que nos ha producido la lectura de una novela. No escrita por Alejandro Dumas ni por ninguno de los privilejiados de la imajinacion, que hasta ahora tienen el derecho esclusivo de despotizar nuestra sensibilidad. No es una produccion del Viejo Mundo, donde, agotada ya la fuente de la orijinalidad y vulgarizadas las situaciones, á fuerza de repetirse, caen los autores en la exajeracion, en los excesos, y por consiguiente en lo absurdo. No es fruto de la pluma de George Sand, ni de la inspirada habanera, madre intelectual de Guatemozin y de Espatolino; y sin embargo, la novela que acaba de proporcionarnos deliciosos momentos, nos recuerda á cada momento, y sin poderlo resistir, las dotes mas relevantes de estas dos famosas sirenas de la literatura contemporánea. ¿Y cómo pudiera ser por ménos, si el autor á que nos referimos es del mismo sexo de estas dos últimas escritoras,—si siente como una madre y como una esposa y toma sus colores de artista en esa paleta rica y brillante como el íris, que Dios

coloca de cuando en cuando en la imajinacion fecunda del bello sexo?

La Quena—tal es el nombre de esa novela; y JUANA MANUELA GORRITI el nombre de su autora. Una tradicion bien conocida del Perú, es el asunto. Pero, ¿que importa el cuadro, ni la tela, ni el lugar de la escena? Todo esto desaparece ante la májia del pincel, bajo los estremecimientos delicados de la sensibilidad de la mano que la guia, bajo la nube de emanaciones ardientes y profundas que cargada de amor y de lágrimas se estiende sobre los cuadros y las escenas. Qué sentimiento de la naturaleza americana! qué profunda adivinacion de los secretos mas recónditos del alma humana! Qué estilo tan maestro! qué novedad y qué frescura de espresion!

Al fin hemos leido una cosa nueva y flamante entre ese diluvio de novelas en que, segun nuestros hábitos á la moda, ahogamos las horas de descanso. Al fin gozamos la sensacion de una fragancia que nos viene, sin *contrafaçon*, de las selvas verdaderas del Nuevo Mundo. Al fin con la lectura de esta novela podemos lisonjear al mismo tiempo la imajinacion y el sentimiento pátrio, considerando que quien nos causa tan cultas y dulces emociones, es una hija de este suelo rico en virtudes sociales, pero pobre todavia en productos de la intelijencia y del estudio.

La Quena—tiene un encanto particular para el hombre que la lea. En cada una de sus pájinas hay pedazos de un corazon de mujer, olvidado en ellas como listas de oro sobre una piedra de toque; allí pueden estudiarse la ley y sus quilates, y el inmenso valor de la sensibilidad femenina; su manera de sentir los afectos, y las modificaciones especiales que estos esperimentan dentro del generoso pecho destinado á abrigar y alimentar el hombre en la cuna.

Hemos creido que si callábamos nuestras impresiones, teniendo como tenemos la pluma de periodistas en la mano,

cometeriamos un acto de egoismo. Creemos mas, que como argentinos estamos obligados á pedir una proteccion especial, (en nombre de lo bello y del crédito de nuestra cultura) para la hermosa y correcta edicion de las obras de una argentina de génio, bella, desgraciada, y que desde los paises mas risueños tiene fijo su pensamiento, como en el ideal de lo mas perfecto social, en esta ciudad de Buenos Aires en donde ella deseára pasar la vida. Creemos que en el costurero de una señora porteña cuadraria tan bien un ejemplar de las obras de doña Juana Manuela Gorriti, como un vaso de flores. En la biblioteca de un hombre de gusto pueden ocupar un lugar al lado de las mejores producciones de la literatura americana, y los estranjeros todos pueden encontrar en las pàjinas de la señora Gorriti, cuadros y escenas americanas mas exactas que las que hasta aquí hayan podido estudiar en narraciones de viajeros.

El editor de esta obra reciba nuestro parabien y nuestro agradecimiento por el valioso presente que nos hace. La ilustre escritora dginese admitir la espresion sincera de nuestra simpatia y admiracion.

(*La Tribuna*, Junio 9 de 1865.)

BIBLIOGRAFIA.

En dos de las secciones de este diario se ha dado cuenta de la publicacion de las obras literarias escritas por la Señora doña Juana Manuela Gorriti.

Con tal motivo creimos innecesario agregar una sola palabra á las vertidas en justa admiracion de las dotes literarias que han hecho célebre el nombre de esa ilustre americana.

La carta que nos dirije el distinguido doctor Quesada, director de aquella publicacion, nos impone el deber de men-

cionarla recomendándola á la proteccion de los amigos de las bellas letars.

En nuestra opinion, los *Sueños y realidades* de la señora de Gorriti forman la mas bella diadema á que puede aspirar un novelista en el siglo XIX.

Por lo que respecta á la parte que tiene el doctor Quesada en la presente edicion, nada nos toca decir despues de insertar al pié de estas lineas la rectificacion que se ha servido hacer á un hecho local de *El Pueblo*.

Su noble desinterés le honra altamente.

Su reconocida dedicacion en bien de la literatura americana, es uno de los timbres que ostenta su inteligencia.

He aquí la carta á la cual nos referimos:

LAS OBRAS DE LA SEÑORA DE GORRITI.

Rectificacion.

Señor Redactor de *El Pueblo*.

Acabo de leer en su ilustrado diario un *hecho local* bajo el titulo que encabeza estas líneas, en el cual se me juzga benèvolamente, suponiéndoseme empero *empresario* de la edicion de las obras de la señora de Gorriti, y como este es un error, ruego á usted quiera publicar esta rectificacion.

Dirijo la edicion de *Sueños y Realidades* como amigo de la ilustre escritora, en honor y provecho esclusivamente de ella, no tengo ni quiero ningun interés pecuniario en la empresa sino el crédito y la celebridad de una argentina tan inteligente como tristemente desgraciada. Empleo pues, mi tiempo como amigo, desinteresadamente, en utilidad de ella.

El verdadero empresario, el que ha espuesto sus capitales y su imprenta con una generosidad que mucho le honra, es el editor don Cárlos Casavalle. La señora doña Juana Manuela Gorriti, mi ilustre amiga, no podía costear la edicion, yo no me encontraba tampoco en situacion de hacer desembolsos pecuniarios, apesar del profundo cariño que le profeso; entonces

celebré, como apoderado de aquella señora, un contrato con el señor Casavalle, quien se obliga á entregar á mi representada la *mitad de la edicion, en obras ó dinero.*

No soy por tanto *empresario,* soy simple representante de la señora de Gorriti y me he comprometido á dirigir y correjir la edicion *gratuitamente.*

Poseedor de todas las novelas de la señora de Gorriti, inéditas y publicadas, remitidas por ella para *La Revista del Paraná* y despues para la de *Buenos Aires,* quise hacer una edicion especial de sus obras completas para lo cual le pedí autorizacion y poder. Ella me lo confirió amplísimo pidiéndome llevase por título—*Sueños y Realidades.* Dos objetos tuve en esto: 1.° levantar á aquella argentina un monumento á su indisputable talento, estimulando asi el verdadero mérito: 2.° mejorar en lo posible su infausta situacion, pues entonces vivia en Lima dando lecciones, y hoy reside en Bolivia, sufriendo una afeccion al corazon tan grave como alarmante. Mi objeto y mi propósito no es el de un empresario, sino el resultado del afectuoso cariño que ella me inspira, del profundo respeto que tengo por su talento y de la simpatia que siento por sus amarguras y sus lágrimas.

Cuando anuncié en el tomo V. de la *Revista de Buenos Aires* esta edicion, dije bien esplícitamente:

«No poseemos sinó nuestra voluntad y nuestro tiempo, y ambos vamos á consagrarlos en provecho de aquella argentina. Si esta edicion no produce lucro á su autora, le producirá al menos honra y gloria pues la coleccion de sus obras es un monumento que elevamos á su talento.»

Hago esta franca declaracion, señor Redactor, porque no soy empresario de esta edicion, no pretendo *lucrar* con las novelas de la mujer á quien mucho estimo, de aquella por quien he tenido un vivo y sincero interes y cuya celebridad la miro como gloria nacional: mi objeto y mi propósito es otro, si hay *lucro* es para ella.

Deseo por esto que los lectores de su ilustrado diario

sepan, que yo intervengo y dirijo esta edicion como representante de la señora doña Juana Manuela Gorriti, *gratuita y amistosamente*, y que al dirijirla no he tenido el menguado intento de utilizar en provecho mio, el talento de mi amiga, la mas querida y apreciada para mi.

Tengo el honor etc.

Vicente G. Quesada.

2 de Junio de 1865.

(*El Pueblo*, 2 de Junio 1865.)

JUANA MANUELA GORRITI.

ARTICULO COMUNICADO.

Hijas del Plata, ángeles guardianes de ese Eden sembrado de tumbas y entregado por tanto tiempo á matanzas espantosas nada hay comparable á vuestra evangélica caridad, á vuestra sublime abnegacion. Vosotras olvidais vuestros infortunios para consolar á los que sufren; madres y esposas desoladas, sofocais los sollozos de vuestro propio duelo para dirijir suaves palabras de esperanza al prisionero; y aun proscritas y sin hogar, vais sobre los campos de batalla á arrebatar de entre las garras de los buitres al moribundo, cuyas heridas vendais con los velos de vuestro casto seno. Dios os bendiga! . . —*Juana M. Gorriti*—Gubi Amaya.)

I.

Si algo se necesitase para probar la exactitud de este juicio y la noble generosidad de las argentinas, bastaria señalar como un testimonio la proteccion que dispensan á la edicion de las obras completas de la autora de las palabras que sirven de epígrafe á estas líneas. El bello sexo se ha apresurado á contribuir á la impresion de *Sueños y Realidades*, como una proteccion á la

argentina ausente. Y no podemos menos que repetir con esta—*Dios os bendiga!*

La señora de Gorriti, cuya celebridad proclama la prensa de esta capital, reside en estos momentos en la ciudad de la Paz en Bolivia, donde, como ella dice, la rodea *un circulo de fuego y respira la atmósfera mefitica de las catástrofes*. Allí se encuentra de pié sobre las barricadas, acompañada del pueblo que la aclama, para vengar el asesinato perpetrado en su marido. Quizá en estos momentos el humo de la pólvora ha sahumado su sedosa cabellera, y para que nada faltara á la aureola prestigiosa que la circunda, tal vez el àngel de la victoria reserve una corona para sus sienes.

La vida de esta mujer extraordinaria pertenece á la historia literaria del pais; su talento encontró demasiado estrecha la modestia del hogar, y ha conquistado la gloria en medio de los desastres y de las lágrimas de su existencia dramática y desgraciada. *Ha profundizado todos los abismos del sufrimientos*, y como ella dice, *puede disertar hasta lo infinito sobre esa terrible ciencia cuyo estudio termina solo en el sepulcro*. La vida de tal mujer no puede menos de interesar al público, como interesa todo lo que es escepcional, porque no es solo su talento lo que atrae y seduce, son tambien sus angustias, sus dolores, sus esperanzas! Todo lo que la dé á conocer, lo que sirva para juzgarla, lo que revele su mérito y las peripecias de su existencia, no puede quedar en el misterio de la vida íntima, y debemos darla á conocer á este público, en el cual tantas y tan generales simpatias se ha conquistado, sin temor de que se nos vitupere de indiscretos.

Ayer reconocimos su letra en una carta que estaba sobre la mesa de uno de sus mejores amigos, y lo confesamos, no pudimos resistir á la tentacion de leerla, y leyéndola vamos á revelar al público, la actitud asumida en la revolucion Boliviana por aquella heroina. Nuestro amigo ha de perdonarnos este abuso de confianza, al dar á la prensa lo que estaba escrito para la intimidad. Si cometemos una falta, es en el in-

teres de la celebridad de nuestra compatriota. Leed y juzgad.

II.

«El 27 de marzo, dice, dos dias despues de la fecha de la carta de Vd. Belzu, mi marido, el hombre que enlutó mi destino entero, vencedor en un combate en que el pueblo derrotó al ejército, fué asesinado por el General que mandaba este.

«Vinieron á decirme que Belzu habia caido atravesadas las sienes de un balazo; y yo corrí en medio del combate; llegué hasta donde yacia el desventurado yn cadáver; lo levanté en mis brazos, y en ellos lo llevé á casa: á ese hogar que él habia abandonado tanto tiempo hacia! Con mis manos lavé su ensangrentado cuerpo, y acostándolo en su lecho mortuorio, lo velé, y no me aparté de él hasta que lo coloqué en la tumba.

«La mision de la esposa parecia ya acabada; mas he aquí el pueblo, que me rodea y me pide mas: me pide que lo vengue. Si: lo vengaré; pero con una noble y bella venganza, haciendo triunfar la causa del pueblo que era la suya.

1.° de Junio.

«Amigo querido: el 25 del pasado cuando escribí á Vd. las anteriores líneas, fuí interrumpida por los clamores del pueblo que se habia levantado en masa y me pedia á gritos unirme á él. Hemos levantado de nuevo barricadas, y en este momento esperamos al enemigo.»

III.

He ahí la mujer argentina en toda la nobleza de su carácter! Víctima de los disgustos domésticos, cuyos misterios no nos es dado profundizar, olvida las ofensas para levantar el caido, lavar la sangre de sus heridas, depositar el cadáver en la tumba, y volar á las barricadas para esperar de pie, como las heroinas de la antigüedad, al enemigo que quizá en estos momentos ha tomado por asalto la ciudad defendida por el

pueblo. ¿Que se propone esta mujer? Vengar los manes de su esposo, haciendo triunfar la causa popular.

Poco interiorizados en la historia de las sangrientas luchas bolivianas, no podemos apreciar los motivos que hayan producido esta revolucion: ignoramos si el pueblo en las barricadas de la ciudad de la Paz defiende la causa de la justicia; ó si las tropas del Gobierno van à sosteuer el principio de autoridad contra las masas insurreccionadas.

Lo único que nos hemos propuesto es mostrar este rasgo de la literata argentina, que ha abandonado la pluma de la escritora para recojer la bandera empapada con la sangre de su esposo, y defenderla contra los que intentan arrebatarla al pueblo.

[*Nacion Argentina*—Julio 19 de 1865.]

SUEÑOS Y REALIDADES.

Hemos leido el primer volúmen de las obras completas de la señora doña Juana Manuela Gorriti, y hemos sido seducidos en la lectura por esa melodia de atraccion infinita, que es un rasgo que caracteriza las producciones de esta señora. No vamos á hacer la crítica de sus novelas, por que nos falta tiempo y espacio; queremos únicamente decir algunas palabras para recomendar su adquisicion.

La Quena fué juzgada tan favorablemente hace algunos meses en un artículo bibliográfico en *La Tribuna*, que todo cuanto pudiéramos decir seria pálido, ante aquellas sentidas y elocuentes apreciaciones.

El Guante negro tiene escenas bien delineadas; pero es demasiado espantosa la que pasa entre la madre y su esposo.

Gubi Amaya ó historia de un salteador, tiene pájinas bellísimas. La ojeada á la patria está impregnada de sentimiento, de ternura profunda, de dulcísima y serena me-

lancolía. Esas pájinas son una verdadera joya literaria.

En cuanto al fondo de la novela, el argumento es de buena ley. La historia del bandido es dramática y terrible como es suave y simpática la de ella, peregrina que volvia á los sitios donde pasó su niñez para encontrarlos poblados solo de sombras, de tumbas y de lágrimas, mientras la naturaleza se ostentaba hermosa siempre y espléndida en sus galas. Solo el hombre pasa sobre la tierra sin dejar sino recuerdos en algunos corazones. Aquel espectáculo y aquellos recuerdos están descritos con una maestría inimitable.

Al recorrer las pájinas de esta novela, deseamos conocer el fin del salteador, pero se pierde entre las nieblas de los Andes, y el lector queda descontento de su estraña desaparicion. Y ella? ella tambien se borra nebulosamente despues del cuento del fantástico italiano, aquel viajero melancólico, que narra esas historias venecianas con acentuado colorido; pero el italiano aparece como una sombra, dice su narracion y desaparece como un fantasma. Lástima es que la señora Gorriti no haya dado á esta preciosa novela una terminacion mas acabada, para que el lector no quede en suspenso y como deseoso de saber el fin de los tres personajes mas importantes de la historia.

Pero en cambio, cuanta ternura en aquellas descripciones! que sentimiento tan esquisito en los diálogos! que belleza de colorido! que luz y que sombras en los paisajes!

A veces es difícil contener las lágrimas que del corazon vienen á los ojos al leer aquellos cuadros tan naturales, tan sencillos, y á la vez tan tristes. La escritora que conmueve con la intensidad con que lo hace la ilustre argentina, ha recibido de Dios el fuego sagrado, la santa inspiracion, que solo es dado poseer al *genio*.

Un drama en el Adriático es el cuento que narró el italiano, ese ser fantástico que deja en el lector un sentimiento mezclado de simpatía y de dolor, simpático como

la pasion verdadera, doloroso como el misterio devorado en el silencio é impregnado de lágrimas. El italiano es un amante, ó al menos así se lo imajina el lector, que inspira una de esas pasiones inolvidables en el corazon de una mujer ardiente, al solo acento de su voz, á su sola presencia; magnetismo sublime de dos almas, que el amor eleva hasta Dios, para entregarlas despues al remordimiento de haberse amado tanto!

La novia del muerto es una historia que pasa en Tucuman, en el jardin de la República, en los dias de gloria y de desastre, en que la juventud militaba para libertar al pais de la tiranía de Rosas. El argumento no es nuevo: dos seres se aman apesar de pertenecer á los partidos que luchaban.

Despues que el sacerdote bendice la union al celebrar la misa, el amante tiene que combatir para defenderse de una sorpresa de los enemigos. Confia su secreto al sacerdote que le confiesa antes de ser fusilado, y este, indigno de la santa mision que ejercia, toma el anillo nupcial y aquella noche en un beso de fuego arrebata á la virjen su honra. Ella que creia haber sido poseida por su esposo, encuentra al siguiente dia su cadáver en la plaza de Tucuman, y pierde la razon.

Esta novela está bien acabada y hay preciosas y exactísimas descripciones de los encantadores paisajes de Tucuman.

La hija del mashorquero no puede ser mas interesante. Clemencia es una criatura angelical. la providencia de los que sufren, el consuelo de los que lloran. Su padre, Roque, degollador infame, se ocupaba de aquellas matanzas cobardes y de esas venganzas espantosas de que fué víctima esta ciudad. Su hija descubre por casualidad el fatal secreto, y llega á tiempo de salvar una familia á cuyo jefe habia degollado el cobarde mashorquero. La escena en que aparece Clemencia en la casa de la viuda es de una ternura desgarradora: se ve á la pobre madre moribunda, se siente el aire húmedo de la pieza, se oyen las palabras de los niños que piden pan, porque

tienen hambre; y sin embargo la madre no tiene otro pan sino su llanto y su terrible angustia! Entonces aparece Clemencia como un ángel enviado por Dios para dar alimento á aquellos pobres niños, para consolar á aquella mujer, casi moribunda. Y esto es tanto mas dramático, cuanto Roque, el padre de Clemencia, era el autor de esas desventuras por haber degollado al jefe de aquella familia honrada y laboriosa.

Y no bastando esa constante abnegacion para la malhadada vírjen, llegó un dia en que para salvar á otra mujer, tiende dócil su cuello para que el cuchillo del asesino lo separe; y ¡oh! justicia del cielo! el mismo padre asesinó á su propia hija. ¿Que castigo mas terrible y que leccion mas cruel?

«Pero la sangre de la vírjen, dice la autora, halló gracia delante de Dios, y como un bautismo de redencion, hizo descender sobre aquel hombre un rayo de luz divina que lo regeneró!»

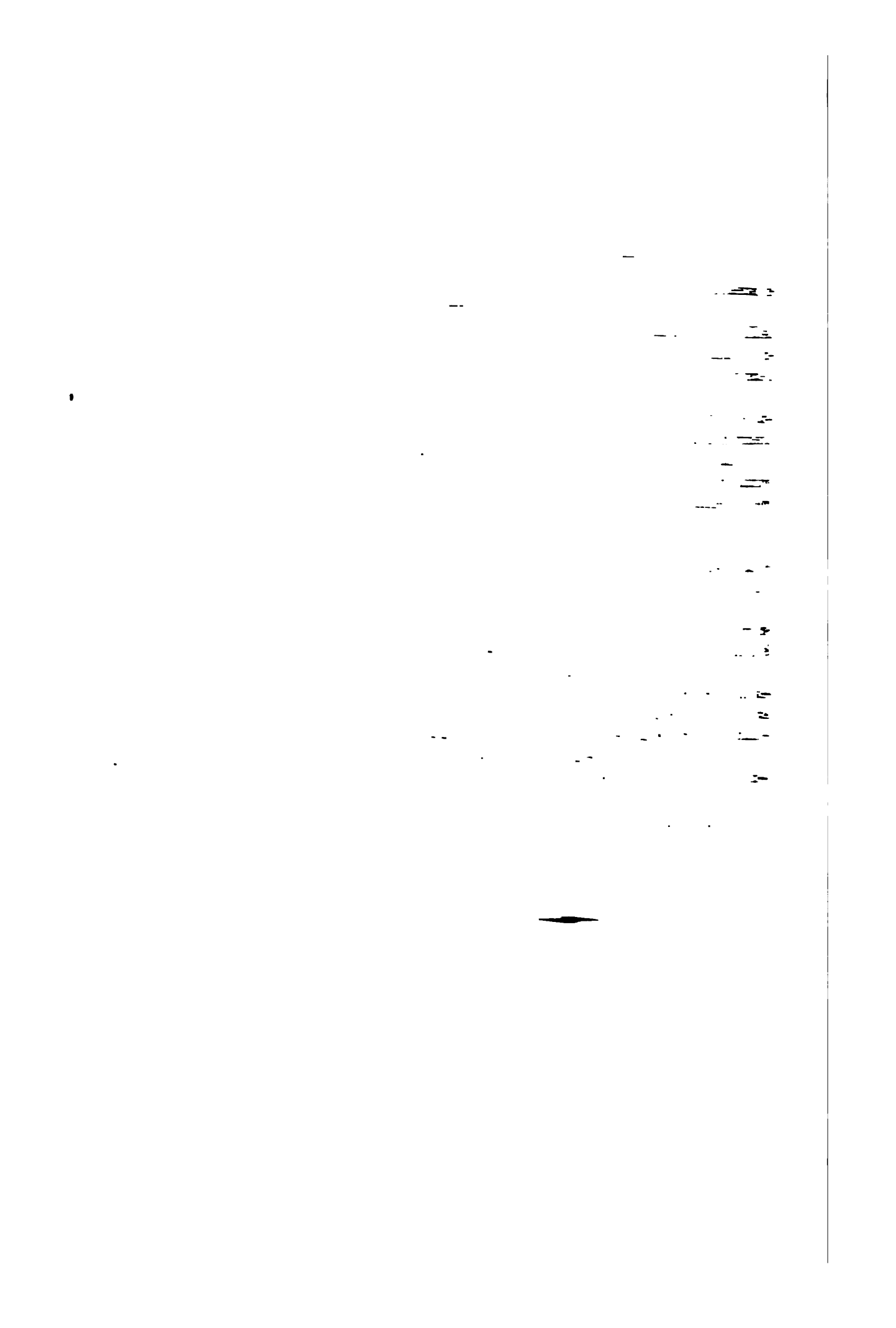
Una apuesta es un precioso cuento en que figura Eleonora de Olivar, duquesa de Alba.

El lucero del manantial, juzgado favorablemente y reproducido en la prensa del Pacífico, en el Correo de Ultramar y varios periódicos argentinos, ha hecho popular el nombre de la señora de Gorríti, apesar de ser falso el hecho histórico que le sirve de argumento.

Una noche de agonia, es un episodio de la guerra civil argentina cuyo mérito mas relevante es el *color local* en todas las descripciones, caracteres y escenas de la novela.

El lecho nupcial encierra una tremenda leccion para las coquetas ávidas de lujo. Elisa amaba á un caballero, pero presentósele otro cuya fortuna podia darle carruajes, joyas, telas y el boato que deslumbra á los pequeños. Ella dijo entonces á su bien amado.—*Dadme un suntuoso lecho nupcial, y seré vuestra!*

Él no podia dárselo, pero la amaba; empero cuando la



INDICE DEL TOMO II.

PÁG.

EL ANGEL CAIDO.

I. Ciento contra uno 5
II. El Rey Chico 16
III. La voz del corazon 23
IV. Borrascas del alma 30
V. El pacto. 41
VI. La cita 45
VII. La fuga. 49
VIII. El asesinato. 57
IX. El voluntario 62
X. La Leona 64
XI. El reclamo 68
XII. Escenas de á bordo 70
XIII. El rapto 73
XIV. Revelaciones 75
XV. El encuentro 83

EL TESORO DE LOS INCAS. (Leyenda histórica.) 87

QUIEN ESCUCHA SU MAL OYE.

(Confidencia de una confidencia.)

I. 137
II. La Alcoba de una escéntrica. 142

SI HACES MAL NO ESPERES BIEN.

I. El rapto. 155

II. Los bandidos 158
III. El protector 160
IV. Doce años despues. 162
V. Reminiscencias 168
VI. Historia de los Caminos 176
VII. Conclusion 182
Una hora de Coqueteria. 185
El Ramillete de la Velada.
I. La confidencia. 197
II. Una mirada 203
III. La hija del arte 209
IV. El sueño de Arcelia 215
V. El sueño de Grizel. 218
VI. La Condesa. 220
VII. Alucinacion 222
VIII. Dos mujeres 227
Una Redondilla. 231
El Naranjo y el Cedro. (Leyenda bíblica.) 237
La Fiebre Amarilla. 241
Güemes. (Recuerdos de la infancia.) 249
El General Vidal. (Apuntes para su biografia.) 287
A los lectores 305
La prensa Argentina y la Señora de Gorriti—(juicio sobre sus obras y noticias referentes á su persona.) 307

LISTA DE SUSCRIPCION.

BUENOS-AIRES:

A.

Anchorena, señora doña Estanislada Arana de
Alsina, señora doña Antonia Mazu de
Alvear, señora doña Teodelina F. de
Alvaro Barros, señora doña N. Heatsman de
Alzaga, señora doña Zelmira P. de
Anchorena, señora doña M. Aguirre de
Achaval, señora doña Jacoba de
Alvarez, señora doña Maria de
Amaral, señora doña Sofia de
Amaral, señorita doña Sofia Iguacia
Amoedo, señorita doña Joaquina
Anzó, señora doña Pastora Boneo de
Avellaneda, señora doña Cármen Nobrega de

B.

Boneo, señora doña Isaac Medina de
Barros Pazos, señora doña Leocadia M. de
Basabe, señora doña Laura O. de
Backer, señorita doña Edelmira
Barbieri, señorita doña Clotilde
Barrenechea, señora doña Clorinda R. de
Beascochea, señora doña Tomasa G. de
Benites, señora doña Cruz de
Bernal, señora doña M. Linch de
Bilvao Lavieja, señora doña N. de
Borches, señora doña Rosa U. de
Burzaco, señora doña Luisa Carrera de

C.

Cobo, señorita doña Dolores
Cavireau, señorita de
Carranza, señora doña Amelia G. de
Carranza, señora doña Ana Velazquez
Casavalle, señorita doña Maria
Castro, señorita doña Enriqueta
Cernadas, señorita doña Agueda
Cires, señora doña Isabel

Corvalan, señora doña Candelaria C. de
Costa, señorita doña Valentina
Cramer, señora doña G. L. de
Crisol, señorita doña N.

D.

Dominguez, señora doña Ana Cané de
Dessiena, señorita doña Isabel
Dillon, señora doña N. de

E.

Escalada, señora doña N. de

F.

Fox, señora doña N. Somellera de
Freyer, señorita doña Maria
Fuzier, señora doña Andrea R. de

G.

Galup, señora doña N. de
Garay, señora doña Petrona
Gayoso, señorita doña Carolina
Gomez, señorita doña Elisa
Gomez, señora doña Josefa
Guyot, señora doña Rosa Bequis de

I.

Ibañez, señora doña Irene L. de
Iblarrola, señorita doña Pamela
Isla, señora doña Rosa C. de

K.

Kier, señorita doña Deidamia

L.

Lamas, señora doña N. Somellera de
Lapuente, señora doña Ursula de
Lastra, señora doña Angela B. de
Lastra, señora doña Josefa
Leloir, señora doña Tránsito S. Valiente de
Loubet, señora doña Petrona Moreno de

M.

Mitre, señora doña Delfina Vedia de
Madariaga, señorita doña Carolina
Mandeville, señora doña Maria
Mármol, señora doña Marciala E. de
Martinez, señora doña N. de
Medina, señora doña Erminda G. de
Miliavaca, señora doña Celerina F. de
Muñoz, señora doña Jesus B. de

N.

Navarro, señorita doña Concepcion
Noronha, señora doña Juana Manso de
Noya, señorita doña Rosalía

O.

Olaguer, señora doña Manuela Azcuénaga de
Obligado, señora doña Maria O. de
Oliver, señorita doña N.
Otamendi, señora doña Maria P. de

P.

Pardo, señora doña Encarnacion N. de
Pardo, señorita doña Carolina
Perez del Cerro, señora doña N. de
Pillado, señora doña Guillermina D. de
Piran, señorita doña Ismaela

Q.

Quintana, señora doña Susana Rodriguez de
Quesada señorita doña Ciriaca
Quesada, señora doña Elvira Casal de

R.

Riglos, señora doña Francisca Saavedra de
Rodriguez, señorita doña Carlota

S.

Sauvidet, señora doña Josefa G. de
Sauvidet, señora doña Manuela Q. de
Senillosa, señora doua Pastora Botet de
Silvera señorita doña N.
Sperati, señora doña Teodora G. de

U.

Ugarte, Adela Lavalle de
Urdinarrain, señora doña Antonia de
Uriburu, señora doña Virjinia U. de

V.

Vela, señora doña Petrona V. de
Velez Sarsfield, señora doña Tomasa

A.

Ascuénaga, señor don Miguel
Agote, (Diputado) don N.
Alcorta, don Santiago
Antonio, don N.
Arauz, [Diputado] doctor don N.
Arauz, don Luis
Aravena, don Marcelino
Argerich, doctor don Manuel
Arizaga, don Marcelino
Astengo, don Marcelino
Augier, don Marcelino

B.

Bazan, doctor don Abel
Bassés, don Juan
Bárcena, don Benito
Belvis, don Severo

J.

Jordana, don Juan Manuel

L.

Lambera, don Eduardo
Leguisamon, don Juan
Lens, don Cayetano
Letamendi, don Vicente
Luna, [Diputado] don N.

LL.

Llorente, doctor don Benjamin

M.

Malaver, doctor don Antonio
Mazo, don Zacarías del
Mujica, don Félix
Monguillot, doctor don Juan Francisco—borrado

N.

Navarro Viola, doctor don Miguel
Nazarri, don Agustin

O.

Olivera, don Cárlos
Ortega, don Miguel
Ortiz, don Fermin
Ortiz, don Miguel

P.

Paz, señor doctor don Marcos
Paz, don N.
Peña, don Enriqne
Peralta, doctor don Adolfo
Perez, doctor don José Roque
Perez, don Manuel
Pezze, don Cayetano
Pizarro, [diputado] don Manuel
Plaza Monteros, doctor don Alejandro (2 ejemplares)
Pondal, doctor don Benito
Posadas, don Gervasio A. de Posadas.

Q.

Quesada, don Ruperto
Quintana, (Diputado) doctor don N.
Quintana, don Ponciano —borrado

R.

Rocha, doctor don Dardo
Rodriguez, don Marcelino
Rossi, don Felipe

S.

Saavedra, don Federico
Saenz, don Luis (2 ejemplares)
Saldías, don Adolfo
Salvadores, don José Maria

Sarmiento, (Diputado) don Buenaventura
Shipe, don Martin
Suarez, don José
Sustaita, don Juan P.

T.

Tamayo, Sidey
Torres, don Gregorio
Torres, don Miguel
Torres, don Cárlos

U.

Ure, don Juan
Ugarteche, don Cayetano de
Universidad (2 ejemplares)

V.

Vela, don José Leon
Velez, (Diputado) doctor don Luis
Villanueva, don A.
Viola don Domingo
Viso, (Diputado) don N. del (2 ejemplares)
Vivot, don G.

W.

White, don Guillermo

Z.

Zuviria, Diputado don Fenelon

—

QUILMES.

Baranda, don Andres
Flores, señora doña Emilia Guzman de
Merchante, señora doña Manuela Soto de
Wilde, doctor don José A.

—

ROSARIO.

Alucio, don Angel
Arzac, don Luis Maria
Barroso, señora doña Pastora M. de
Carranza, don Mauro
Carranza, don Palemon
Castro, don Luis
Castellanos, don Federico
Castellanos, don Juan
Carles, señora doña Margarita M. de
Fragueiro, don Martin
Garcia, don Fernando
Gori, don D.
Gutierrez, don José Agustin
Hertz, señora doña Manuela Ojeda de
Juarez, señorita doña Esilda
Lasaga, don Pedro

Lejarza, señora doña Juana R. Esquivel de
Mármol, señora doña Cristina Carranza de
Mármol, señorita doña Petrona del
Machado, doctor don José Olegario
Machain, don Evaristo
Machain, don Eusebio
Machain, don José
Medina, señora doña Dolores Clemente de
Mendez, señora doña Mercedes Huergo de
Mendez, señora doña Susana Muñoz de
Muñoz, señora doña Susana de
Ortiz, don Federico
Paganini, don Lisandro
Peñalosa, señora doña Antonia Machado de
Pereira, don Zenon
Pianteli, don Enrique
Pueyrredon, don Manuel A.
Quintana, don Erasmo
Ramayo, don Pedro Lindor
Rodriguez, don Lúcio (borrado)
Rueda, doctor don Manuel
Santa Ana, doctor don Tesandro
Sesar, doctor don Manuel
Sohle, señora doña Felisa R. de
Tartabul, señora doña Mercedes
Zuviría, doctor don José Maria

PARANA.

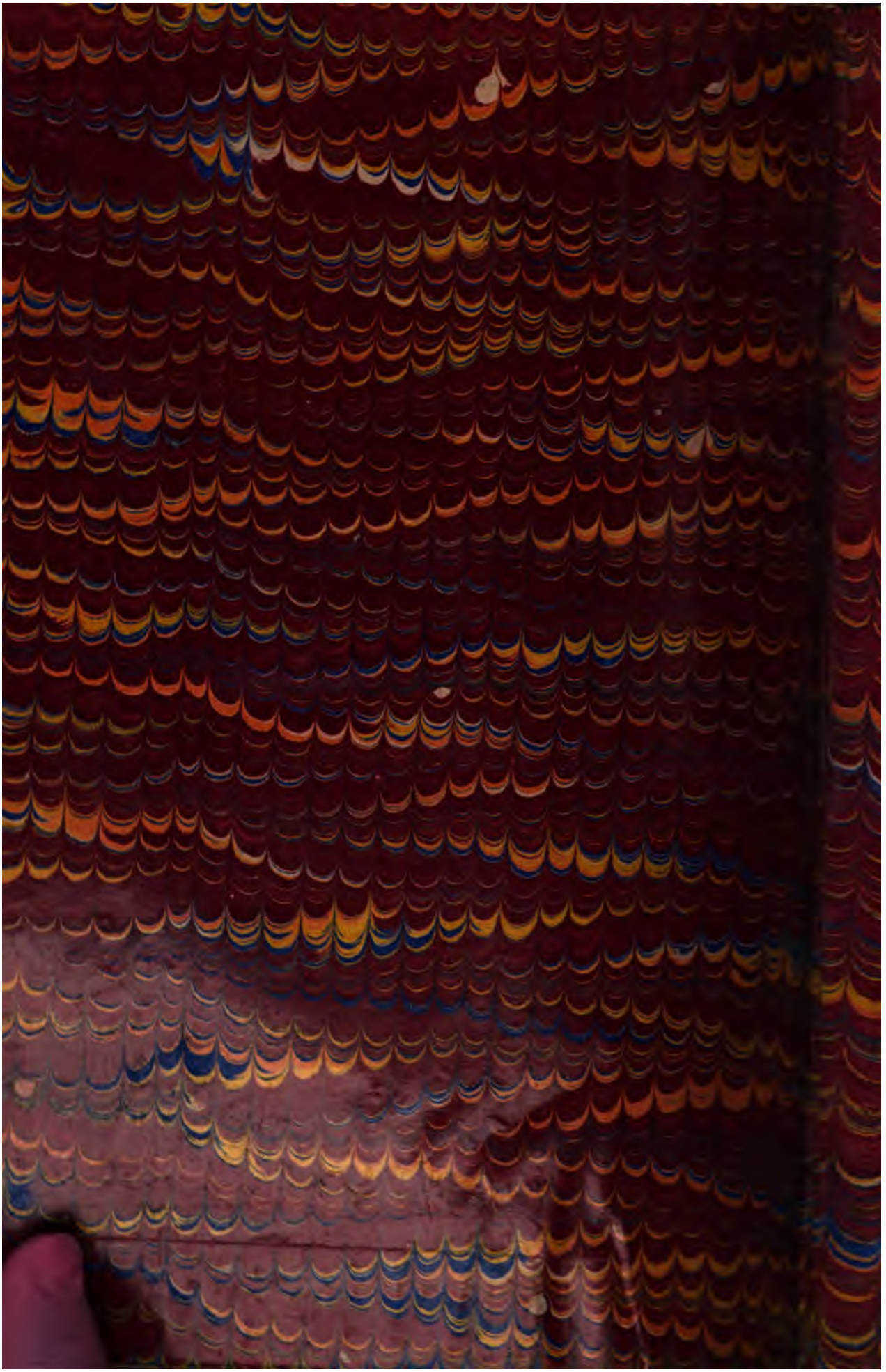
Ballesteros, señorita doña Delfina
Benetti, señora doña Dolores C. de
Etienot, don Amaro
Fontes, señora doña Mercedes M. de
Gonzalez del Solor, señora doña Clodomira M. de
Leiva, señora doña Seferina
Lopez, don Jacinto
Molinas, señora doña Florencia R. de
Ocampos, señora doña Asteria G. de
Puig, señora doña Simona C. de
Ramos, don Eliseo
Sola, don Justo

VICTORIA.

Campos, señora doña Carmen
Esquivel, señora doña Rita F. de
Fernandez, señora doña Luisa N. de
Lopez, señora doña Dolores N. de
Medrano, señora doña Segunda Espíndola de
Sanchez, señorita doña Desideria
Sosa, señorita doña Teodora
Vergara, don Aniceto

GUALEGUAY.

Caldero, don N.



3 2044 010 598 621

The borrower must return this item on or before the last date stamped below. If another user places a recall for this item, the borrower will be notified of the need for an earlier return.

Non-receipt of overdue notices does ***not*** *exempt the borrower from overdue fines.*

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 617-495-2413

WIDENER
AUG 0 9 2004
BOOK DUE
CANCELLED

Please handle with care.
Thank you for helping to preserve library collections at Harvard.